

MUJERES
de
ESPERANZA

ALMAS ANCLADAS DURANTE TIEMPOS DIFÍCILES



JENNIFER MATHEWSON SPEER

MUJERES DE ESPERANZA

Almas ancladas durante tiempos difíciles

Escrito por

Jennifer Mathewson Speer

MUJERES DE ESPERANZA

Jennifer Mathewson Speer

ISBN 978-0-9969645-7-9

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

En memoria de mi padre

Haywood Cosby

¡Maravilloso!

De las cenizas... nace la esperanza

Dedicado a mis nietos

Cooper

Callie

Piper

Judah

Maxine

AGRADECIMIENTO ESPECIAL

Un proyecto como la traducción de este libro necesita un equipo. Estoy muy agradecida por cada persona que ha contribuido al resultado final. El Señor los ha puesto a todos en mi vida con un propósito específico y como respuesta a una oración específica.

Gracias, Pastor Heriberto Hernández. Aunque nunca nos hemos conocido personalmente, parece como si hubiera tenido una amistad con usted y su familia desde hace mucho tiempo. Estoy agradecida de que nos hayan presentado por correo electrónico y que haya aceptado emprender la tediosa tarea de traducir este libro al español. Cuando comenzó este proyecto, nunca esperábamos que su trabajo se viera afectado por una pandemia mundial. Aun así, perseveró a través de muchas dificultades. Gracias por su hábil traducción, su atención a cada detalle y su amor por Cristo. Usted es una respuesta a la oración y su traducción de *Mujeres de Esperanza* alentará a las lectoras en español durante los años venideros. ¡Solo Dios puede contar las bendiciones! Que el Señor le bendiga ricamente a usted, a su familia y a su ministerio.

Gracias, Miguel Ángel Gonzales por la amistad duradera y el aliento constante. Gracias por animarme a traducir este libro y también por recomendar al Pastor Heriberto como traductor. El

Señor formó un equipo maravilloso. Tú y tu familia son valiosos para Allen y para mí.

Gracias, Carl y Kathy Most por su influencia y amistad en el ministerio. Siempre es un honor colaborar con ustedes en la obra del Reino.

Gracias, querido esposo, Allen Speer por guiarme a conocer Cuba, y por alentarme en un ministerio que solo Dios pudo orquestar.

CONTENIDO

Prólogo	15
Introducción....	17
Capítulo uno....	19
ESPERANZA	
<i>Un ancla para el alma</i>	
Capítulo dos....	35
AGAR	
<i>Esperanza para la desechada</i>	
Capítulo tres....	57
NOEMÍ	
<i>Esperanza para la amargada</i>	
Capítulo cuatro....	79
ANA	
<i>Esperanza para quien ora</i>	
Capítulo cinco....	99
ANA (LA PROFETISA)	
<i>Esperanza para quien espera</i>	
Capítulo seis....	127
MARTA	
<i>Esperanza para cada personalidad</i>	
Capítulo siete....	145
LA MUJER SAMARITANA	
<i>Esperanza para la avergonzad</i>	
Capítulo ocho....	167
MARÍA MAGDALENA	
<i>Esperanza para cada temporada</i>	
Agradecimientos...	187

PRÓLOGO

Las bendiciones de Dios nos acompañan en la medida que disfrutamos agradecidos, llenos de fe y esperanza, la nueva vida que tenemos en Cristo Jesús. A través de los años, muchos han dispuesto de su talento para dejar por escrito valiosos legados de conocimiento, testimonios y enseñanza bíblica.

Conocemos a algunos a través de sus escritos y a otros personalmente, como es el caso de nuestra hermana y amiga de muchos años, Jennifer Mathewson Speer y su esposo Allen, a quien conocemos hace 25 años a través de sus incontables y sostenidos viajes misioneros a Cuba. Ambos, siervos fieles del Señor, entregados de voluntad y corazón al servicio de nuestro Dios por amor a Él y a su prójimo.

Todo parece indicar que este otro libro escrito por Jennifer, ha sido inspirado y dictado por nuestro Señor, toda vez que está ligado y fundamentado en Su Palabra y lleno de consejos útiles y prácticos para vivir una vida de esperanza. La cual puede hallarse solamente en Cristo.

No es un libro solo para leer sino para estudiar y compartir con otras personas, debido al rico manantial de enseñanzas que contiene. Aprovechemos la oportunidad que el Señor nos da a través de esta herramienta tan valiosa.

Muchas gracias
Paz y bendiciones,

Lic. Pr. Miguel A. Gonzales, PhD
Rector Seminario Evangelico Nacional
Habana, Cuba

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, recibí de manera inesperada una tarjeta y una carta por Navidad, de parte de alguien con quien había compartido una vieja amistad. La vida nos llevó por caminos separados y estuvimos mucho tiempo sin comunicarnos. Yo me sentí agradecida de que la tarjeta y la carta estuvieran seguidas de una llamada telefónica.

A medida que nos pusimos al día rápidamente con respecto a nuestras familias y carreras, también compartimos acerca de algunas decepciones, tragedias y luchas de la vida, dándonos cuenta de que ambas habíamos recibido más de lo que era justo. En medio de nuestra conversación, surgió el tema de la esperanza y con él, la pregunta: “¿Realmente hay esperanza para todas las personas?” Durante algunos días medité en la respuesta. De hecho, el Señor usó esa oportuna conversación y esa pregunta como catalizadores para este libro.

Varias semanas después, escuché a una locutora de radio cristiana decir: “Toda persona necesita saber tres cosas: que son amadas, que su vida tiene propósito y que hay esperanza” (Carmen, *The Joy FM*). Ahí estaba de nuevo esa palabra: Esperanza. Sí, todas las personas la necesitan, pero ¿pueden todas ellas experimentarla? Mi meditación me llevó a la Escritura, sedienta de comprender la

perspectiva de Dios y sus respuestas a mis crecientes preguntas sobre la esperanza.

Quizás mi búsqueda de la verdad era inicialmente en favor de mi vieja amiga. Sin embargo, el Señor expandió mi exploración para incluir a las mujeres a quienes enseñé en Venice, Florida. Durante ocho semanas, varios cientos de mujeres me acompañaron pacientemente a través de estudios y preguntas sobre la esperanza. Su respuesta alentadora a nuestro estudio me llevó a escribir mi segundo libro: *Mujeres de esperanza*.

Esperanza es una de esas palabras que usamos frecuentemente en círculos religiosos, pero que rara vez definimos. El idioma español define *esperanza* casi exclusivamente como “*deseo*.” Aun escribiendo este libro, tenía que recordarme constantemente que un deseo está muy lejos de la esperanza en el sentido bíblico. Como cristianas, estamos de acuerdo en que Cristo es nuestra esperanza, pero ¿qué significado tiene en la vida cotidiana? ¿Cómo podemos experimentar la esperanza diariamente? ¿Por qué a veces sentimos que no tenemos esperanza?

En la Escritura, siete mujeres ofrecen respuestas claras a las preguntas sobre la esperanza. Con excepción de una, las demás experimentan una crisis de esperanza. Algunas de ellas pierden de vista la esperanza, mientras que otras escucharán por primera vez que la esperanza es real y que les está aguardando. He aprendido a amar a estas mujeres porque, como tú y yo, ellas también necesitan esperanza. Necesitan un ancla en las circunstancias turbulentas de la vida. Necesitan gozo, paz y propósito en un mundo que no ofrece otra cosa que quebrantamiento. Como nosotras, ellas necesitan “... *el Dios de esperanza...*” (Romanos 15:13).

Le pido a Dios que te sientas alentada al leer estas páginas. La esperanza es realmente para ti, no importa lo que hayas sufrido o experimentado, no importa lo que hayas hecho o lo que te hayan hecho. La esperanza es real porque está en Cristo. Él es el ancla para tu alma.

ESPERANZA

Un ancla para el alma

Desde que nos mudamos para la Florida, el trabajo de mi esposo en la industria de la aviación nos da el privilegio de asociarnos con pilotos a diario. Por medio de su trabajo, sin embargo, hemos aprendido que los pilotos de aviones tienen fama de ser aventureros. No importa cuán seguros puedan estar en el aire, a muchos pilotos les gusta buscar emociones en otras áreas de la vida. Dos de nuestros amigos, Lucas y Gregorio, son jóvenes pilotos que se ajustan perfectamente a esta descripción. Ambos tienen una sed de aventura, que incluye el buceo.

Una mañana, Lucas y Gregorio salieron hacia el Golfo de México a pesar de las advertencias de una tormenta que se acercaba. Estaban decididos a pasar un día de buceo, confiando en que regresarían a la costa antes de que azotara la tormenta. Los pilotos llevaron el bote de Gregorio varias millas mar adentro en el golfo. Anclaron el bote y lanzaron la boya de buceo, marcando así su ubicación y advirtiendo a otros buceadores debajo. Comenzó como un glorioso día para el buceo.

Una hora después de la inmersión, los pilotos pudieron ver que la luz del sol sobre ellos se desvanecía. El agua se volvió más oscura y se podían ver los relámpagos desde allí abajo. Señalando el uno al otro que era hora de dirigirse al bote, salieron a la superficie. Para su consternación, la tormenta estaba sobre ellos. La consternación rápidamente se convirtió en terror cuando se dieron cuenta de que el bote se había ido. El ancla no aguantó y el bote se perdió en la tormenta. Los pilotos, vestidos con el equipo de buceo pesado y sin chalecos salvavidas, se balanceaban sin rumbo en un océano tumultuoso. Estaban varados con pocas esperanzas de ser vistos o rescatados.

Más tarde, Lucas recuerda su alivio cuando un pequeño barco de pesca que regresaba al puerto, milagrosamente divisó la boya de buceo y se acercaron para investigar. Los dos pilotos fueron rescatados. Luego, el bote perdido fue encontrado lejos del lugar de buceo, arrastrando el ancla que no se había sujetado. Realmente, la tristeza de ese día de buceo se hubiera podido evitar si nuestros amigos no hubieran enfrentado una tormenta. Pero el terror de aquel día se hubiera evitado si solamente el ancla hubiera resistido.

Hebreos 6:19 dice: *“...para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma...”* A diferencia del ancla de nuestros amigos pilotos, la esperanza que tenemos como creyentes en Cristo es segura y firme. No nos dejará ir, sino que anclará a nuestras almas. Como maestra, mi mente quiere saber las respuestas a las preguntas sobre la esperanza. ¿Qué es la esperanza bíblica? ¿Qué no es? ¿Cómo puedo alcanzarla? ¿Puedo perderla? ¿Cómo se puede anclar la esperanza a mi alma? Y, a propósito ¿qué es el alma?

En el Nuevo Testamento en griego, la palabra que se traduce como esperanza es *elpis*. Como sustantivo, en el griego secular, al igual que en español, significa *el deseo de algo bueno y la expectativa segura de recibirlo, basado en la Palabra de Dios y el carácter de Dios*. La esperanza mira hacia adelante, con la seguridad de que Dios cumplirá sus promesas, haciendo todo lo que Él dice que hará. La esperanza tiene que ver con el futuro, pero

el futuro no significa simplemente nuestro hogar eterno en el cielo. La esperanza también se aplica a la vida cotidiana.

Pablo ora en Efesios 1:18 para que los ojos de nuestro entendimiento sean alumbrados y sepamos cuál es *la esperanza a que él [Dios] nos ha llamado*. Pablo incluye el cielo como parte de *la esperanza a la que él [Dios] nos ha llamado*, pero el cielo no constituye la totalidad de nuestra esperanza. El *llamado* en Efesios 1:18 es nuestro llamado a la salvación. Cuando Dios nos llamó a una relación con él, entonces nos bendijo con todo lo que necesitamos para vivir una vida victoriosa en esa relación. De hecho, Efesios 1 se lee como una larga lista de lo que es nuestro en Cristo. En el idioma original, Efesios 1:3-14 es una sola oración gramatical. Es la oración más larga en el Nuevo Testamento. Las palabras *en él* o *en el amado* o *en Cristo* se adjuntan a cada bendición enumerada en esta larga oración.

Parafraseando a Pablo, cuando aceptamos a Cristo, recibimos todo lo que vamos a recibir de Jesús. No recibimos a Jesús en forma de incrementos. Sin embargo, sí pasamos toda nuestra vida aprendiendo a vivir conforme a todo lo que nos fue dado al recibir la salvación. Filipenses 1:6 dice: “*Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra [el llamado a la salvación], la perfeccionará [la completará, la madurará] hasta el día de Jesucristo.*” El completamiento, la perfección o la madurez de los cristianos consiste en el proceso de santificación durante toda la vida.

Por tanto, al comenzar nuestro estudio sobre *la esperanza en las circunstancias de la vida diaria*, debemos tener en cuenta que **Cristo es la pieza central de nuestra esperanza**. Dios inició una relación con nosotras y va a completar la buena obra de salvación—por Cristo. Además, como cristianas, Dios ha puesto todo a nuestra disposición para una vida abundante y victoriosa—por Cristo. Finalmente, las personas cristianas tenemos el privilegio de vivir en la completa seguridad (la esperanza) de que todo lo que Dios ha prometido, lo hará—por Cristo. Gozosas, podemos decir con Pablo: “*el Señor Jesucristo, nuestra esperanza*” (1 Timoteo 1:1).

Entonces, ¿cómo puede anclar la esperanza a mi alma? Y, a propósito ¿qué es el alma?

Es interesante escuchar a los capitanes de barcos y de aerolíneas referirse a quienes están a bordo, no como personas, pasajeros o clientes, sino como *almas*. Es una palabra de gran profundidad, que aparece 459 veces en la Biblia. Se emplea primeramente en Génesis 2:7, “*Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser¹ [alma] viviente.*” En el Nuevo Testamento, la palabra traducida como alma es *psuche*. Simplemente significa “*respirar*”. Querida lectora, tú no tienes simplemente un alma –tú *eres* un alma.

En su libro *Soul Keeping* (Guardando el alma), John Ortberg cita a su mentor y amigo ya fallecido, Dallas Willard. El Dr. Willard afirma: “Eres un alma hecha por Dios, hecha para Dios y hecha para que necesite de Dios, lo cual significa que no fuiste hecho para ser auto-suficiente” (John Ortberg, *Soul Keeping*, p.39).

Más adelante, John Orgberg explica la enseñanza del Dr. Willard sobre el alma. “Tu alma es lo que integra tu voluntad (tus intenciones), tu mente (tus pensamientos y sentimientos, tus valores y conciencia) y tu cuerpo (tu lenguaje facial, tu lenguaje corporal y tus acciones) en una sola vida. Un alma es saludable—bien ordenada, cuando existe armonía entre estas tres entidades y la intención de Dios para toda la creación. Cuando te conectas con Dios y con otras personas en la vida, tienes un alma saludable” (*Soul Keeping*, p.43).

Resulta interesante que, cuando nuestra alma está anclada, o sea, cuando está saludable, nuestras circunstancias no dictan el bienestar de nuestra alma. La historia del famoso himno “*Estoy bien con mi Dios*” constituye un ejemplo conmovedor de un alma anclada en Cristo en medio de circunstancias adversas.

Horatio Spafford fue un exitoso abogado y hombre de negocios que vivió en Chicago durante el siglo XIX. Aunque fue un cristiano

1 La palabra en hebreo es *néfesh*, y también significa alma (Nota del traductor).

devoto, las circunstancias difíciles marcaron toda su vida adulta. Su pequeño hijo murió y seguidamente, Spafford perdió toda su fortuna en el fuego de 1871 en Chicago.

En 1873, planificó unas vacaciones en Europa para su familia, pero por asuntos de negocio no pudo viajar con su esposa y sus cuatro hijas. Spafford embarcó a su familia en el S.S Ville du Havre en noviembre de 1873. Esperaba recibirlas en Inglaterra unos días después. Desafortunadamente, el Ville du Havre chocó con otro barco y se hundió en 12 minutos. La señora Spafford fue rescatada pero sus cuatro hijas murieron. Estando ya en Inglaterra, Anna Spafford envió un telegrama a su esposo: “Salvada sola.”

*Horatio Spafford abordó otro barco para encontrarse con su esposa. Le pidió al capitán que le informara cuando se estuvieran acercando a la zona donde sus hijas se habían ahogado. El capitán así lo hizo y en aquel mismo lugar, Horatio Spafford escribió las palabras del famoso himno. (Michael Haun, *The History of Hymns* [La historia de los himnos])*

***De paz inundada mi senda esté
O cúbrala un mar de aflicción,
Cualquiera que sea mi suerte diré:
Estoy bien, estoy bien con mi Dios.²***

Recientemente me enviaron una fotografía cautivadora que me sacó las lágrimas. Un amigo de la familia, que también era pastor, murió luego de haber luchado con un cáncer de páncreas. La fotografía fue tomada en su culto fúnebre. En la foto, los miembros de la familia estaban cantando un popurrí de himnos, que incluía “Estoy bien con mi Dios”. Las lágrimas salieron de mis ojos cuando vi en el fondo de la foto una mano que se levantaba en alabanza al Señor. Era la mano de la viuda del pastor, que también estaba muriendo de cáncer.

2 Esta es una de las versiones del himno en español. La traducción literal de la letra original sería: Cuando la paz como un río viene a mi camino,/ Cuando las penas como las olas del mar ruedan;/

Cualquiera que sea mi suerte, me has enseñado a decir:/ Está bien, está bien con mi alma. (Nota del traductor).

La fotografía del funeral de mi amigo capturó la tristeza de una pérdida y también el brillo de la esperanza. Una esperanza que puede testificar de la bondad del Señor aun en circunstancias difíciles. Una esperanza que provee un ancla segura y firme, tanto en los días de la vida como en los días de la muerte. Una esperanza que no nos exime de las dificultades, pero ciertamente nos sostiene en medio de estas. Él es el ancla que nos sostiene—en cada momento.

“¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío” (Salmo 42:5).

Límites y responsabilidades

Definir la esperanza como “el deseo de algo bueno y la expectativa segura de recibirlo, basado en la Palabra de Dios y el carácter de Dios”, incluye tanto límites como responsabilidades. Necesitamos entender *qué no es la esperanza*, para comprender con solidez qué es la esperanza bíblica. Debemos explorar los límites o perímetros de la esperanza.

La esperanza **no** es un deseo. El idioma español emplea a menudo la palabra *esperanza* para expresar un sentimiento que implica desear algo. “Espero que podamos ir.” “Espero que puedas quedarte.” “Espero que pueda ganar más dinero.” Podemos insertar fácilmente la palabra *deseo* en lugar de *espero*. Sin embargo, la esperanza bíblica no es un deseo. Tampoco es un pensamiento positivo. No es algo que surge con un plan, cruzando nuestros dedos, y deseando (o aun orando) lo suficiente para que Dios finalmente lo conceda. La esperanza no consiste en nuestra percepción de cómo deberían ser las cosas o cómo quisiéramos que fueran. Tampoco se basa en sentimientos. Las emociones nos dirán que tenemos esperanza cuando los sentimientos estén ausentes. Pero no podemos vivir victoriosos si estamos constantemente esperando por las emociones o los sentimientos de esperanza. A

veces ni siquiera está ahí y, aun así, en ausencia de sentimientos positivos... permanece la esperanza.

La esperanza se basa en la verdad. La verdad es la palabra de Dios incambiable e infalible que fluye del carácter firme de Dios. La esperanza abunda por todo lo que somos y todo lo que tenemos en Cristo, simplemente porque Dios lo dice. Él no cambia ni puede mentir. Es por eso que la esperanza nos tiene anclados. Cristo, nuestra esperanza, es inquebrantable e inmutable. Él no se transforma de acuerdo a las circunstancias o los sentimientos. Se mantiene firme y seguro. Por tanto, así es la esperanza. Permanece aun cuando el creyente no lo sienta, aun si el creyente no la puede ver y aun si el creyente no la cree temporalmente. La esperanza no está basada en nosotras, sino en Cristo. El ancla se sostiene, la esperanza se sostiene porque nuestra esperanza es Cristo.

Como personas cristianas, sin embargo, tenemos el privilegio y la opción de vivir cada día con esperanza—o no. Tenemos la responsabilidad diaria de cooperar con Dios, de rendirnos a sus caminos, a su plan y a su verdad. ¿Cómo podemos hacerlo? ¿Cómo vivir con la esperanza de que ya nos ha sido concedido?

Vive con una mente renovada. Existen innumerables pasajes de la Escritura que se refieren a nuestra mente. Sin embargo, existen también algunas verdades básicas que deberíamos explorar.

Pablo exhorta a los cristianos: “...renovaos en el espíritu de vuestra mente” (Efesios 4:23). También nos dice: “transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento” (Romanos 12:2). Ninguna de estas afirmaciones ocurre mágicamente cuando venimos a Cristo. Henry Blackaby nos recuerda que la renovación y la transformación de nuestra mente es un proceso diario que ocurre cuando “el Espíritu de Dios usa la palabra de Dios para enseñarnos los caminos de Dios” (Henry Blackaby, *Experiencing God [Experimentando a Dios]*).

Cooperamos con Dios cuando leemos, estudiamos, meditamos, memorizamos y, de alguna manera, digerimos la palabra de Dios

diariamente. Cooperar con Dios requiere que abramos la Biblia y pongamos los ojos y el corazón en la Palabra. El Espíritu de Dios usa la palabra de Dios para transformar nuestra manera de pensar. Al cambiar nuestro pensamiento, nuestro comportamiento será diferente. Warren Wiersbe dice: “Lo que crees determinará cómo te comportas.”

Este proceso de renovación de la mente **NO ES** una modificación del comportamiento. La palabra de Dios es viva y eficaz, una espada de dos filos que condena y confronta, disciplina y hace madurar, enseña y alienta (Hebreos 4:12). El Espíritu usa la Palabra para cambiarnos desde dentro hacia afuera, **no** desde afuera hacia adentro (Efesios 3:16).

Nuestro pensamiento, no nuestras circunstancias, deben cambiar si queremos vivir con esperanza. Vivimos en una sociedad que con frecuencia valora los sentimientos por encima de la verdad. Los sentimientos no están invalidados, pero tampoco constituyen el timón que guía el barco. La verdad debe guiarnos. El Espíritu y la Palabra capacitan nuestra mente para que siempre esté anclada en la verdad. Los sentimientos pueden o no estar presentes, pero no son los que guían. De hecho, un pensamiento equivocado siempre nos va a dirigir hacia un sentimiento equivocado. Por esta razón, Pablo afirma enfáticamente tres veces en Efesios 6: “*permanezcan firmes.*” O sea, “mantengan su posición durante el tiempo decisivo de la batalla”. *No entreguen el terreno que ya ha sido ganado.* Nuestra esperanza ya ha sido ganada. Debemos permanecer firmes en la verdad, que es la palabra de Dios, transformando y renovando nuestra mente.

Es importante observar finalmente dos pasajes acerca de la verdad y la manera en que pensamos. Salmo 119 es el capítulo más extenso en toda la Escritura, con 176 versículos. Cada versículo nos apunta hacia el valor de la palabra de Dios en nuestras vidas. Además, el apóstol Pablo escribe: “*Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad* [establecerse

y vivir ahí]” (Filipenses 4:8). Aprendemos lo que es verdadero, honesto, puro, de buena reputación, excelente y digno de alabanza a medida que digerimos la Palabra de Dios.

¡Atención! No estoy diciendo que si leemos la Biblia suficientemente, seremos sanados de todas las dolencias del cuerpo, la mente y el alma. Conocer, creer y descansar en la verdad no levantó el cuerpo deteriorado de mi esposo muerto; no ha curado todas mis enfermedades; no garantiza una vida libre de batallas. La verdad es la luz que brilla a nuestros pies en la noche más oscura, iluminando el siguiente paso (Salmo 119:105). Cuando nuestra mente es renovada con la verdad, esta se convierte en la luz que guía nuestras decisiones, nuestras elecciones y nuestras reacciones. La verdad es el lugar donde debemos permanecer, aun si no podemos sentir o ver o entender nuestra esperanza. Personalmente, he luchado con Dios a través de muchas dificultades: muerte, dolor, pecado, cáncer, depresión y derroches. Pero siempre regreso a descansar en la palabra de Dios. No siempre podrá haber pensamientos alegres y circunstancias serenas, pero a pesar de todo, la verdad ancla mi mente en la esperanza que tengo en Cristo. Querida lectora, él no nos dejará a la deriva. Terminará la buena obra de santificación que comenzó.

Vive por fe. Es magnífico tener nuestra mente renovada, pero hay momentos en que tenemos que levantarnos y seguir adelante. Aquí es donde entra la fe. La fe y la esperanza están estrechamente vinculadas en las Escrituras. 1Corintios 13 y Hebreos 11 constituyen pasajes en los que se presentan los dos conceptos juntos. Hebreos 11:1 dice: “*Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera...*” Haríamos bien si definiéramos la fe antes de tratar de conectarla con la esperanza.

La misionera y autora Avery Willis define la fe como “actuar en la verdad revelada” (*MasterLife*). Me gusta esa definición. Se ajusta bien a un estudio de Hebreos 11. A veces le hemos asignado la fe solo a algunos súper cristianos, aquellos que se atreven a hacer cosas grandes y atrevidas para Dios. Pero todos nosotros hemos sido invitados a vivir por fe. De hecho, se nos manda a vivir por fe.

La fe no significa simplemente creer con más fuerza. Santiago 2:19 nos dice que aun los demonios creen. Tampoco se trata de reclamar algo en el nombre de Jesús y luego esperar que Dios aparezca. ¡Eso sería presumir! La fe consiste en actuar en la verdad que Dios ya ha revelado. Hebreos 11 nos presenta muchos ejemplos de fe. Dios le ha dicho algo a cada persona en la lista de Hebreos 11. Esa persona lo ha creído y confía en Dios lo suficiente como para hacerlo—actuar de acuerdo a lo que se le ha dicho. Eso es fe. En realidad, la fe no es tan complicada. No consiste en dar un paso hacia la oscuridad, sino un paso de obediencia hacia la luz de la verdad. Raramente Dios ilumina todo el camino a través del bosque. Sin embargo, sí nos ofrece suficiente verdad y suficiente luz para dar el siguiente paso. Cuando lo damos, estamos caminando por fe.

Quiero compartir contigo un testimonio personal.

En diciembre de 2013, fui diagnosticada con cáncer. Estaba aterrorizada. Por mucho que oraba y buscaba en las Escrituras, nunca encontré una promesa que me dijera que Dios, en un día y hora específicos, me sanara totalmente. De hecho, no tenía la seguridad de que en esta vida sería sanada. Entonces, tenía que decidir: ¿Me enfocaría en el temor o me enfocaría en Cristo?

Filipenses 4:6-7 me dice: *“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones [sentimientos] y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.”* Yo lo creí, pero también tuve que actuar de acuerdo a esta verdad. Tuve que dejar de sentirme angustiada y comenzar a orar, exponiendo mis temores y preocupaciones, así como mis deseos ante el Señor. Luego tuve que agradecerle de antemano por cualquier respuesta que me diera. Hacer estas cosas aparentemente simples constituyó un acto de fe. Y Dios cumplió su palabra. Guardó mi mente y mi corazón con paz, sin NINGUNA promesa de sanidad física.

Tres años después, estoy libre de cáncer, **pero NO estoy libre de cáncer por haber tenido una gran fe.** Estoy bien simplemente

porque fue así como Dios decidió obrar esta vez. La fe no consiste en reclamar algo grande en el nombre de Jesús y asumir que Dios acudirá. La fe consiste en caminar en la verdad que nos ha sido dada en la Palabra, confiando en él aun cuando no podemos ver el resultado final. Todavía yo no tengo garantía sobre el retorno del cáncer. Sin embargo, tengo total seguridad de que él permanece guardando mi alma, listo para darme su paz—aun si el cáncer regresa. Para toda persona, confiar en Dios lo suficiente como para obedecerle, es vivir por fe.

La esperanza constituye una parte de la fe. Todo lo que somos y todo lo que nos ha sido dado en Cristo constituye nuestra esperanza. Ahora actuamos en ella. Eso es fe.

Estos son algunos ejemplos de la fe y la esperanza obrando juntas:

Nuestra esperanza (segura confianza) es el perdón de los pecados (1Juan 1:9). **Ahora en fe**, confesamos y nos arrepentimos, entonces recibimos el perdón que se nos había ofrecido.

Nuestra esperanza es que tenemos la mente de Cristo (1Corintios 2:16). **Ahora por fe**, dejamos que el Espíritu de Dios use la palabra de Dios para transformar y renovar nuestra mente.

La fe y la esperanza están vinculadas. Tenemos esperanza y aprendemos a vivir en ella por fe. Para caminar totalmente en la esperanza que ya es nuestra, debemos crecer en fe. La fe crece en dos maneras: Primeramente, la fe aumenta por la palabra de Dios. “*La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios*” (Romanos 10:17). Mientras más conocemos su palabra, más le obedecemos.

La segunda forma en que Dios hace crecer nuestra fe es por medio de pruebas y circunstancias difíciles. Santiago 1:2-4 dice que debemos tener en sumo gozo cuando inesperadamente caemos en diferentes pruebas. En las pruebas, Dios produce paciencia, que en el idioma griego significa *habilidad para permanecer por debajo*. Dios no siempre está interesado en rescatarnos de nuestras pruebas. En cambio, nos permite permanecer en la prueba para que,

por su poder, seamos pacientes. Entonces, la paciencia perfecciona y ayuda a madurar nuestra fe.

Si los cristianos quieren vivir diariamente con esperanza, también deben vivir diariamente por fe. El deseo de Dios es aumentar nuestra fe por medio de su palabra y por medio de las circunstancias.

Vive en el Espíritu. Entre las personas cristianas, existen variadas interpretaciones y enseñanzas con respecto al Espíritu Santo. Aunque algunas enseñanzas sobre el Espíritu Santo producen división, no podemos ignorar el poder de una vida cristiana victoriosa. El Espíritu de Cristo que habita en nosotras constituye la fuente de poder. Él es quien usa la palabra de Dios con poder para transformar nuestra mente. Él es también quien nos capacita con su poder para vivir por fe. También pone en nosotras el deseo de vivir por fe (Filipenses 2:13). Si deseamos vivir con esperanza, debemos vivir en el poder del Espíritu Santo y bajo su control.

Efesios 3:16-17 son versículos clave para comprender el papel del Espíritu Santo en nuestras vidas en relación con la esperanza. *“... para que (Dios) os dé conforme (proporcionalmente) a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones...”*

Dios obra en nuestro interior, usando al Espíritu Santo para fortalecernos en el hombre interior. El hombre interior incluye la mente, las emociones y la voluntad. El Espíritu desea que Cristo more en nuestro corazón (nuestro hombre interior). *Morar* significa establecerse y vivir. Dios desea que su Espíritu cubra cada aspecto de nuestro ser interior. Quiere tener acceso a los lugares secretos, a los pensamientos secretos, a los hábitos que van más allá de los límites y a los procesos nunca vistos o escuchados. Él quiere limpiarlo todo y reemplazarlo con Cristo. Entonces Cristo puede estar como en casa, en cada rincón y cada grieta de nuestra vida. Cuando Cristo impregna nuestro hombre interior, comenzamos

a ver y comprender la esperanza que es nuestra. Deseamos vivir obedientemente en esa esperanza. Cuando el hombre interior comienza a cambiar, el hombre exterior refleja esos cambios en palabra y hecho. El Espíritu es la energía para la transformación que está ocurriendo.

Finalmente, Romanos 15:13 brinda más luz al Espíritu y a la esperanza. *“Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo.”*

Dios es el dador de la esperanza. Él es la esperanza. Al confiar en él y rendirnos a él, nos llena de gozo y paz hasta que rebosemos con esperanza. Esta llenura al punto de rebosar es una obra continua y diaria del Espíritu Santo en el hombre interior.

Para terminar, cada creyente tiene esperanza porque cada creyente tiene a Cristo. Solo queda una pregunta: “¿Podemos perder la esperanza?” La respuesta resonante es “¡NO!” Efesios 1:13-14 dice que somos sellados con el Espíritu de la promesa. Ser *sellado* significa que nuestra relación con Cristo es permanente y auténtica. La transacción se ha completado y nunca se va a deshacer. El Espíritu es también una garantía, un pago inicial de todo lo que está por venir—aquí y en lo adelante. Nuestra esperanza no es algo que viene y se va. Dios es fiel aun cuando nosotras no lo somos. Su permanencia en nuestra vida se basa en su carácter y en su palabra, no en nuestras obras, en nuestra manera de actuar o en las circunstancias.

Sin embargo, podemos perder de vista la esperanza. También podemos dejar de sentir la esperanza. Muchas cosas contribuyen a estas pérdidas. La enfermedad de la mente y del cuerpo pueden hacernos sentir sin esperanza. Las circunstancias difíciles pueden oscurecer la esperanza. El pecado puede separarnos del sentimiento de esperanza. Pero para cada dilema existe una respuesta. Atención médica, consejeros, amigos que oran y una comunidad responsable, son instrumentos que Dios usa para re-direccionarnos hacia la verdad y ayudarnos a aplicarla a nuestras vidas.

Perdemos de vista la esperanza cuando nuestra alma no está sana, cuando estamos fuera de sintonía con el Señor y con otras personas. Cuando un cilindro en el motor del auto se detiene o se daña, el auto no puede funcionar correctamente. Las personas son similares. Si queremos vivir vidas victoriosas como cristianas, cada área de nuestra alma debe estar bien sintonizada. Por lo tanto, importa lo que ponemos dentro de nuestros cuerpos. Importa cómo alimentamos nuestras mentes. Importa con quién nos asociamos. Importa lo que creemos y cómo nos comportamos. De lo contrario, nuestra alma se vuelve desarticulada y poco saludable, y fácilmente perdemos de vista la esperanza.

Cuando mi difunto esposo y yo nos mudamos para Knoxville, Tennessee, estábamos emocionados por la belleza de la cordillera Smoky Mountains. Todos los días conducía a la iglesia o a la escuela, cruzaba una llanura y luego giraba a la izquierda hacia el valle. La vista de las montañas mientras conducía hacia el valle era espectacular. Aquellas majestuosas montañas se desplegaban frente a mí. Suspiraba cada vez que veía la escena.

Vivimos en Knoxville durante trece años, y pronto descubrí que mi percepción de las montañas podría ser alterada fácilmente. En la primavera y el otoño, cuando cambiaba la temperatura, la niebla se desplegaba en el valle y obstruía mi vista. En el calor del verano, se formaba una neblina que no me permitía tener una vista clara de las montañas. En el invierno, las nubes bajas y grises de la nieve a menudo permanecían durante varios días, creando un clima triste y bloqueando mi valiosa vista. Pero viví en esas montañas el tiempo suficiente para darme cuenta que, a pesar del clima o de mi punto de vista, las montañas permanecían. Eran firmes e inamovibles incluso en la niebla, el calor y las nubes. Mi vista puede haber sido alterada, pero las montañas no.

La esperanza bíblica es similar a las montañas. La enfermedad, las circunstancias y el pecado pueden cambiar nuestra percepción, pero ninguna de ellas puede cambiar nuestra esperanza.

Los próximos siete capítulos explorarán la vida de mujeres en las Escrituras a quienes se les ha dado esperanza o están en una crisis

de esperanza o la necesitan. Son mujeres como nosotras. Mujeres que enfrentan circunstancias difíciles, hacen malabarismos con sus responsabilidades, y a menudo necesitan que se les recuerde su esperanza en Cristo. Sus almas necesitan estar ancladas—tal como las nuestras. Querida lectora, descansa en la verdad: Cristo no te va a dejar sola. No importa de dónde has venido o hacia dónde vas, él es el ancla fiel, firme e incambiable para tu alma.

Preguntas para conversar

- 1- ¿En qué sentido la esperanza bíblica es diferente del deseo? ¿Cómo puede esto aliviarte?

- 2- Después de haber leído la historia de Horatio Spafford, ¿te sorprende que haya escrito el himno “*Estoy bien con mi Dios*”? ¿Cómo podemos estar bien cuando todo en nuestro mundo anda mal?

- 3- La esperanza permanece aun cuando la hemos perdido de vista, porque la esperanza se basa en la fidelidad de Cristo. ¿Qué pudiera hacernos perder de vista la esperanza? ¿En algún momento has perdido de vista la esperanza?

- 4- Como creyentes, escogemos vivir en nuestra esperanza. ¿En qué maneras cooperamos con Dios para vivir en nuestra esperanza? Lee Romanos 12:2, Efesios 4:23, Hebreos 11:1, Salmo 119:105 y Efesios 3:16-17.

- 5- Se ha dicho que cada persona necesita saber tres cosas: que son amadas, que la vida tiene un propósito y que hay esperanza. ¿Cómo suple Cristo estas tres necesidades? ¿Cómo él ha suplido estas necesidades para ti?

2

AGAR

Esperanza para la desechada

La “Inundación de los 100 años” barrió a través de Nashville, Tennessee, comenzando en las tempranas horas de la mañana, el 2 de mayo del 2010. Una lluvia sin precedentes desbordó rápidamente la mayor parte de la ciudad. Las carreteras interestatales inundadas y las calles locales fueron cerradas. Barrios, centros comerciales e iglesias se inundaron. Music City nunca había experimentado una inundación tan devastadora. Lo que debería haber sido un tranquilo domingo por la mañana, se convirtió en una pesadilla de la que la ciudad tardaría años en recuperarse. Esa mañana yo iba conduciendo hacia Nashville, de camino a Knoxville, sin conocer las circunstancias de lo que sucedía más adelante.

Yo estaba en la carretera porque mi hijo, que estudiaba en la universidad en Knoxville, estaba gravemente enfermo. Hacía cinco años que mi esposo había fallecido, por lo que una especie de pánico repugnante subía a mi pecho, haciéndome pensar que ahora podría perder a mi hijo. Sin dejarme intimidar por las inclemencias del tiempo, salí de mi casa en Illinois temprano ese domingo en

la mañana, pensando llegar a Knoxville a media tarde. Por el camino, llamé a un amigo en Nashville que también es pastor, para preguntarle sobre las condiciones del tiempo. En ese momento, todas las carreteras estaban abiertas, y él pensó que yo podría llegar hasta Nashville sin dificultades. Pero no fue así.

La ruta que yo acostumbraba tomar para cruzar por Nashville ya había sido cerrada cuando llegué ahí. El tráfico estaba siendo re-direccionado hacia otra interestatal. Sin embargo, solo unos kilómetros después de haber sido desviados, esta carretera interestatal también cerró debido al aumento de las inundaciones. Todo el tráfico se vio obligado a salir. Me encontré en una parte desconocida de la ciudad. Mi antiguo teléfono plegable no tenía MAPAS ni capacidad de navegación. Yo había salido de la casa con mucha prisa y olvidé el cargador; ahora a mi teléfono solo le quedaba una barra de energía. En la confusión de carreteras cerradas, mi plan era encontrar un lugar seguro y esperar que pasara la tormenta. Una estación de servicio abandonada parecía ideal.

Estacioné mi camioneta debajo del toldo, frente a la calle, pero vi con horror cómo el agua seguía subiendo. Los autos se estancaban mientras intentaban atravesar el río alineándose en el camino delante de mí. Sabía que estaba en una zona baja, pero no tenía idea de dónde estaba ni cómo salir. Clamé al Señor—literalmente grité. Este no era el momento para una oración silenciosa. Estaba llena de temor y de urgencia. El Señor, y cualquier otra persona al alcance del oído, iba a escuchar mi petición colmada de lágrimas en busca de ayuda. Inesperadamente, mi teléfono sonó.

Era una mujer a quien yo no conocía. Su pastor (el amigo al que llamé esa mañana) le dijo que yo estaba pasando por Nashville. Ella me había escuchado predicar unos años antes, por lo que conocía acerca de la historia de mi pérdida. Me dijo que me llamaba solo para que supiera que estaba orando por mí y por mi hijo.

Le grité en sollozos: “Estoy muy contenta de que ores por mí, pero ahora mismo necesito algo más que tus oraciones. Estoy en Nashville, atrapada en una gasolinera abandonada. Estoy perdida y el agua continúa subiendo. ¡Por favor, ayúdame!”

Este ángel en forma de mujer cambió a modo de rescate: “Léeme las señales de la calle. Describe todo lo que te rodea.”

Así lo hice.

Calmada, pero firme, respondió: “Jennifer, estás en una zona de inundación. No te puedes quedar ahí. Tienes que salir ¡ahora mismo!”

“Mi teléfono está a punto de quedarse sin energía. No sé hacia dónde debo ir. Todas las carreteras están inundadas.” Yo sabía que mi voz sonaba con mucho temor.

“Quédate al teléfono conmigo, Jennifer. Soy dueña de un camión de reparto. Sé exactamente dónde estás y sé por dónde puedes salir. Solo quédate al teléfono, te guiaré por Nashville.”

¡Y lo hizo!

Fue un viaje desgarrador, para ser sincera. Ella me indicó que condujera por las salidas que estaban cerradas y que bajara por el lado contrario de la autopista para evitar el agua. Esta mujer conocía cada bache y cada punto bajo, cada vuelta y callejón. Me calmaba cuando yo gritaba de terror y ella hablaba rápido, sabiendo que mi teléfono estaba a punto de quedarse sin energía. De alguna manera, aquel teléfono plegable mantuvo su carga, y con la ayuda de ella pude salir al otro lado de Nashville, a salvo de las inundaciones, en la dirección correcta hacia donde estaba mi hijo.

No le pregunté el nombre a esa querida mujer. Aunque le envié mi más profundo agradecimiento a través de una conversación que sostuve más adelante con el pastor, nunca volví a hablar con ella. Sin embargo, estoy segura de que el Señor escuchó mi clamor y envió a una extraña—la dueña de un camión de reparto—para guiarme hasta el lugar seguro.

Génesis habla de otra mujer que estaba perdida, llena de temor y perdiendo su esperanza. Pero Dios la ve, la escucha y le envía una ayuda sin precedentes. El nombre de la mujer es Agar.

A través de su historia, el Señor tiene mucho que enseñarnos sobre la esperanza.

El carácter de Dios

Agar es una esclava egipcia que pertenece a Sara, la esposa de Abraham. Debió haber sido adquirida cuando la pareja patriarcal salió de Egipto en Génesis 12. Al leer la Escritura, es difícil discernir si Agar es una víctima, una zorra o una villana. Principalmente, existen dos pasajes en el Antiguo Testamento que la incluyen, y muchos otros que mencionan a su hijo Ismael (Génesis 16, 21 y 25). Además, el apóstol Pablo se refiere a ella con fuertes términos alegóricos en su Carta a los Gálatas, ofreciendo a los lectores originales del Nuevo Testamento un punto de vista negativo de Agar (Gálatas 4:21-31). Independientemente de cómo se perciba, ella forma parte de la historia de redención de Dios. Aunque es una mujer con muchas faltas, ninguna la descalifica para alcanzar la misericordia de Dios. Él le brinda esperanza en el momento de su necesidad y nunca renuncia a su promesa. Para este estudio, Agar es una mujer histórica de un tiempo antiguo quien, de una manera definitiva, aunque quizás desconocida, apunta hacia Cristo.

Su historia está entrelazada con la historia de Abraham y Sara, y es imposible separar una de la otra. Dios llama a Abraham para que salga de su hogar en Ur y vaya a una tierra que Dios le mostraría (Génesis 12:1-3). Dios también promete dar a Abraham un hijo que sería el heredero de la promesa del pacto de Dios de hacer de Abraham una nación grande y una bendición para todo el mundo (Génesis 13:14-16; 15:1-6). ¡Cuán grandes promesas! Sin embargo, al parecer surge un problema que impide que las promesas de Dios se hagan realidad. Sara, la esposa de Abraham, es estéril.

Para complicar más las cosas, no solo está el hecho de la esterilidad de Sara, sino que ni ella ni Abraham son tan jóvenes. Los años van pasando y parece como que Dios no puede cumplir la promesa de dar a Abraham un hijo “de su propio cuerpo.” Sara asume la culpa y la responsabilidad de ver cumplida la promesa dada por Dios de tener un hijo. Al hacerlo, elabora un plan que está completamente fuera de sintonía con el Señor. Sara entrega su

esclava Agar a Abraham. El plan es que Agar conciba un hijo en lugar de Sara.

Para el lector moderno parece un plan ridículo, sin embargo, no era algo extraño en el mundo antiguo. Agar se convertiría en la “esposa esclava” de Abraham, pero como que es propiedad de Sara, cualquier hijo nacido de Agar y Abraham sería reconocido como hijo de Sara y Abraham. Para Sara, esta idea es la solución legítima a su problema de esterilidad. Parece ser una forma de marcar el comienzo de la promesa de Dios por el bien de su amado esposo. En realidad, se convierte en una de las mayores tragedias de la historia, cuyas consecuencias aún experimentamos hoy.

Cuando Agar concibe un hijo de Abraham, se vuelve altiva (Génesis 16:4). Intencionalmente, ignora su posición como esclava y ve su vientre fértil como superior al vientre estéril de Sara. Mi mente santificada puede imaginar a la bella joven egipcia sacudiendo su largo cabello lujoso sobre su hombro y frotando su vientre redondo, burlándose de la estéril Sara y haciendo alarde de su exitosa unión sexual con Abraham. Como es de esperar, ¡Sara tiene un ataque de celos!

Abraham no es un personaje inocente en este drama. Está de acuerdo con el plan desacertado de Sara. Se complace con sus deseos y placeres en la joven sirvienta egipcia—después de todo, su esposa insistió. Sara culpa a Abraham por las acciones de la esclava orgullosa. Como su esposa, Sara se siente dolida y celosa. Los hijos son una señal del favor de Dios y del amor del esposo. Sara siente que no los tiene.

Sara ataca verbalmente a Abraham. Este vuelve a echarle la culpa a Sara. Génesis 16: 4-6 vibra con tensión y conflicto. Es lo que hace el pecado. Este no es el plan de Dios y tratar de “ayudar a Dios” manipulando las circunstancias, lleva al fracaso. Agar es altiva. Sara está celosa y enojada. Abraham se siente indignado y confundido. Ninguno de ellos es completamente inocente, sin embargo, el peso de toda la angustia cae sobre Agar. La Biblia dice que Sara la trata con dureza y Agar huye.

Embarazada, asustada y sola, Agar corre al desierto. Sale hacia Egipto, 1300 kilómetros a través de una tierra abrasadora. Va corriendo hacia una muerte segura, pero a Sara no le importa. La muerte de Agar terminaría con todo el fiasco. Su muerte eliminaría los planes desafortunados de sus vidas para que Sara y Abraham pudieran comenzar de nuevo, enmendar su matrimonio y tal vez buscar la ayuda de Dios. Para Sara, la muerte de Agar y la muerte del niño en su vientre sería un alivio. “¡Que se vaya! ¡Que corra! ¡Que se muera!” Agar es un producto desechable, ya no es necesaria y desde luego, nadie la valora. Sin embargo, en su vida aparentemente triste y sin valor ... aparece la esperanza.

En el desierto, junto a un arroyo, Agar está sola y exhausta, y las Escrituras dicen: “*Y la halló el ángel de Jehová...*” (Génesis 16:7). Esta es la primera referencia al ángel de Jehová en la Biblia. Mientras que el ángel aparece a otros a través del Antiguo Testamento, la *primera* aparición es a una mujer. *Esta* mujer—una esclava marginada, desechada, que no tiene ningún valor para nadie... excepto para Dios.

La mayoría de los eruditos concuerdan en que el ángel del Señor es Cristo pre-encarnado—Jesús antes de Belén. El evangelio de Juan nos recuerda que Jesús no solamente está con Dios desde el principio, sino que él es realmente Dios (Juan 1:1). Cuando Cristo nace de María en Belén, Jesús simplemente toma forma de hombre. Él es Dios en la carne, Dios encarnado—Dios con piel. Pero cuando aparece a Agar a orillas del arroyo en el desierto, Jesús es el ángel de Jehová.

Génesis 16:7 contiene una esperanza. Agar no está buscando a Dios. Quizás a ella le resultara familiar el Dios de Abraham, pero no tenemos indicios de que ella le sirviera. Pero el versículo 7 expresa claramente: “*La halló.*” ¿Lo ves? Agar no está buscando a Dios, pero Dios está buscando a Agar. De hecho, él la persigue. Pero ¿por qué?

Dios había hecho un pacto con Abraham. El pacto se extiende hasta los descendientes de Abraham y Agar está embarazada con el hijo de Abraham. Ciertamente el matrimonio de Abraham

con la esclava no es parte del plan de Dios, y ciertamente el hijo concebido no será el hijo de la promesa que producirá finalmente el linaje de Cristo. Pero el hijo que lleva Agar será un hijo **con** una promesa—simplemente porque es hijo de Abraham.

Dios cumple sus promesas. Isaías nos recuerda: “*Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre*” (Isaías 40:8). El apego de Dios a sus promesas no está basado en el comportamiento humano. Dios no abandonará a este hijo de Abraham, a pesar de las circunstancias. Dios cumplirá su promesa a Abraham, no porque Agar sea digna, sino porque Dios es fiel.

Dios sigue siendo un cumplidor de promesas. Su palabra permanece, inamovible por las circunstancias, por la historia o por el comportamiento humano. Hay confianza en esa verdad para el creyente en Cristo. No somos libres de reclamar cualquier cosa que deseemos o comportarnos de la manera que queramos, pero somos libres para confiar y vivir en las promesas que ya nos han sido dadas por medio de Cristo. Las promesas de Dios son nuestra esperanza, dones de gracia dados a cada creyente. Pero como cualquier regalo, debemos recibirlos, abrirlos, usarlos y aplicarlos a nuestra vida.

Dios no solo cumple su palabra, sino que también está lleno de misericordia y de gracia. Dios persigue a Agar por su gran compasión por ella. Quizás el comportamiento reprobable de Agar nos hace difícil comprender la compasión divina de Dios. Pero Agar—la esclava, la desechada, la sin importancia, la marginada y la fácilmente olvidada—también es una víctima. Y Dios tiene misericordia de ella.

El escritor de Lamentaciones nos recuerda: “*Esto recapacitaré en mi corazón, por lo tanto, esperaré. Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad*” (Lamentaciones 3:21-23). No puedo discutir los aspectos esenciales de la doctrina de la elección. No puedo conocer con seguridad el destino eterno de Agar. Los teólogos han debatido su lugar en la

Escritura durante siglos. Pero sí sé que el ángel de Jehová, el mismo Jesucristo, entró en las páginas de la Escritura por primera vez al aparecerse a *esta* mujer. No creo que simplemente se le apareció por un compromiso con Abraham; él la ve, la conoce, se preocupa profundamente por ella y le brinda una gran esperanza en medio de su desesperación.

El relato de Agar nos revela el carácter compasivo de Dios. Él es el Dios que va tras los perdidos y temerosos. Él es el Dios que ama incluso a los que no son dignos de ser amados. Las personas cristianas también hemos experimentado la bondad de Dios, por tanto, no podemos reservar nuestra compasión para unos pocos escogidos. Debemos seguir su ejemplo y derramar el amor y la esperanza de Cristo aun sobre quienes aparentan ser indeseables e indignos de ser amados o hacia quienes no aparentan cumplir ningún estándar de santidad.

Si no tenemos cuidado, los cristianos aceptarán una doctrina fría y estéril de elección, que ni está presente en la Escritura ni refleja el carácter de Dios. No hemos sido llamados a juzgar el destino eterno de las personas. Dios es quien lo hará. Hemos sido llamados a compartir el evangelio de Jesucristo con un mundo herido, desesperado y rechazado, que necesita esperanza. Agar es el mundo... porque tanto amó Dios al mundo.

Después de la conversación con el ángel de Jehová, Agar se refiere a Dios con un nuevo nombre: *El Roi. El Dios que me ve*. La fuente de agua en el desierto también recibe un nuevo nombre: *el pozo del Ser Viviente que me ve*. Mientras que ella entiende claramente que el Dios de Abraham ha actuado en su favor, ofreciéndole ayuda y esperanza, no entiende completamente por qué Dios intervino. Sin embargo, sus afirmaciones en el versículo 13 parecen venir de un corazón lleno de gratitud y humildad, donde antes había orgullo y desesperanza.

Dios le dio esperanza a Agar ese día en el desierto –y hará lo mismo por ti. Muchas veces he pasado por estos versículos durante mis experiencias en el desierto de la vida, confiando en el nombre

El Roi que me recuerda su carácter de una forma tan maravillosa. Dios me ve, me conoce, tiene compasión de mí, interviene en mi favor y me brinda esperanza.

Dios sigue siendo el Dios que persigue. Aun cuando no lo estemos buscando, él nos busca—no para condenarnos o castigarnos, sino para ofrecernos esperanza. La mayor esperanza que nos ha ofrecido es la buena noticia de Jesucristo. El apóstol Pablo escribe: “*Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros*” (Romanos 5:8). En el capítulo 16 de Génesis no se presenta a Agar buscando a Dios, pero mientras era aún pecadora, enemiga de Dios, Jesús se le presentó para brindarle esperanza.

Dios continúa siendo así. Él no está esperando que “nos pongamos bien” o limpiemos nuestras vidas. Él nos persigue en medio del desastre cuando estamos cargadas y ciegas ante su amor. Si nunca has conocido a Dios, él te ofrece la esperanza de salvación por medio de Cristo. Si ya le conoces, él no ha cambiado. Sigue siendo El Roi—el Dios que te ve.

Recientemente, tuve la alegría de visitar Israel. Una parte importante del viaje consistió en una visita durante una tarde al pequeño pueblo de Magdala, cerca del Mar de Galilea. Nuestra guía en Magdala era una escocesa muy entusiasta llamada Celine. Ella irradiaba con la presencia de Cristo y tenía un conocimiento increíble sobre la sinagoga del primer siglo, descubierta en Magdala durante recientes excavaciones arqueológicas. Mientras observábamos las ruinas recuperadas, ella explicó cada porción de la sinagoga con detalles impresionantes. Nos mostró dónde se sentaban los estudiantes mientras el rabino leía las Escrituras. Explicó el diálogo interactivo que tenía lugar entre los rabinos y los estudiantes. Fue fascinante.

Después, Celine pidió al grupo que hicieran algo más que escuchar. Nos pidió a cada uno que pusiéramos la mano en una de las piedras donde los antiguos estudiantes se sentaban mientras escuchaban al rabino.

Celine nos pidió con gentileza: “Imagina que eres un estudiante judío. Acabas de escoger tu asiento en la sinagoga y hoy Jesús es el rabino visitante.”

De algún modo, sus palabras transportaron nuestra imaginación a una antigua tarde en Magdala mientras ella continuaba: “Jesús acaba de leer la Escritura y al terminar, envuelve el rollo y eleva la vista. La mirada de Cristo se dirige hacia ti. ¿Qué es lo que ve?”

A penas podíamos respirar.

Nuestra guía escocesa habló con misericordia: “Él ve cada herida y cada gozo. Él sabe todo acerca de ti. Te ama con un amor eterno y te ofrece esperanza.”

Al decir la última frase, las palabras de Celine corrieron sobre nosotros como agua fresca en una tarde ardiente del Medio Oriente: “Ustedes tomarán muchas fotos y comprarán algunos objetos para llevarse a su casa, pero les imploro que se lleven la mirada de Jesús. Les cambiará la vida.”

Agar experimentó la mirada de Cristo como *El Roi*. Él sigue siendo el mismo hoy. Te ve, te conoce, te ama. Ahora, escucha cuidadosamente mientras él te ofrece esperanza.

Las circunstancias de Agar

El Señor muestra una gran compasión por Agar, pero esa compasión no se puede ver como tolerancia al pecado. Dios trata con la actitud pecaminosa de Agar cuando la llama “sierva de Sara” y no se refiere a ella como “esposa de Abraham.” Génesis 16:8 no consiste en un comentario sobre la esclavitud o la injusticia social. La Escritura siempre revela el carácter de Dios y en este pasaje, la justicia de Dios y su oposición al pecado constituyen el eje central. Para que Agar pueda vivir con esperanza, el pecado debe ser expuesto y extinguido.

El ángel del Señor le hace a Agar una pregunta profunda y retadora: “*Agar, sierva de Sarai, ¿de dónde vienes y hacia*

dónde vas? (Génesis 16:8). Por supuesto que el Señor conocía la respuesta, pero ¿la conocía Agar? Parece ser una especie de prueba. ¿Ella aceptará sus circunstancias? ¿Asumirá su responsabilidad ante el fracaso? ¿Escogerá seguir huyendo de sus problemas o los enfrentará?

Sorpresivamente, Agar responde con seguridad: “*Huyo delante de Sarai, mi señora*” (Génesis 16:8b). Ella no culpa a nadie, ni ofrece explicaciones o excusas. Asume la verdad y al hacerlo, reconoce su posición como sierva y la posición de Sara como su señora.

Recuerda, querida lectora, que este pasaje no trata de justicia social y no podemos interpretar los eventos antiguos a través de los ojos occidentales del siglo XXI. Al hacerle la pregunta, Dios no solamente atrae su atención, sino que también trata con su pecado, de modo que la esperanza florece completamente. Aprende de Agar. El Señor nos ofrece esperanza, pero primeramente tratará con el pecado que nos asedia.

Mientras que huir parece ser una buena opción para Agar, y a veces para nosotras—nunca lo es. Es una respuesta bastante común, tanto para las circunstancias comunes como para el pecado. De hecho, los fugitivos son mencionados a través de toda la Escritura—Adán y Eva, Jacob, Moisés, David, Pedro y por supuesto, Jonás. Todas estas personas intentaban dejar algo atrás, tratando de escapar. Pero Dios acostumbra a perseguir por compasión, y no les deja huir muy lejos. Les encuentra y les ofrece perdón y esperanza. Encontró a Adán y a Eva escondiéndose en el jardín. Encontró a Jacob en Harán y a Moisés en Madián. Dios encontró a David regresando a sus negocios como si nada hubiera ocurrido, después de haber dejado a Betsabé embarazada. Encontró a Jonás en un barco rumbo a Tarsis y encontró a Pedro en un barco de pesca, huyendo de su negación. En ninguno de los casos condena la huida, sino que la confronta, ofreciendo esperanza. Sin embargo, la sumisión y la obediencia constituyen las claves para vivir en la esperanza que él ofrece.

Cuando tú y yo enfrentamos nuestras propias limitaciones, cuando dejamos de huir de las difíciles circunstancias de la vida, cuando finalmente reconocemos quiénes somos y cómo llegamos ahí—damos a Dios la libertad para obrar en nosotras. Él comienza a limpiarnos y liberarnos, redimiendo las cenizas que la vida o nosotras mismas habíamos creado. Él vuelve a enfocar nuestra atención en él y no en los pecados del pasado o en las preguntas sobre el futuro. Nos dice, como le dijo a Agar: “*Es tiempo de que dejes de huir. Regresa y sométete.*”

¡Oye Jennifer! Acabas de usar esa palabra que comienza con “S”. *Someterse*. ¿Es cierto que esa palabra se encuentra en la Escritura, y si es así, no se puede aplicar a las mujeres hoy?

Sí, la palabra *someterse* continúa apareciendo en la Biblia. Sin embargo, hemos contaminado la intención que Dios tenía al usar esa palabra, reduciendo su significado a través del orgullo, la cultura y nuestra experiencia personal. Hemos perdido la belleza y la seguridad del sometimiento bíblico.

Agar tiene que tomar una decisión. Puede continuar huyendo, aparentemente libre, a través del desierto—y morir allí. Aun si por medio de un milagro puede regresar a Egipto, continuaría siendo esclava, vendida nuevamente para quién sabe qué tipo de dueño. Como esclava, el bebé nacido de ella sería sacado de su vientre y asesinado o vendido inmediatamente como esclavo. Existe también la más mínima posibilidad de encontrarse con un grupo de beduinos en el desierto, pero como una fugitiva embarazada, su situación será terrible en la cultura de su tiempo. Su mayor esperanza es obedecer a Dios y regresar a la casa de Abraham. El llamado de Agar es para someterse a la autoridad de Dios. Al hacerlo, su posición como sirvienta no cambia, pero su futuro estará seguro en la esperanza y en las promesas que Dios ofrece.

Sin saberlo, al regresar con Sara, Agar constituye parte del plan de Dios para tratar también con el pecado de Sara y Abraham. Su regreso va a forzar a la pareja de ancianos a admitir que momentáneamente no pudieron confiar en Dios. Les hará

reconocer el dolor y la culpa que se causaron el uno al otro y a Agar. Su regreso va a recordar tanto a Sara como a Abraham que deben esperar los planes de Dios, en el tiempo de Dios. El regreso de Agar no es solo por el propio bien de Agar; también lo es por el niño que lleva y por la pareja a la que sirve.

Aun en nuestra vida, el Señor no obra en un pequeño espacio al vacío que nos afecta solo a nosotras. Cada oferta de gracia y esperanza que nos afecta, también afecta al círculo de personas que nos rodean. El llamado de Dios de someternos a su autoridad no es para atarnos, sino para liberarnos y aun para bendecir a quienes nos rodean. Él puede ver más adelante en el camino lo que nosotras no podemos ver. Tiene en mente un cuadro más amplio y si nosotras, como Agar, confiamos en él, viviremos en una mayor libertad *bajo* su autoridad, que cualquier vida que nos podamos imaginar *lejos* de su autoridad.

Este pasaje de regreso y sometimiento *no* se trata de volver a caer en relaciones abusivas. Se trata de enfrentar circunstancias difíciles con la fuerza y la visión de Cristo, lo cual nos alienta a dejar de huir para, de una vez y por todas, someternos a los planes de Dios. No podemos arreglar o cambiar a los demás. No podemos deshacer el pasado. Pero sí podemos ser obedientes a todo lo que el Señor nos indique que hagamos hoy.

Preciosa lectora, ¿de dónde vienes y hacia dónde vas? ¿Te mirarás con firmeza y honestidad a ti misma y a tus circunstancias? ¿Te darás cuenta de que huir nunca es la respuesta a las soluciones duraderas? ¿Confiarás en el Señor Jesús, quien te ama y se entregó por ti? ¿Confiarás en que él tiene las respuestas que todavía no conoces y un futuro que todavía no puedes ver? ¿Te apoyarás en él y te rendirás completamente a sus planes y su autoridad?

Esta misma mañana estaba leyendo Juan 10. Jesús se refiere a sí mismo como el pastor que da su vida por las ovejas. También dice que sus ovejas escuchan su voz y le siguen. He leído ese pasaje cien veces, pero mientras escribo sobre Agar, Juan 10 me habla de una manera fresca.

Las ovejas reconocen la voz del pastor y le siguen. Ellas no saben cuál camino deben escoger. No pueden ver exactamente dónde está él. No saben cuál pasto van a comer más adelante o dónde encontrarán agua. Simplemente confían en el pastor y le siguen. Ellas saben que él les provee, les cuida, conoce el camino. *¿Ves? Se someten a él y se forma una relación bella, segura y amorosa.* Así ocurre cuando nos sometemos a Cristo.

Cabe destacar que en Génesis 16, Agar le cree a Dios. Escoge la vida en lugar de la muerte en el desierto. Dios le ofrece a Agar una esperanza que sobrepasa toda su imaginación, pero su primera respuesta debe ser el sometimiento. También debería ser la nuestra.

¿De dónde vienes y hacia dónde vas? Confía en Cristo, nuestro pastor. Él conoce el camino.

La certeza de la esperanza

La promesa de esperanza dada a Agar en Génesis 16:10 es similar a la promesa dada a Abraham en Génesis 15:5. Su hijo no solo vivirá, sino que tendrá tantos descendientes que no se podrán contar. La promesa de esperanza continúa fluyendo cuando Dios le dice que le ponga por nombre a su hijo Ismael, que significa *Dios escucha* o *Dios ha escuchado*. Al poner nombre a su hijo, Dios está reiterando su gran compasión. Mucho después de haber salido de la fuente de agua en el desierto o que el recuerdo de su conversación con el ángel se disperse en su mente, va a recordar el carácter de Dios cada vez que pronuncie el nombre de su hijo. Ismael. *Dios escucha*. El Dios de Abraham ofrece esperanza.

Aunque la noticia del ángel no es del todo buena, es suficiente como para llenar a Agar de esperanza. Ella obedece al ángel y regresa a la casa de Abraham y Sara. Al regresar, no solo ha sido confrontado el pecado y el temor de Agar, sino que también el pecado de Sara ha sido confrontado. Sara ha aprendido a mantener sus manos fuera de los planes de Dios. Ha aprendido que la manera de obrar y el tiempo de Dios son diferentes de los suyos. Sara está

aprendiendo a esperar. Agar está aprendiendo a servir. Dios está obrando en las dos mujeres.

Durante los trece años que transcurren entre Génesis 16 y Génesis 17, nace Ismael y crece en la casa de Abraham, quien lo ama como cualquier padre a su hijo. Lo observa al dar sus primeros pasos, escucha sus primeras palabras y se regocija en los logros diarios en la niñez de Ismael. Sara, por otra parte, mientras espera que el Señor cumpla su promesa, guarda un dolor en su corazón, un deseo ardiente de que su esposo ame a un hijo de su propio vientre. Entre la alegría de Abraham y el anhelo de Sara—Dios habla.

La mayor parte de Génesis 17 consiste en una conversación entre Dios y Abraham. Dios le recuerda a Abraham acerca del pacto que hizo con él. Le confirma su promesa de hacer de él una nación grande por medio de la cual, todo el mundo sería bendecido. Sin embargo, en esta conversación, Dios revela una nueva información. Le dice a Abraham que Sara será la madre de esta gran nación (Génesis 17:16). Y Abraham se ríe.

Además, Abraham razona con el Todopoderoso, cuestionando cómo un anciano y una anciana pueden tener un hijo. Le ofrece a Dios una solución: que Ismael sea el hijo de la promesa, que los hijos de Ismael cumplan el plan de Dios (Génesis 17:17-18). Pero Dios no está buscando soluciones humanas al problema de esterilidad de Sara. *El Shaddai*, el Dios Todopoderoso, ha estado esperando pacientemente para que Abraham y Sara lleguen al final de sus propios recursos y así solo él sea glorificado. Sara *será* la madre e Isaac *será* su hijo. La alegre noticia resulta agri dulce para Abraham. Su amor por Ismael ha ido en aumento.

La compasión y la fidelidad de Dios se escuchan nuevamente cuando el Señor le repite a Abraham la promesa que le hizo a Agar en el desierto. Ismael es realmente hijo de Abraham y Dios no abandonará a ese joven. De este muchacho saldrá una gran nación, será el padre de doce príncipes (Génesis 17:20). La palabra de Dios permanece, asegurando la esperanza de Agar y reduciendo los temores de Abraham. El Shaddai y El Roi son uno solo—el Dios que guarda su promesa.

Isaac nace de Sara cuando ella tiene casi noventa años y Abraham tiene cien años (Génesis 21:1-8). El nacimiento milagroso trae gozo y risas al corazón y al hogar de Sara. Ella no puede contener su gozo e invita a todos a su alrededor para que compartan su alegría, dando a Dios la gloria en todo. No es de extrañar que Sara proteja mucho a Isaac y también que sospeche de su medio hermano, Ismael, el hijo de Agar.

No está claro qué le hace Ismael a Isaac en Génesis 21:9. Ismael tiene unos 16 años, siendo un adolescente revoltoso acostumbrado a ser el único hijo de su padre. Isaac, el niño producto de un milagro ha captado la atención de todos, ha sido destetado y probablemente tenga alrededor de tres años. No se sabe si es que Ismael se burla de Isaac o juega toscamente con él o se refiere a él de manera vulgar. Sara le exige a Abraham: “*Echa a esta sierva y a su hijo, porque el hijo de esta sierva no ha de heredar con Isaac mi hijo*” (Génesis 21:10).

Abraham está angustiado por la demanda de Sara, pero Dios lo consuela. Dios le asegura a Abraham sus planes para Isaac, así como sus planes para Ismael. Ambos son descendientes de Abraham y Dios no abandonará a ninguno de ellos. El Señor le dice a Abraham que escuche a Sara y eche a Agar y a Ismael. Lo que para Abraham era una tarea difícil, para Agar sería devastadora.

Me imagino las gotas de sudor producidas por el temor, corriendo por la frente de Agar cuando Abraham empaca comida y agua para ella y su hijo. Mientras tanto, ella piensa: “*¡Realmente lo está haciendo! ¡Nos está echando!*” Una sensación de pánico se apodera de ella, anhelando que Abraham cambie de opinión y decida que ama tanto a Ismael que no quiere dejarlos ir. Pero Abraham permanece firme en su decisión. Le da agua y comida, dejando a su primogénito bajo el cuidado de su madre y confiando en Dios por su futuro.

La Biblia dice que Agar e Ismael vagaron por el desierto de Beerseba, una región árida y montañosa al borde del desierto del Neguev, un lugar donde tanto el agua como la esperanza son muy escasas. Agar ha llegado al final de su comprensión acerca de la

esperanza y el sol de Judea ha secado cada gota del recuerdo de aquellas palabras compasivas que Dios le había dicho años atrás. En medio de una seca desesperación, Agar encuentra una sombra para Ismael y le da la espalda para no verlo morir. Luego llora ahogada en el lamento agonizante y triste de una mujer que ha perdido la esperanza.

Yo he estado ahí. Perdiendo la misma esperanza en la que me había regocijado. Aquel domingo en la mañana, conduciendo por Nashville, yo era una mujer que había perdido la esperanza. Estaba llena de temor, aterrorizada. En parte era por las inundaciones, pero principalmente era por el temor que sentía al pensar que mi hijo podría morir. Momentáneamente olvidé la promesa que Dios me había hecho veintiún años atrás del Salmo 113:9 y la promesa de Mateo 7:25 que el Señor derramó en mi corazón quebrantado la noche en que mi esposo falleció. Había olvidado cada momento de abundante gracia y misericordia que había recibido. Y en el momento en que clamé con todas mis fuerzas, me sentía sola y olvidada bajo aquel toldo en una estación de servicio abandonada e inundada en agua. Pero Dios no me iba a dejar sola. Envié a una persona desconocida, una mujer al otro lado del teléfono, para recordarme que había esperanza.

La esperanza no significa que todos nuestros sueños se harán realidad. No significa que la vida será una fila intachable de resultados medibles y soluciones rápidas. La esperanza no es lo mismo que el deseo. La esperanza consiste en saber que Dios mantiene su palabra. Es el Dios que cumple sus promesas.

El Señor nunca promete una vida sin dolor. Nunca promete que nuestros hijos llegarán ilesos a la edad adulta o que el rayo de dolor solo golpeará una vez. Pero sí promete gracia para vencer cada reto. Promete su fuerza, su paz y su presencia en cualquier circunstancia. Promete que nunca nos abandonará ni nos desampará. Sí, a veces parece como si la vida nos fuera a aplastar. Parece como si Dios nos abandonara. Parece como si las promesas de Dios fueran a fallar. Pero, preciosa lectora, los sentimientos vienen y van...

La esperanza permanece.

Nuevamente, el ángel de Jehová se le aparece a Agar en el desierto. La llama, preguntándole por qué está llorando. “¿*Qué te sucede, Agar?*” Para Agar, y a veces para nosotras, el Señor parece decir: “¿*Por qué vives como una mujer sin esperanza cuando yo sigo siendo El Roi?*”

El Señor le dice a Agar que levante a su hijo y lo tome de la mano. Nuevamente, el Señor le brinda seguridad para el futuro de Ismael y luego Dios abre sus ojos para que vea un oasis que saciará tanto su sed como sus miedos (Génesis 21:18-19). El siguiente versículo impulsa al lector hacia adelante: “*Y Dios estaba con el muchacho; y creció y habitó en el desierto y fue tirador de arco*” (Génesis 21:20). En la actualidad, Ismael es considerado el padre de las naciones árabes, y el islam afirma que es un antepasado de Mahoma. Aunque sus descendientes aún están en desacuerdo con Isaac, él sigue siendo un hijo de Abraham y un hijo con una promesa. Tanto la historia como la genealogía de Ismael en Génesis 25 lo confirman; la esperanza de Agar ha florecido.

Conclusión

Hay mucha doctrina y teología en relación con el relato de Agar. En su carta a los Gálatas, el apóstol Pablo usa el relato histórico de Génesis para alegorizar la verdad de la salvación por gracia. Agar e Ismael representan las obras y la ley en la alegoría de Pablo. Su mensaje fuerte y claro contiene la verdad eterna; no podemos añadir a la gracia ni alcanzar por nuestras obras lo que solo Cristo puede hacer.

El Antiguo Testamento realmente nos dirige hacia el Nuevo Testamento, pero debemos ser cuidadosos al recordar que los personajes del Antiguo Testamento son personas reales, y que los eventos constituyen relatos históricos reales. El Antiguo Testamento como un todo no es una alegoría. Agar es una mujer real. Su situación es angustiosa y muy dolorosa. Su pecado es real. Su dolor es real. Su encuentro con Cristo como el ángel de Jehová es real—no alegórico. Es esta mujer real quien captura mi mente.

No podemos ignorar el lado alegórico de su historia en Gálatas 4, pero también debemos reconocer su humanidad. A través de la humanidad de Agar, vemos a Dios revelarse en verdad y misericordia, ofreciendo esperanza a una mujer despreciada y aparentemente sin importancia. A través de la historia de Agar, vemos al Señor ofreciendo esperanza a personas como tú y como yo.

Querida lectora, quizás te encuentres vagando y llorando en un desierto de circunstancias difíciles. Si es tu caso, escucha: Necesitas esperanza. Si te sientes olvidada y sin importancia, cargada y perturbada, El Roi te ve y te conoce. Así como le ofreció esperanza a Agar cuando huyó de Sara, también te ofrece esperanza a ti. El Señor está susurrando a tu corazón herido: “¿De dónde vienes y hacia dónde vas?” Al meditar en la respuesta, ¿decides enfrentar las circunstancias difíciles con la fuerza y la sabiduría de Cristo? ¿Te rendirás ante sus caminos y sus planes? ¿Abrazarás la verdad de su amor y su perdón? Él es el Dios de Abraham que cumple sus promesas y no anda repartiendo palabras vacías ni falsas esperanzas. Él te ama, va tras de ti ofreciéndote vida y esperanza para el futuro por medio de Jesucristo. ¿Cómo responderás a todo lo que él te ofrece?

Algunas de nosotras podemos vernos reflejadas en Agar, cuando estaba en el desierto de Beerseba. Hemos vivido con esperanza por muchos años. Hemos experimentado *la bondad del Señor en la tierra de los vivientes* (Salmo 27:13). Hemos llegado a imaginar cómo debería ser nuestra vida y hacia dónde nos llevaría. Entonces, sucede algo de repente. La vida cambia. La esperanza parece esfumarse. El temor y la desesperación cubren lo que había sido nuestra esperanza resplandeciente y nos olvidamos de las promesas de Dios. “¿Por qué vives como una mujer sin esperanza?” La voz familiar de Cristo susurra en medio de nuestro quebrantamiento, re-direccionando nuestros temores, recordándonos que él es *El Shaddai, Dios Todopoderoso*, y también *El Roi, el Dios que me ve*.

Oré cuidadosamente y medité sobre cómo presentar la conclusión con respecto a la ilustración de las inundaciones en

Nashville y la enfermedad de mi hijo. Mi hijo sí sobrevivió. Ocho años después, me lleno de regocijo siempre que pienso en mi hijo, su esposa y sus dos amados hijos. Dios ha sido tan bueno con mi familia. Pero ¿están las bendiciones palpables de Dios donde descansa mi esperanza? ¿Solo tengo esperanza cuando existen finales felices y circunstancias llenas de gozo? Patsy Clairmont escribió: “La esperanza no anuncia que la vida es segura; en cambio, susurra que Cristo es nuestra seguridad en medio de duras realidades” (Patsy Clairmont, *Dancing Bones, Living Lively in the Valley*).

La esperanza no consiste en finales felices. La esperanza no depende en ninguna circunstancia terrenal. La esperanza se encuentra en Cristo. Todo lo que somos en Cristo y todo lo que tenemos en Cristo es un don de gracia—permanente, sellado y disponible. Aun si mi relato de la inundación y mi hijo hubiera tenido un final diferente, la esperanza hubiera permanecido. En la muerte o en la vida, en las buenas o en las malas circunstancias, Cristo permanece siendo el mismo. Sus promesas siguen siendo ciertas. Su misericordia es nueva cada día. Su fuerza, su paz y su presencia están disponibles. Él toma las cenizas de la vida y de alguna manera las usa para la gloria de Dios. Él no abandonará ni desampará a sus hijos. Él provee cada necesidad y consuela cada tristeza. Su salvación es eterna y victoriosa. ¡Tenemos tanto a nuestra disposición cuando nuestra esperanza está en Cristo! Ahora la pregunta sería: “¿Decido vivir con la esperanza que me ha sido dada?”

La noche en que falleció mi esposo, lloré y oré por mis dos hijos. La respuesta amorosa de Dios fue Mateo 7:25. “*Descendió lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron vientos y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca.*” Muchas tormentas han soplado en mi vida y la de mi familia, pero ninguna ha destruido la esperanza. Nuestra esperanza es Cristo, la roca que tenemos como fundamento y el ancla que nos sostiene.

*Mi esperanza está fundada en nada más
Que en la sangre y rectitud de Jesús
No deberé confiar en frías promesas
Sino sólo y completamente en el nombre de Él.*

*Cuando parece que la oscuridad esconde Su rostro
Puedo descansar en Su gracia sin igual
En toda tormenta fuerte y recia
Mi ancla me sostiene y me rodea.*

*Su juramento, Su pacto, Su sangre
Me sostienen en la tempestad.
Cuando todo alrededor de mi alma cede
Entonces él es mi esperanza y resguardo*

*Oh, Cristo, en esta Roca Firme me anclo
Todo otro suelo es arena movediza.
Todo otro suelo es arena movediza.*

(“La roca firme” [The Solid Rock] por Edward Mote, 1797-1874)

¿Estás viviendo como una mujer sin esperanza? Seca tus ojos, mi preciosa lectora. La esperanza ha llegado. Su nombre es Jesús.

Preguntas para conversar

Lee Génesis 16:1-16, Génesis 17:1-7, 15-21, Génesis 21:9-20.

- 1- ¿Por qué Agar era importante para Dios? ¿Qué podemos aprender de esto?
- 2- Cuando Jesús pone su mirada sobre ti como El Roi, ¿qué crees que está viendo?
- 3- Dios es todavía El Roi (el Dios que ve) y El Shaddai (Dios Todopoderoso). Un atributo de Dios nunca disminuye, ni se apaga ni niega otros atributos de Dios. ¿Cómo esta verdad produce consuelo y esperanza hoy? “Dios se preocupa profundamente por Agar, pero no la rechaza por su pecado.” ¿Qué nos dice esto a nosotras?
- 4- El ángel de Jehová pregunta a Agar: “¿De dónde vienes y hacia dónde vas?” ¿Cómo le responderías al Señor si te hiciera la misma pregunta?
- 5- “Si confiamos en Dios, viviremos con mayor libertad *bajo* su autoridad que cualquier vida que podamos imaginar *apartadas* de su autoridad.” ¿En qué sentido puede ser cierta esta afirmación? ¿Alguna vez has experimentado esta verdad en tu propia vida?

NOEMÍ

Esperanza para la amargada

Timothy Keller escribió: “La preocupación consiste en creer que Dios no lo hará bien. La amargura consiste en creer que Dios se equivocó” (Instagram). La palabra *amargo* aparece 36 veces en la Escritura. Según la *Concordancia Exhaustiva Strong*, en el hebreo se le define como “enojado, irritado y decepcionado por ser tratado injustamente.” El *Urban Dictionary* parece coincidir en su definición: “La amargura es a menudo el resultado de un suceso en el pasado que ha dejado a la persona herida, marcada o exhausta” (urbandictionary.com).

Todas nosotras hemos experimentado dolor y decepción en algún momento, pero ¿qué es lo que impulsa a algunas almas hacia la amargura? ¿Cómo llegan a este lugar indeseable? Ciertamente, muchas de nosotras estamos verdaderamente heridas por las dificultades de la vida. Entonces, ¿qué nos impide ser aplastadas por circunstancias difíciles que no causamos, pero que hemos sido forzadas a cargar? ¿Cómo influye la esperanza en vidas quebrantadas o exhaustas al borde de la amargura?

Un preciado miembro de mi familia vivió las dos últimas décadas de su vida en amargura. Él estaba enojado con Dios por las pérdidas que había experimentado en su vida y de alguna manera, pensaba que el enojo aliviaría su dolor. En cambio, la amargura carcomía su alma como un coyote atrapado que se muerde la pierna. Este preciado miembro de mi familia era cristiano, pero murió quebrantado y amargado.

Una mujer en el Antiguo Testamento llamada Noemí, parecía dirigirse en esa misma dirección. Su nombre significa “agradable”, pero las circunstancias abrumadoras de la vida hacen que tome el nombre de Mara, que significa “amarga”. ¿Qué pudo haber causado tanto dolor? ¿Caminará por el valle seco de la amargura para salir como una mujer de esperanza?

La historia de Noemí se encuentra en el libro de Rut. Aunque el libro constituye un relato tierno y bello sobre la redención, primero debemos conocer las dificultades de una anciana que ha perdido la esperanza. El primer capítulo de Rut prepara la escena. Noemí ha vivido muchos años difíciles. Su alma está cansada y no ve cómo puede dar solución a sus problemas. *Mara* no es solo su nueva descripción; es el lamento de su corazón quebrantado.

¿Ya te has podido identificar con ella? Continúa leyendo. Encontrarás esperanza.

¿Qué le sucedió a Noemí?

El libro de Rut se ubica durante el período de los jueces. El pueblo no estaba experimentando la bendición de Dios. Vivían en un círculo de desobediencia, juicio y finalmente, liberación—solo para repetir el ciclo más adelante. Durante los años de rebelión y desobediencia, el pueblo de Dios experimentó sequía, hambre y opresión por parte de enemigos externos. Durante uno de estos ciclos, un hombre llamado Elimelec decide salir de Israel hacia la tierra de Moab. Una sequía ha llegado a su ciudad natal de Belén, y en lugar de morir de hambre, Elimelec decide huir a Moab, la tierra

olvidada de los no creyentes. Toma consigo a su esposa Noemí y a sus dos hijos.

Aunque Elimelec quizás pensó inicialmente que su tiempo en Moab sería breve, la Biblia dice: “*Se quedaron allí?*” (Rut 1:2). Construyen su casa y se establecen permanentemente en Moab—lejos de Dios y lejos del pueblo de Dios. Elimelec y Noemí crían a sus hijos en una cultura que no solo es extraña para ellos, sino también hostil con respecto a los caminos de Dios. Como familia, se separan de la verdadera adoración, la verdadera familia y las verdaderas amistades. Realmente están sobreviviendo la sequía de Israel, pero a cambio, sus almas se vuelven sedientas.

La tragedia llega al alma de Noemí, que ya estaba seca. Elimelec muere, dejándola con sus dos hijos. Cuando los jóvenes pierden la voz de su padre, a veces toman malas decisiones. En ausencia de Elimelec y como producto de la cultura que les rodeaba, los hijos de Noemí se casan con mujeres moabitas.

Estas dos novias no parecen ser personas malas. Aunque provienen de una cultura que no adora al Dios de Abraham, Rut y Orfa parecen ser mujeres decentes que inocentemente se casaron con hombres de una familia judía. Como era costumbre, la novia deja a su familia y se hace responsable de la familia de su esposo por el resto de su vida. Rut y Orfa se unen a Noemí y a sus hijos permanentemente bajo su techo. Noemí extraña la seguridad que le brindaba su esposo, pero sus dos hijos, especialmente el mayor, guiarían la nueva familia. Sin embargo, la tragedia les golpea nuevamente. Los dos hijos de Noemí mueren.

La idea original de mudarse a Moab no fue suya. Su esposo tomó la decisión de abandonar su heredad y huir a este lugar abandonado por Dios. Como mujer, ella no podía decidir sobre este asunto. Quizás la sequía y la inminente pobreza forzaron a Elimelec, pero Noemí era solo una esposa sumisa ante las malas decisiones de su esposo. Ahora cuestiona cada decisión que él tomó sin contar con ella. Quizás se encuentra enojada con su esposo, al mismo tiempo que añora su presencia. El dolor comprime y nubla su mente, oscureciendo el futuro y con él, toda su esperanza.

Además, su dolor se multiplica sabiendo que sus hijos deberían ser su mayor bendición y su más preciada posesión. Deberían haber vivido más tiempo que su madre, proveyendo amorosamente para ella hasta su muerte. ¿No es así como debía suceder? El enorme dolor de perder a sus dos hijos es aún mayor por el hecho de que ninguno de los dos había tenido hijos. Los nietos hubieran sido una gran bendición. Habrían sido los próximos que cuidarían de ella, llevando el legado de la familia y proporcionando el liderazgo para la siguiente generación. Pero Noemí no tiene nada de esto. Sin esposo, sin hijos, sin nietos. Solo dos nueras, no creyentes, quienes dejaron sus familias y esperan en lo que hará Noemí por su futuro.

La carga es demasiado grande para Noemí. No puede llevar la responsabilidad de la familia soportando aquel dolor. El único futuro que puede visualizar es la pobreza y la ruina, envueltas en una existencia carente de alegría. La tragedia no ha llegado suavemente a la vida de esta pobre mujer, sino que ha derribado la puerta y se ha robado toda su bendición. ¿Dónde está su Dios? ¿Dónde está su esperanza? Mi corazón se duele por ella.

Se corre el rumor en Moab de que Dios ha visitado a su pueblo en Israel, terminando con la sequía y proveyendo alimento (Rut 1:6). Noemí decide aprovechar para regresar a la tierra de la familia de su esposo en Belén. Quizás, la misericordia le espera. De acuerdo a las leyes y costumbres judías, sus nueras son ahora responsabilidad suya de forma permanente, pero tres viudas sin ningún heredero, constituye la más fiel definición de la destitución.

El camino de regreso a Israel no es un sencillo y dulce viaje a casa. Consiste en admitir su derrota como resultado de sus malas decisiones. Es darse cuenta de que será difícil que sus coterráneos israelitas acepten mujeres moabitas entre ellos. Para Noemí, volver a casa significa admitir su desesperanza y el sentimiento de haber sido abandonada por Dios. Rut 1:8 constituye un punto crítico para Noemí. No puede soportar más la carga y les pide a sus nueras que regresen con sus familias, en una súplica desgarradora.

¡Regresen! Les suplica a las jóvenes que regresen con sus familias, se vuelvan a casar, tengan hijos y sean felices. Ella desea

sinceramente que el Señor bendiga a esas mujeres porque han sido amables y fieles en su trato con ella después de la muerte de sus esposos. ¿Por qué Noemí las enviaría de regreso si tanto se preocupa por ellas?

Eso es lo que nos causa la desesperación. Nubla nuestro juicio, magnifica las dificultades y nos ciega a las bendiciones de Dios. Sus hijos pudieron haberse casado con moabitas realmente malvadas—había suficientes. Pero al darles buenas nueras, de alguna forma Dios la protege y le provee, mucho antes de que Noemí se diera cuenta. Ella no lo puede ver ni sentir en ese momento, por tanto, no cree en la bondad de Dios. Pero no seas demasiado dura con ella. Eso a nosotras nos sucede todo el tiempo.

Juzgamos la bondad de Dios basándonos en nuestras circunstancias. Si nuestras circunstancias son buenas, entonces Dios es bueno. Pero si nuestras circunstancias son malas, Dios es malo o indiferente o cruel. Debemos revertir la ecuación. Debemos poner a Dios en primer lugar, tener una correcta valoración de su carácter, independientemente de nuestras circunstancias. El Señor es siempre bueno, siempre sabio, siempre amoroso y siempre está en control, ya sea que lo veamos, lo sintamos o lo creamos. Sin embargo, a veces esa verdad se nubla por las dificultades que experimentamos. Así le sucedió a Noemí.

La primera vez que la palabra *esperanza* se emplea en la Escritura es en Rut 1:12. Se encuentra enmarcada en las palabras tristes y negativas de Noemí. “*Y aunque dijese: ‘esperanza tengo’...*” (Rut 1:12). Noemí se refiere a la antigua ley de casamiento por levirato. Si el hijo mayor muere sin un heredero varón, su viuda se entregará en casamiento al segundo hijo (o al miembro más cercano de la familia). La viuda del hijo mayor tendría un hijo con el hermano de su esposo fallecido. Ese hijo sería considerado como hijo del primogénito—heredando la mayor parte de los bienes de la familia, proveyendo para ellos y llevando el legado de la familia.

Noemí está admitiendo que es muy avanzada en edad como para volver a casarse y tener más hijos. Aun si pudiera tenerlos, no hay tiempo para que aquellas viudas esperaran a que estos

crecieran para casarse con ellos. Noemí piensa en términos lógicos, basados en las tradiciones que conoce. Al pensar de esta manera, no puede divisar un futuro para ella y para estas dos jóvenes. Su desesperación es expresada así: *“La mano de Jehová ha salido contra mí”* (Rut 1:13). En otras palabras—no hay esperanza.

Aunque Noemí pudo haber culpado a su difunto esposo por todas sus penas, esta triste expresión parece indicar que ahora ella considera sus circunstancias como un juicio de Dios por sus decisiones. *“Todo esto es por mi culpa y ahora Dios me está juzgando.”* Está cargando con una culpa que no le pertenece y sintiendo una condenación que no existe. Aún no puede ver la bondad del Señor en la tierra de los vivientes (Salmo 27:13).

Pero la esperanza le alcanzará.

Noemí, Orfa y Rut lloran juntas sus pérdidas por última vez. Orfa le da un beso de despedida a su suegra y sale de las páginas de la Escritura para siempre. Sin embargo, Rut permanece.

Rut no solamente se niega a abandonar a Noemí y regresar a Moab, sino que también realiza una de las declaraciones de fe más fuertes en toda la Escritura. Muchas personas hoy usan estos versículos en ceremonias de casamiento. Yo lo hice. Esas palabras aún me emocionan en gran manera. Las palabras de Rut implican lealtad y fidelidad a Noemí, y también a Dios.

“No me ruegues que te deje y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios” (Rut 1:16).

¡Si tan solo Noemí abriera su triste corazón y escuchara las palabras de esperanza! Pero desafortunadamente, no lo hace.

Durante la travesía de 55 kilómetros de regreso a su tierra, ella reflexiona sobre sus tristes circunstancias y se preocupa por su futuro incierto. Cuando Noemí y Rut llegan a Belén, parece que Noemí cambia de tristeza en amargura. Había cambiado de culparse a sí misma a culpar a Dios. Las personas se llenan de emoción al

verla de nuevo y al mismo tiempo se sienten consternadas por el precio que le ha cobrado la vida. Para ambos casos, Noemí les dice:

“No me llaméis Noemí [placentera], sino llamadme Mara [amarga]; porque en grande amargura me ha puesto el Todopoderoso. Yo me fui llena, pero Jehová me ha vuelto con las manos vacías. ¿Por qué me llamaréis Noemí, ya que Jehová ha dado testimonio contra mí, y el Todopoderoso me ha afligido?” (Rut 1:20-21)

Presta atención, preciosa lectora. Existe un camino muy corto desde las circunstancias difíciles hasta la amargura.

El escritor de Hebreos ofrece una advertencia severa: *“Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados”* (Hebreos 12:15). Cuando dejamos que la amargura eche raíces en nuestra vida, estamos negando o rechazando la obra de gracia. La amargura es como una mala hierba, que crece rápidamente, a veces durante la noche. Invade y finalmente toma el control. Mientras que una persona amargada puede pensar que nadie más es afectado por esa raíz peligrosa, la Escritura dice que muchos son afectados. De hecho, las personas más cercanas a nosotros sienten los efectos de una manera más profunda. Dios dice: *“¡Sácala, ahora!”* No dejes que el resentimiento, la falta de perdón o el descontento crezcan, echen raíz y finalmente crezcan en forma de amargura.

Ciertamente, un alma amargada es un alma sin anclar, a la deriva y avanzando hacia el desastre. Pablo enumera los resultados progresivos de la amargura: *“Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia”* (Efesios 4:31). La amargura es una disposición establecida que proviene de una percepción defectuosa. Si no se controla, aumenta su intensidad hasta que explota con malicia, que es el daño infligido a otro individuo. *“Quitarla”* constituye una decisión que tomamos al someternos a Cristo y al control del Espíritu Santo. El pecado siempre nos esclaviza, pero Dios desea la libertad para sus hijos.

Él desea que estemos libres de todo lo que obstruya la esperanza y la vida abundante que es nuestra en Cristo.

Noemí es un alma sin anclar. Ella *siente* que no hay esperanza. Su percepción del futuro es distorsionada por las dificultades que ha tenido que enfrentar. De hecho, la vida le ha cobrado un precio horrible, y un resumen honesto de su situación sugiere que nada de eso es el resultado de su pecado personal. Parece que simplemente, Noemí ha vivido una vida dura. En su pena, dolor y desesperación, pierde de vista a la esperanza. Permite que la amargura se establezca en su vida y, como termina el primer capítulo del libro de Rut, Noemí deposita la culpa a los pies de Dios.

Sin embargo, comienza a acercarse la esperanza.

La provisión de esperanza

“Tenía Noemí un pariente de su marido, hombre rico de la familia de Elimelec, el cual se llamaba Booz” (Rut 2:1).

Rut 2:1 constituye una predicción. El escritor magistral usa una palabra específica, *ga al*, que significa *pariente redentor*, lo que le da al lector una muestra de expectativa esperanzadora después de los tristes eventos del primer capítulo.

La palabra *pariente o pariente redentor* se emplea 118 veces en el Antiguo Testamento, y siempre se usa en un contexto de desamparo. Cada vez que se usa esta palabra, una persona o una posesión (tierra), está en poder de otra persona, incapaz de obtener su propia liberación. Un tercero debe intervenir para ganar la liberación de la persona o comprar la posesión. Este tercero es el pariente redentor.

Levítico 25 presenta la ley del pariente redentor, y de acuerdo a esta ley, cualquier persona no podía acudir al rescate. Existen tres cualidades específicas que el pariente redentor debe cumplir. En primer lugar, debe ser un pariente de sangre de la persona necesitada. En segundo lugar, debe tener recursos para pagar el

precio total de la redención. Finalmente, debe estar dispuesto a redimir.

¿Puedes verlo? La esperanza ha estado allí todo el tiempo. El problema de Noemí no hace que Dios aparezca de repente con una solución rápida. Dios ha provisto para Noemí mucho antes de que ella esté necesitada. Él establece la ley del pariente redentor aun antes de que Noemí nazca. Ha estado obrando a su favor aun mientras ella culpa a Dios o no entiende a Dios o se siente abandonada por Dios. La esperanza de Noemí siempre ha estado disponible. Está ligada a su redentor, así como lo está la nuestra.

Todo el Antiguo Testamento apunta al Nuevo Testamento. Una lectura completa del libro de Rut revela a Booz como el pariente redentor. Él constituye un cuadro de Jesús. Booz, sin embargo, no es el príncipe en caballo blanco que rescata a la dama en peligro. Él es como Cristo, el redentor de gracia, que recupera las cenizas del quebrantamiento y crea algo nuevo.

Querida lectora, nuestra esperanza está en Cristo. Él es nuestro redentor. Él nos alcanza en la desesperanza del pecado y nos redime, haciéndonos nuevas criaturas (Efesios 2:1-5, 2Corintios 5:17). Él nos libera del reino de las tinieblas y nos transfiere a su reino glorioso de luz (Colosenses 1:13).

No solo él nos perdona y nos redime del quebrantamiento por el pecado, sino que continúa redimiéndonos a través del curso de nuestra vida. Nos redime de las cenizas de las circunstancias difíciles, transformando las ruinas descoloridas en algo bello. Ciertamente, él no está obligado a restaurar todo lo que perdimos a través de nuestra vida, pero nos redime.

Por tanto, él ha estado aquí todo el tiempo. Aun antes de que tuviéramos una necesidad. Antes de que el pecado entrara en el mundo. Antes de que supiéramos que necesitábamos un salvador. Antes de que la vida nos cobrara un precio. Antes de que apareciera la desesperanza. Antes de que la enfermedad nos golpeará. Antes de que alguien nos hiriera. Antes de que todo esto sucediera... el Redentor, nuestra Esperanza, ha estado aquí.

Cuando estudiaba en la universidad, trabajé por un breve tiempo en Saint Luis, Missouri. Un domingo por la noche, mientras asistía a una iglesia afro-americana, escuché un mensaje que ha permanecido conmigo durante décadas. El pastor habló con tanta elocuencia y aunque mis notas no pudieron capturar su fervor, sus palabras aún suenan con esperanza:

*“Jesús es todo en todo, y eso es todo.
Era amor antes de que el amor fuera amor.
Era la puerta antes de que supiéramos que existía una puerta por donde pasar.
Era el antídoto antes de que fuéramos envenenados.
Era el perdón antes de que hubiéramos pecado.
Era la paz antes de que existiera el conflicto”*
(pastor, Saint Luis, Missouri, 1980).

¿Lo ves? Cristo ha sido nuestra esperanza desde el principio (Colosenses 1:17).

Percibiendo la esperanza

Aunque la esperanza siempre ha estado disponible, Noemí no se había dado cuenta todavía. Sin embargo, Dios usa a la preciosa y diligente Rut para aclarar la mente nublada de Noemí.

Rut pide que le permita salir a los campos y recoger cebada para que ella y Noemí tengan comida. La recolección es la provisión de Dios para los pobres, instituida generaciones antes en la ley de Moisés. La ley instruye a los campesinos que dejen espigas en el campo para que los pobres las recojan. Además, las esquinas de los campos se dejaban sin recoger, dando a los pobres una oportunidad para cosechar su propio grano. Mientras Dios hace provisión para los necesitados, estos deben aprovechar la provisión que se les ofrece. Rut está dispuesta a recoger en el campo y Noemí le da su bendición.

La soberanía de Dios está obrando a través de la historia de Rut. Ella llega a un campo que *casualmente* pertenece a Booz, el pariente de su fallecido suegro Elimelec. Booz *casualmente* observa a la bella mujer y pregunta por ella. Booz no solo indaga sobre ella, sino que prepara provisiones especiales para ella, ofreciéndole seguridad en sus campos, comida a su mesa y grano extra de su cosecha. La gratitud de Rut y la provisión de Booz establecen el inicio de una tierna relación.

Cuando Rut regresa a casa con Noemí llevando más cantidad de grano de lo esperado, Noemí se asusta. Le pregunta dónde había estado recogiendo espigas todo el día. La respuesta de Rut sorprende a Noemí. Al parafrasear el texto de Rut 2:20, podemos imaginar cómo el semblante de Noemí se ilumina: “¿Cómo? ¿Booz? Yo conozco ese nombre. De hecho, él es pariente de mi difunto esposo. Un pariente cercano. Hmmmmmm. ¡Espera! ¡Ahora recuerdo! La ley antigua del pariente redentor. ¡Booz podría ser nuestro redentor!”

Noemí acaba de tener un “momento de reflexión”. Recuerda algo que había olvidado hacía tiempo. Se da cuenta de que hay esperanza, una esperanza que había existido por épocas. Creo que se sonrió genuinamente por primera vez en muchos meses. La esperanza le estaba alcanzando.

El sentido común nos dice que no podemos recordar aquello que no conocemos. Por tanto, si vamos a recordar y finalmente aplicar las promesas de Dios, primeramente debemos conocerlas—antes de que golpee la calamidad, antes de que llegue la enfermedad, antes de que invada el desastre. La memoria de Noemí había estado nublada por las difíciles circunstancias. Puede ser que no pudiera o que no quisiera ver la esperanza que Dios había establecido desde mucho antes para las viudas, los huérfanos y los pobres. El salmista se encuentra en una posición similar:

¿Desechará el Señor para siempre, y no volverá más a sernos propicio? ¿Ha cesado para siempre su misericordia? ¿Se ha

acabado perpetuamente su promesa? ¿Ha olvidado Dios el tener misericordia? ¿Ha encerrado con ira sus piedades?
(Salmo 77:7-9)

¿Alguna vez te has sentido así? Algo estremece la fe del escritor. Se siente desesperanzado, rechazado, como si Dios no apareciera. A veces yo también me he sentido así. Todas nos hemos sentido así. Es por eso que amamos los salmos. Los escritores no solo transmiten sus propias emociones, sino también las nuestras.

Sin embargo, el salmista hace un giro. Se da cuenta de que son sus circunstancias difíciles, y no Dios, lo que produce esos sentimientos negativos. Dios no ha cambiado, pero las dificultades y el dolor distorsionan nuestra percepción de Dios. El escritor reconoce la fuente de sus sentimientos.

“Enfermedad mía es esta; traeré, pues, a la memoria los años de la diestra del Altísimo” (Salmo 77:10).

La Escritura nunca invalida los sentimientos. Dios nos ha bendecido con emociones. Sin embargo, como mencioné antes en este libro, los sentimientos no pueden ser el timón que guía el barco. Como el escritor, debemos cambiar la manera en que miramos a Dios. Debemos mirarlo a través de los lentes de la verdad y no por un sentimentalismo que se desborda de las circunstancias difíciles.

“Me acordaré de las obras de Jehová; sí, haré yo memoria de tus maravillas antiguas. Meditaré en todas tus obras, y hablaré de tus hechos” (Salmo 77:11-12).

Cuando el salmista cambia su forma de pensar, su perspectiva también cambia. Él recuerda lo que Dios ha hecho en el pasado. Recuerda cómo Dios ha obrado, no solo en su vida personalmente, sino también en los eventos de la historia. Aunque no es bueno vivir siempre con una mentalidad sumergida en los “buenos tiempos” del pasado, es muy provechoso recordar las bendiciones, la provisión y el cuidado que siempre hemos experimentado de parte del Señor. Las bendiciones del pasado, unidas a la verdad de la Escritura, se convierten en el combustible para enfrentar nuestro

futuro. El recordatorio del Salmo 77 constituye un giro total para el salmista.

“Oh Dios, santo es tu camino; ¿Qué dios es grande como nuestro Dios?” (Salmo 77:13)

Cuando la vida nos golpea y sentimos miedo, cuando el futuro es incierto y estamos abrumadas, o cuando nuestra alma necesita un ancla porque las olas se estrellan a nuestro alrededor, recuerda la Esperanza que ancla tu alma. Recuerda a tu Redentor. Recuerda a Jesús.

Ah, pero debes conocer algo para poder recordarlo. Si ya somos creyentes, conocemos a Cristo más íntimamente al encontrarnos con él a diario. Al encontrarnos con él, no solo leemos la palabra de Dios, sino también la memorizamos, la cantamos, meditamos en ella y conversamos con él en oración. Nuestra mente es transformada por la palabra de Dios (Romanos 12:2, Filipenses 4:8). Cuando nuestra mente cambia, también cambia nuestra perspectiva, y finalmente cambia nuestro comportamiento. Es un proceso que el Espíritu Santo comienza desde dentro y luego va fluyendo hacia afuera (Efesios 3:16-19).

Cuando llenamos nuestra mente con la verdad, el Espíritu Santo tiene una fuente de la cual tomar en tiempos difíciles. Él usa el almacén de nuestra mente para dirigirnos hacia la esperanza. Nos conduce al punto en que nos damos cuenta de la esperanza que ya tenemos en Cristo.

El Dr. Charles L. Allen en su libro *God's Psychiatry* (La psiquiatría de Dios), ofrece una tierna ilustración acerca de cómo recordar la esperanza. Él escribe cómo después de la Segunda Guerra Mundial, las fuerzas aliadas en Europa encontraron cientos de niños hambrientos, destituidos y posiblemente huérfanos. Esos niños fueron alojados en grandes campamentos hasta que aparecieran sus familiares. Mientras estaban en los campamentos, los niños eran bien cuidados. Aunque tenían suficiente comida, atención médica, ropas limpias y un refugio, los niños no podían dormir. Parecían intranquilos y asustados.

Llamaron a un psicólogo para que evaluara a los niños con insomnio. Su solución fue dar a cada uno, además de la cena, un pedazo de pan a la hora de dormir. El pan no era para que se lo comieran. Era para que lo tuvieran en sus manos, recordando a aquellos niños atemorizados que tendrían pan por la mañana y así, el día siguiente cobraba esperanza para ellos. Los niños pudieron dormir. (*Psiquiatría de Dios*)

Jesús es nuestra esperanza para mañana; nuestro pan en la noche larga y oscura del dolor. “*Esto recapacitaré en mi corazón, por lo tanto esperaré*” (*Lamentaciones 3:21*). Respira en la esperanza que es tuya. “*Gustad, y ved que es bueno Jehová*” (*Salmo 34:8*).

Adaptándonos a la esperanza

Ahora que Noemí se da cuenta de que tiene esperanza por medio del pariente redentor, debe adaptarse a vivir con esa esperanza. Ella no puede percibir su esperanza y quedarse con los brazos cruzados sin hacer nada. Vivir con esperanza requiere fe, y la fe es creer en acción. Por tanto, Noemí llega con un plan.

El tercer capítulo de Rut es uno de mis favoritos. Sonríe siempre que lo leo. El plan de Noemí es poco convencional, por así decirlo, pero no es inmoral ni está fuera del diseño de Dios. Ella envía a Rut al campo donde Booz y sus hombres están cosechando. Por la noche, cuando todo está en silencio, Rut se acostará a los pies de Booz y se tatará con su manta. Simbólicamente, Rut está pidiendo entrar en la protección y el cuidado de Booz. Le está pidiendo a Booz que se case con ella.

Estuve reflexionando en el plan de Noemí, con respecto a otras mujeres en la Escritura. Sara tuvo un plan para cumplir la promesa de un hijo, ofreciendo su esclava Agar a su esposo Abraham, y así tener un hijo con ella (Génesis 16). Rebeca tuvo un plan para hacer a Jacob el heredero de la promesa de Dios, engañando a su esposo y forzando las palabras de Dios para que se hicieran realidad (Génesis 27). Estas mujeres no hicieron lo correcto. Sus

planes terminaron en desastres. Manipularon las circunstancias para obtener resultados egoístas. No confiaron en Dios y, como consecuencia, actuaron contrariamente a los planes de Dios. Entonces, ¿en qué se diferencia el plan de Noemí?

Existe una diferencia entre manipulación y participación. Vivir con esperanza requiere que participemos en nuestra esperanza. Ahora regresemos a Sara. Cuando ella y Abraham se dieron cuenta de que el hijo de la promesa vendría de sus propios cuerpos, sin importar lo ancianos que eran y lo imposible que parecía, Sara y Abraham tenían que participar en la promesa. Ellos tenían que unirse físicamente y concebir un hijo. Su esperanza por tener ese hijo sería en vano si vivieran en tiendas separadas y se rehusaran de compartir su intimidad. La concepción inmaculada no era una opción para ellos. ¡Tenían que participar!

De la misma manera, Noemí debe participar en su esperanza; debe dar un paso de fe hacia la verdad. Ella sabe que la ley del pariente redentor constituye la provisión de Dios para mujeres como ella y Rut. Su plan de enviar a Rut a encontrarse con Booz no es una manipulación; realmente significa confiar en la provisión de Dios. Booz recibe la petición, aunque de un modo no convencional, entonces las dos mujeres salen del camino y dejan que el redentor obre (Rut 3:18-4:10).

Afortunadamente, Noemí está dispuesta a ajustar su vida para vivir de acuerdo a su esperanza. Podría haber optado por vivir quejándose de sus terribles circunstancias y dejando que la laboriosa Ruth tuviera una existencia mediocre para ambas, recogiendo espigas diariamente en los campos como una indigente. Pero Noemí toma la decisión de vivir con esperanza, y se dispone a realizar cambios para lograrlo. Esos cambios incluyen ajustar su mente y negarse a vivir en las heridas del pasado, enfocándose hacia el futuro y todo lo que Dios tiene preparado para su familia por medio del redentor, y esperando con anticipación en que Dios cumpla su promesa. Se regocija en los resultados.

Vivir la esperanza requiere que ajustemos nuestras vidas y participemos en nuestra esperanza. ¿Cuáles son los ajustes que debes hacer para vivir la esperanza que es tuya por medio de Cristo, el Redentor?

¿Hay un pecado que confesar o una actitud que abandonar? ¿Necesitas dejar atrás un pasado doloroso y abrazar la misericordia y la gracia del Señor? ¿Necesitas perdonar a alguien que te ha perjudicado? ¿Hay un hábito secreto o una relación poco saludable que debes liberar? ¿Existe una mentalidad o proceso de pensamiento que debe ser captado y transformado?

La esperanza siempre mira al frente. Debemos movernos hacia adelante, caminando en obediencia día tras día, esperando las promesas de Dios con confianza. Vivir obedientemente requiere que hagamos ajustes de vez en cuando. Hacemos estos ajustes basándonos en la palabra de Dios y con la fuerza del Espíritu Santo que habita en nosotras (Filipenses 2:13). Los ajustes no responden a una mentalidad de “hazlo mejor, sigue intentándolo”. Los ajustes constituyen una respuesta de fe mientras confiamos en que Dios obre.

Finalmente, Noemí mira al Señor confiando en su futuro. Ya no mira hacia atrás a su pasado miserable. El apóstol Pablo escribe: *“Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta...”* (Filipenses 3:13-14a). Pablo no sugiere que tengamos amnesia. Nos aconseja que miremos al frente, para continuar hacia adelante y negarnos a ser esclavizadas por nuestro pasado. Isaías lo expresa así:

“No os acordéis de las cosas pasadas, ni traigáis a memoria las cosas antiguas. He aquí que yo hago cosa nueva; pronto saldrá a luz; ¿no la conoceréis? Otra vez abriré camino en el desierto, y ríos en la soledad.” (Isaías 43:18.19).

La esperanza es nuestra en Cristo. La pregunta es: ¿Haremos los ajustes necesarios para vivir en ella?

La plenitud de la esperanza

El libro de Rut termina un tanto diferente de la manera en que comenzó. Rut se casa con Booz y tienen un hijo, Obed. Esta nueva vida es considerada como el primogénito del difunto esposo de Rut. Como hijo primogénito, Obed heredará los bienes de Booz, el apellido, la tierra de la familia y la responsabilidad de continuar el legado familiar. Tanto Booz como Obed, constituyen la seguridad de Noemí para el futuro. Su familia ahora tiene los medios para cuidar de ella hasta que muera. El hijo es también su seguridad para que el linaje de Elimelec continúe. De hecho, Obed estará en el linaje del rey David y finalmente, en el linaje de Cristo. Ciertamente el Señor ha bendecido grandemente a Noemí por medio de un pariente redentor. Su corazón está rebosando. Mara ya no existe más.

El gozo de Noemí no está basado en la falsa pretensión de que nada malo volverá a suceder. Ella sabe que las pruebas pueden llegar nuevamente. Comprende que algún día, las dificultades pueden volver a ser parte de su vida. No se muestra inocente o ignorante con respecto a las futuras posibilidades de la enfermedad, el dolor o la muerte. Sin embargo, continúa gozosa. ¿Por qué? Porque tiene esperanza.

Noemí espera con nuevos ojos. Dios ha suplido sus necesidades en abundancia; no la va a abandonar en el futuro. Sus circunstancias ya no la sacuden como un barco en la tormenta porque su alma ahora está anclada. El redentor ha venido trayendo esperanza, paz y gozo a su corazón. Y su gozosa esperanza se hace evidente a través de su semblante, sus acciones y sus palabras.

Lee detenidamente Romanos 15:13.

“Que el Dios de la esperanza los llene de toda alegría y paz a ustedes que creen en él, para que rebose de esperanza por el poder del Espíritu Santo” (NVI).

Un amigo dijo en una ocasión: “La esperanza, el gozo y la paz son como nuestros mejores amigos. Siempre van juntos.

Si tenemos a uno de ellos, tendremos a los otros dos también.” Cuando confiamos en el Dios de la esperanza, él llena nuestra vida de gozo y paz que rebosan en esperanza. Las tres características son evidencia de que el Espíritu Santo está obrando en nosotras. No son subproductos de días felices y sin problemas. En cambio, son más evidentes en los días difíciles cuando los problemas parecen multiplicarse. Mientras el Espíritu Santo está obrando, nuestra responsabilidad es confiar en él.

Yo crecí en una familia pastoral. Mi papá fue mi único pastor hasta que dejé mi hogar para ir a la universidad. Él no solo era un buen pastor, sino también un excelente predicador, un maestro de la narración que podía ilustrar principios bíblicos como nadie más. Aún recuerdo muchas ilustraciones de sus sermones que escuchaba cuando era niña.

Mi papá tenía un don para expresar sus palabras. Las escribía y las hablaba con elocuencia. Le gustaban los crucigramas y los juegos de palabras. Tenía una maestría en Patología del Lenguaje y ayudaba a muchos estudiantes a vencer problemas de dicción y pronunciación. Era un fanático de la gramática correcta y disfrutaba de la etimología. Tenía una mente brillante y comunicaba sus pensamientos concisa y articuladamente. Sin embargo, un derrame cerebral masivo cambió todo en 2012.

Mi padre, quien había sido tan comunicativo, no solo quedó paralizado de su lado derecho dominante, sino que todas las formas de comunicación también fueron interrumpidas. Además de estar postrado en cama, ya no podía hablar, leer ni escribir. Sus ojos azules transmitían comprensión, pero solo podía pronunciar una palabra: “*Maravilloso.*”

Mi madre de 81 años cuidó de mi padre en casa, en aquella condición, durante 22 meses. Ella representaba un cuadro de lealtad y tenacidad, y él, uno de paciencia y amor. Durante los días que estuve en el pueblo, observaba a mi mamá levantar a mi papá de la cama cada mañana con un elevador hidráulico, bajarlo a una silla de ruedas y llevarlo a la mesa para que pudiera desayunar en la mesa en lugar de hacerlo en la cama. Tristemente, le tomaba horas

comerse el desayuno que ella le preparaba con tanto amor. Su torpe mano izquierda y su inútil mano derecha rara vez cooperaban. La comida iba a todas partes, atrapada solo por el babero infantil que llevaba colgado del cuello.

“Cariño, ¿quieres duraznos o arándanos esta mañana?” le decía mi madre sabiendo muy bien cuál sería su respuesta.

“*Maravilloso,*” respondía dulcemente mi papá.

“Ok, cariño, ya vienen los arándanos,” ella respondía felizmente.

Después de un laborioso desayuno, la conversación continuaba. “Mi amor, ¿quieres sentarte afuera en el sol por unos minutos?”

“*Maravilloso,*” respondía gentilmente.

A medida que se cansaba de los eventos de la mañana, mi madre volvía a poner la silla de ruedas en el elevador hidráulico, uniendo las cuatro esquinas de una banda colocada debajo de mi padre al elevador. Ella bombeaba el asa del ascensor, suspendiendo a mi padre en el aire hasta que quedaba fuera de la silla de ruedas. Sin detenerse, empujaba el pesado ascensor y mi padre colgaba hacia su cama, bajándolo suavemente hacia la cama de hospital que estaba junto al piano de la sala.

Aquel derrame cerebral le robó a mi papá toda dignidad humana. Mi mamá tenía cuidado de cada habilidad que a él le faltaba. Ella trabajaba sin cansarse, y él siempre respondía: “*Maravilloso*”. Durante veintidós meses.

Era Acción de Gracias, casi un año después del derrame cerebral de papá. La familia se había reunido en la casa de mis padres. Los hijos y los nietos estaban por todas partes. Todos ayudamos con el ritual matutino de llevar a mi papá hasta la mesa para desayunar. Mi hermana y yo preparamos un gran desayuno. Toda la familia nos dimos las manos para bendecir aquella mañana de Acción de Gracias, cuando mi mamá nos dejó a todos sorprendidos.

Se volvió a mi silencioso padre y le preguntó: “Cariño, ¿quieres decir la bendición para todos nosotros esta mañana?”

¿Cómo pudo hacerlo? Aquello me irritó—humillar a mi papá quien no podía hablar, pidiéndole que orara—especialmente cuando todos estábamos reunidos allí en aquella mañana especial de Acción de Gracias. Él diría: “*maravilloso*”, y después seguramente caería en el murmullo ininteligible al que estábamos acostumbrados. ¿Cómo pudo pedirle algo así?

Él respondió a su pregunta discordante con una sonrisa: “*Maravilloso.*”

Todos bajamos la cabeza y cerramos los ojos, esperando lo inevitable. Pero algo milagroso ocurrió.

Aclarándose la garganta, mi papá comenzó a orar con una mente clara y una voz resonante. Habló dos palabras articuladas.

“*Gracias Señor.*”

Y después cayó en el murmullo que nos resultaba familiar. Todos los ojos se abrieron mientras murmuraba el resto de su oración. Todos teníamos la boca abierta. Lágrimas corrían por nuestros rostros. Habíamos acabado de escuchar el mejor sermón que nuestro padre había predicado.

A veces me pregunto: Si el Señor nos diera a cada una de nosotras la oportunidad de decirle solo dos palabras durante nuestro mayor sufrimiento, ¿cuáles serían esas dos palabras?

“¿Por qué?”

“¿Cómo pudiste?”

“Debiste haber...”

“¿No sabes...?”

“¡Cambia esto!”

Pero muchas de nosotras no diríamos: “*Gracias Señor.*”

Mi padre precioso y afligido pronunció palabras de agradecimiento en sus días más oscuros. ¿Por qué? Porque tenía esperanza. Y al tener esperanza, también tenía gozo y paz cuando todo lo demás en su vida estaba hecho pedazos. Mi papá sabía que el Señor no le había abandonado y que nunca lo haría. Sabía que

Cristo le daría la gracia y la fuerza para vivir cada día sin importar lo que ese día le trajera. Él sabía que había sido bendecido con innumerables bendiciones. Sabía que de cualquier modo que su vida terminara, al final el cielo era su hogar. Mi padre conoció y experimentó la plenitud de la esperanza, aun en los días difíciles. Decidió vivir con su esperanza.

Querida lectora, la esperanza también es tuya. ¿Podrás verla? ¿Ajustarás tu vida para vivir con tu esperanza? ¿Confiarás en el Señor, permitiendo que el Espíritu Santo haga una obra en ti, que se muestre por medio del gozo, la paz y una esperanza que rebose?

Las circunstancias difíciles cegaron a Noemí temporalmente, sin que pudiera ver la esperanza. Como Noemí, podemos vagar peligrosamente cerca de la amargura permanente. Pero la esperanza no se da por vencida ni nos abandona. Ha estado disponible desde el principio. Noemí se dio cuenta de que su esperanza había ajustado su vida para vivirla a plenitud. ¿Lo harás tú? Tu esperanza es Cristo. Él es el ancla para tu alma. Suelta a Mara. Abraza tu esperanza.

Preguntas para conversar

Lee el libro de Rut.

1. ¿Qué proyectas en tu mente cuando la Biblia se refiere a la amargura como una raíz? ¿Qué tipo de daño puede hacer la amargura en una familia o en la familia de la iglesia? Lee Hebreos 12:14-15. ¿Cómo nos ayuda el versículo 14 a vivir el versículo 15?
2. Al examinar la historia de Noemí, ¿cómo podemos evitar el peligro de la amargura—aun cuando la vida es difícil y aparentemente injusta?
3. ¿En qué se diferencia el plan de Noemí en Rut 3:1-4 del plan de Sara en Génesis 16:1-4? A veces, como mujeres, somos culpables de manipular las circunstancias y pretender que es el Señor quien está obrando. ¿Cuál es la diferencia entre confiar/cooperar con los planes de Dios y venir con nuestros propios planes para “arreglar” las cosas? ¿Cómo podemos saber la diferencia?
4. Cuando la vida es difícil y perdemos de vista la esperanza, ¿hacia dónde nos podemos volver? Lee Salmo 116:1, Salmo 119:18, 28, 105, Salmo 120:1, 1 Tesalonicenses 5:11.
5. ¿Cómo podemos ser agradecidas, viviendo ancladas en nuestra esperanza, cuando las circunstancias son abrumadoras? Lee Santiago 1:2-4, Romanos 8:28, Jeremías 29:11, Jeremías 33:3, Salmo 62:5-8.

4

ANA

Esperanza para quien ora

“Sospecho firmemente que, si viéramos la diferencia que hace incluso la más pequeña de nuestras oraciones, a todas las personas que afectan esas oraciones, y todas las consecuencias de estas oraciones a través de los siglos; estaríamos tan paralizados de asombro por el poder de la oración, que seríamos incapaces de levantarnos de las rodillas por el resto de nuestra vida” (Peter Kreeft, Profesor de Apologética Cristiana y Filosofía en la Universidad de Boston).

La oración es uno de los mayores dones que Dios ha dado a los creyentes en Cristo. Sin embargo, parece ser un don por el cual estamos agradecidas, pero que usamos poco. Como muchas otras bendiciones, hemos confundido la oración. La hemos relegado a las personas elocuentes, a las valientes, las que tienen el conocimiento, las profesionales o quizás a las celebridades de la fe. Pero la oración es para todos los creyentes. Dios usa nuestras oraciones para cumplir su voluntad en la tierra. Por medio de la oración, nos ha sido dado el privilegio de participar en los planes

de Dios. Ana es una mujer que oró—por muchos años. Tomaremos mucho de su relato, enmarcado en el contexto de la oración. Sin embargo, como sucede con toda la Escritura, esta es la historia de Dios. Realmente, él usa vidas humanas y eventos humanos para revelarse a sí mismo, su carácter y sus planes, pero no comete errores—Dios es el protagonista en toda la Escritura. También lo es en la historia de Ana.

Una lectura superficial del primer capítulo de 1 Samuel, conduce a una visión defectuosa y verdaderamente limitada de la oración. Nos llevará a creer que Ana deseaba tener un hijo, oró, Dios respondió y Samuel nació. Sin embargo, este enfoque unidimensional pone a Ana como personaje principal, luchando con Dios en oración hasta que recibe la respuesta deseada. No podemos ver la oración como un combate de lucha libre con Dios.

De la misma manera, no podemos limitar al Dios eterno a responder solo las oraciones finitas. Él no es un genio cósmico, esperando para conceder cada uno de nuestros deseos. Tampoco podemos imaginarlo como resistente o negligente a nuestras necesidades cuando él voluntariamente suple cada una de ellas. Debemos cambiar nuestra perspectiva de la oración y verla desde la perspectiva de Dios. Jennifer Kennedy Dean escribe: “La oración es el medio por el cual somos liberados de nuestro pensamiento terrenal para participar en la eternidad” (Jennifer Kennedy Dean, *Live a Praying Life [Vive una vida de oración]*).

Al inicio del primer libro de Samuel, se presentan dos verdades simultáneas. Ambas tienen la misma importancia para el Dios omnipotente.

Primeramente, la nación de Israel necesita un líder espiritual y Dios tiene un plan divino para dárselos. Su pueblo caminaba en tiniebla espiritual, atrapados en un ciclo de rebelión, juicio, liberación y finalmente, obediencia—solo para repetir el ciclo.

En el centro de su tiniebla espiritual se encontraba un liderazgo espiritual corrupto. Elí era el sumo sacerdote, y sus dos hijos, Ofni y Finees también servían como sacerdotes. La Biblia es bien clara.

“*Los hijos de Elí eran hombres impíos, y no tenían conocimiento de Jehová*” (1Samuel 2:12). De hecho, eran malvados y todos lo sabían. Su padre Elí hacía poco o nada para corregirlos (1Samuel 2:22-25). La maldad de Ofni y Finees impedía que el pueblo escuchara la voz de Dios (1Samuel 3:1), hasta que Dios le dice a Elí que sus dos hijos morirían el mismo día. En su lugar, Dios iba a levantar a un sacerdote fiel “*que haga conforme a mi corazón y a mi alma*” (1Samuel 2:35).

La segunda verdad que se presenta simultáneamente en 1 Samuel es más personal y quizás más aplicable a nosotros. Consiste en el deseo profundo, sincero e incluso quebrantado de Ana de tener un hijo.

El punto de conexión de estas dos verdades son las oraciones de Ana. Dios tiene un plan para Israel. Ana tiene una necesidad. En su sabiduría divina, Dios va a usar *las oraciones de Ana* para realizar *Sus planes*, mientras *suple las necesidades de ella*. Solo el Todopoderoso y Soberano Dios pudo orquestar algo así.

Sin embargo, surge una pregunta. Si al final Dios va a cumplir sus planes divinos y soberanos, ¿por qué debemos orar?

Con nosotros o sin nosotros, Dios es soberano. Sin embargo, él es un Dios que se relaciona con sus hijos y les invita a ser parte del proceso. Su invitación para que participemos en sus planes, a través de la oración, en ninguna manera disminuye su habilidad o su autoridad. Simplemente decide cumplir su propósito celestial aquí en la tierra por medio de las personas que interceden. “Cuando Dios quiere cambiar el curso de los eventos, llama a una persona interesadora. La oración abre el camino para que Dios haga lo que él anhela hacer” (Jennifer Kennedy Dean, *Live a Praying Life [Vive una vida de oración]*).

El Señor tiene mucho que enseñarnos acerca de la esperanza y la oración. Él usa las circunstancias difíciles de Ana y sus deseos más profundos para revelar Su propio corazón, apuntándonos hacia la esperanza.

Ora relacionada

Ana era una sencilla mujer judía que vivía con su esposo Elcana en la ciudad de Ramá, durante el tiempo de los jueces. Desafortunadamente, ella no es la única esposa de Elcana. La poligamia se hace evidente en la Escritura por un corto período de tiempo en la historia del Israel antiguo. Esa no fue nunca la intención de Dios para el matrimonio, y siempre que sucede, hay problemas. Penina era la otra esposa. Era contenciosa, un aguijón persistente para Ana. El problema se presenta de forma sencilla: “*Penina tenía hijos, mas Ana no los tenía*” (1Samuel 1:2).

Cada año, Ana iba con su esposo a adorar al Señor en Silo, donde estaba el tabernáculo. Al parecer, ni Ana ni Elcana estaban atrapados en la red de idolatría y maldad que prevalecía en gran parte de Israel en su tiempo. Ellos eran adoradores, relacionados con Jehová por medio de su pacto con Israel. Aun siendo una mujer en una cultura patriarcal, Ana tenía el derecho y el privilegio de adorar y orar porque tenía una relación con Dios.

Como cristianos, nosotros también somos bendecidos con el derecho y el privilegio de orar. Pero no nos acercamos al Dios santo por nuestros propios méritos. Jesús dice: “*Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí*” (Juan 14:6). Se necesita una relación con Cristo para acercarse a la presencia de Dios.

Cuando los discípulos le pidieron a Jesús que les enseñara a orar, él les dijo que oraran así: “*Padre nuestro que estás en los cielos...*” (Mateo 6:9-13). Las palabras *Padre nuestro*, indican una relación exclusiva. No todos pueden llamarle Padre—solo quienes conocen a Cristo. La frase *Padre nuestro* también es inclusiva. Al emplear el pronombre en plural *nuestro*, Jesús nos hace saber que somos parte de una familia, que no soy hija única de Dios.

Recientemente visité la Biblioteca Billy Graham en Charlotte, Carolina del Norte. Al escuchar un sermón archivado por el fallecido evangelista, me sentí estremecida por la simplicidad del

evangelio y la forma poco complicada con la que Billy Graham presentaba la verdad transformadora. Hoy, parece que la búsqueda por el intelectualismo ha convertido la sencilla verdad de la salvación en un obstáculo para el curso de la jerga teológica. Aun así... la verdad sigue siendo sencilla:

Todos somos pecadores, separados de Dios. Pero Dios nos ama tanto que envió a su hijo unigénito, Jesucristo, a morir en una cruz como pago por nuestros pecados. Respondemos al regalo de su hijo, confesando que somos pecadores, pidiendo a Jesús que nos perdone y le recibimos como el Señor de nuestra vida. Conocer a Cristo nos hace estar en perfecta relación con Dios. Nos permite formar parte de la familia de Dios y nos ofrece acceso a la oración. Por medio de Cristo, podemos participar de la maravillosa invitación en Hebreos 4:16. *“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro.”*

El privilegio de orar, ya sea bajo el Antiguo o el Nuevo Pacto, está basado en la gracia extendida a los pecadores. El trono de la gracia no es un concepto exclusivo del Nuevo Testamento. En realidad, comprendemos mejor la gracia a la luz de una total revelación por medio de Cristo, pero la oración siempre ha estado estrechamente relacionada con la gracia. El Dios de toda gracia escuchó las oraciones de Ana, así como escucha las nuestras. Al igual que en la historia de Ana, algo está siendo preparado, Dios tiene un plan que aún no ha revelado. Cuando oramos, lo hacemos en una estrecha relación—esperando, aguardando con esperanza la bondad de Dios.

Ora alineada

Ana oraba por un hijo. Estaba segura de que el problema por el que no podía tener hijos era de ella, pues ya Elcana tenía hijos con Penina. Su oración desgarradora había llegado a la presencia de Dios por varios años. Pero, ¿por qué Dios no había respondido? ¿Qué estaba esperando? Un estudio detenido de 1Samuel 1:7-11

nos ayuda a comprender acerca del tiempo de Dios y acerca de la oración de Ana.

Elcana trata de confortar a su preciada Ana debido a la gran tristeza que sufría. Pero sus palabras tienen un sentido casi humorístico para cualquier mujer que ha estado anhelando un hijo. El la consuela preguntándole si él no es mejor que diez hijos. Parece como si le hubiera dicho: “¿No puedo ser suficiente para suavizar tu atribulado corazón, Ana?” Las buenas intenciones de Elcana solo conducen a Ana hacia una mayor desesperación, en medio de la cual, su oración toma un giro serio.

Ana ha estado orado durante varios años para ser madre, pero el versículo 11 lo cambia todo. Ella está dispuesta a tener un hijo totalmente dedicado al Señor y a los planes del Señor. En el pasado, Ana simplemente oraba por un hijo. Ahora, está orando por el profeta y líder que Dios anhela dar a su pueblo. En el transcurso de ese año, Dios responde la oración de Ana. *Dios responde a Ana cuando sus oraciones están alineadas con sus planes.*

Agustín de Hipona explica: “Orar no es simplemente expresar nuestros deseos presentes. Su propósito es ejercitar y entrenar nuestros deseos para que deseemos lo que ya él está preparando para darnos. Su regalo es muy grande y nosotros somos vasijas muy pequeñas para recibirlo. Por tanto, la oración incluye aumentar nuestro corazón para Dios.”

Jesús enseñó a sus discípulos a orar: “*Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra*” (Mateo 6:10). También, en su último mensaje a los discípulos, Jesús les dice: “*Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido*” (Juan 16:24). No podemos simplemente llegar con la idea de pedir cualquier cosa que deseemos. Para hacerlo, debemos pedir—orar—en el nombre de Jesús. Pero ¿qué significa esto? ¿Y cómo lo hacemos?

Mientras que en muchas ocasiones, la frase *en el nombre de Jesús* es respetuosamente añadida al final de las oraciones sinceras,

no constituye una frase que sella el trato y obliga a Dios a responder las oraciones bien intencionadas. De hecho, decir las palabras *en el nombre de Jesús* ni siquiera es necesario cuando oramos. Lee la oración del Padre Nuestro. No encontrarás esas palabras. Sin embargo, sí encontrarás la esencia de esa frase. Dos principios generales ayudan a explicar la frase *en el nombre de Jesús*.

1. Estamos correctamente relacionados con Dios por medio de Jesús.
2. Estamos correctamente representando los deseos de Jesús.

Ya hemos mencionado acerca de estar correctamente relacionados con Dios por medio de Cristo, pero nuestras oraciones también deben representar los intereses de Jesús—los asuntos por los que el mismo Jesús hubieraorado. Estos dos principios nos protegen de la oración deshonesta, concebida por los deseos egoístas, ignorantes o ingenuos. Orar en el nombre de Jesús nos ayuda a enfocarnos en el corazón de Dios, haciendo que su plan y su propósito constituyan el centro de la oración.

La palabra de Dios siempre constituye la línea perpendicular para nuestras oraciones. Jesús lo deja claro: “*Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho*” (Juan 15:7). Nuevamente, no podemos separar la primera mitad del versículo de la segunda mitad. No podemos simplemente pedir cualquier cosa que deseemos y esperar que Dios aparezca. Orar de esta manera es presuntuoso y solo va a conducir a la decepción y al resentimiento. La solución, sin embargo, es *permanecer*.

Al permanecer *en* Cristo, nuestra petición es dirigida *desde* Cristo. Cuando permanecemos en Cristo, le estamos permitiendo que invada cada parte de nuestro ser. Del mismo modo, su palabra, sus principios, sus instrucciones, sus normas y sus enseñanzas también invaden nuestro corazón y nuestra mente. Somos saturados con todo lo relacionado con Cristo, cambiando así nuestros deseos. Al *permanecer*, cambiamos nuestra manera de orar.

El Salmo 37:4 confirma el principio del Nuevo Testamento relacionado con *permanecer*. “*Deléitate asimismo en Jehová, y él te concederá las peticiones de tu corazón.*” Recuerda mantener unidas las dos frases. No podemos anticipar el hecho de recibir los deseos de nuestro corazón sin comprender la verdad transformadora de “*deleitarnos en el Señor*”.

La palabra hebrea para *deleitarse* no tiene nada que ver con la felicidad. Significa “conformarse” o “ser flexible”. Cuando somos flexibles en las manos del Señor, él nos conforma a su imagen. Nos cambia de dentro hacia afuera y como resultado, nuestros deseos también cambian. Cuando nuestros deseos coinciden con los de Dios, él es libre para concedernos el anhelo de nuestro corazón.

Podemos probar la integridad de nuestros deseos por medio de la palabra de Dios. El Señor NUNCA hace o concede algo que sea contrario a su palabra. Nuestra oración siempre debe estar alineada con la Escritura y representar correctamente el corazón de Cristo.

Además, el Espíritu Santo guía nuestra oración, siempre usando la palabra de Dios. Jesús consuela a sus discípulos en el Aposento Alto diciéndoles que vendrá un ayudador. “*Cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad...*” (Juan 16:13). Jesús aclara el significado de la palabra *verdad* cuando ora: “*Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad*” (Juan 17:17). El Espíritu y la palabra de Dios intervienen para alinearnos a la voluntad de Dios, de modo que oremos por aquello que ya Dios quiere hacer.

Yo he leído la palabra de Dios de manera sistemática por muchos años. Para mi devocional, utilizo el material de Scripture Union, un ministerio para la lectura de la Biblia que se encuentra en Pensilvania (scriptureunion.org). Cada día, ese material impreso me ofrece dirección mientras lo leo, reflexiono, estudio y oro por medio de un pequeño pasaje de la Escritura. Al utilizar la guía devocional de Scripture Union durante varios años, queda cubierto cada uno de los pasajes importantes en toda la Biblia—incluyendo algunos difíciles, como Levítico. A través de los años,

he descubierto un maravilloso principio: Dios habla por medio de su palabra—de toda ella—aun los pasajes que normalmente evito.

Cada día, antes de leer el primer versículo de la Biblia, escribo una lista de personas, problemas y eventos que están en mi mente—asuntos que me inquietan. Después leo el pasaje de la Escritura designado. Medito en él, lo analizo e incluso, a veces lo cuestiono. Después de leerlo, le pido al Señor que me ayude a aplicar ese pasaje de la Escritura a mi lista. Resulta asombroso cómo la palabra de Dios—aun en los pasajes más difíciles y oscuros—le habla a mi lista. Entonces, el Espíritu Santo utiliza los versículos que he leído para guiar mi oración por las preocupaciones que he escrito en la lista.

Este sistema funciona bien para mí, transformando mi tiempo diario con el Señor, de una ardua tarea a una relación vibrante. aguardo para escuchar su voz. Me emociona saber que él escucha mis preocupaciones y que obra, a veces detrás de la escena, esperando para revelarse en su tiempo. Permitir que el Espíritu Santo utilice la palabra de Dios me asegura que estoy representando el corazón de Cristo correctamente al orar por mis preocupaciones para el día. Sin embargo, si se necesita hacer cualquier ajuste en mis pensamientos o actitud, el Espíritu Santo me convence rápidamente, casi siempre utilizando los mismos versículos que ya he leído.

Igual de asombroso es el recordatorio que el Espíritu Santo realiza durante el día, con respecto a todo lo que he experimentado en esos momentos de quietud con él. Cuando surgen dudas o problemas durante el día, o cuando mis preocupaciones llegan golpeando en forma de inquietud o ansiedad, puedo recordar su palabra, su presencia y sus promesas. Puedo respirar una oración al transcurrir mi día, depositando en él mis preocupaciones.

Pero ¿cómo se relaciona esto con Ana? Ella no tenía toda la Escritura ni la presencia del Espíritu Santo habitando en su interior. Entonces, ¿cómo fue que Dios dirigió su oración para que finalmente se alineara con su voluntad? ¿Qué fue lo que condujo a Ana a orar por aquello que Dios quería darle?

Dios utilizó las difíciles circunstancias por las que ella atravesaba, para alinear sus oraciones con Su voluntad.

El Señor utilizó la esterilidad de Ana. Utilizó el clamor del corazón de Ana. Utilizó todo esto para conducirla a orar por un hijo total y completamente dedicado al servicio del Señor, de acuerdo al propósito de Dios. La oración de Ana en 1Samuel 1:11 no consiste en regatear con Dios. Constituye una evidencia de que el Dios soberano obra en su vida, levantando una intercesora que rogará al Señor específicamente por aquello que él quiere proveerle.

Esta es una verdad muy fuerte para que podamos tragarla. Nos gustan las respuestas instantáneas. Disfrutamos las aguas mansas y los pastos verdes de la vida. Deseamos la tranquilidad y el placer. Queremos que Dios arregle o cambie cada dificultad que se levanta cuando en realidad, todo en la vida de una persona cristiana obra de acuerdo a los propósitos de Dios. Incluyendo nuestras dificultades y angustias.

Dios va a utilizar nuestras angustias para dirigir nuestras oraciones. En realidad, la palabra de Dios constituye la línea perpendicular para nuestras oraciones, y el Espíritu Santo es la energía y la guía. Pero nuestros deseos más profundos, nuestras circunstancias más difíciles y nuestros dolores más fuertes nos guían—nos conducen a la oración.

Cuando me casé por segunda vez en el año 2006, recibí tres hijastros maravillosos. Nuestra familia hace mucho tiempo que eliminó el término *hijastro*, pues los considero como los hijos que Dios implantó en mi corazón. El nuevo casamiento y la unión de dos familias que pasaban por el duelo, no fue una tarea fácil. Hubo disturbios, conflictos, desacuerdos y angustias. Por su gracia, Dios usó todos estos elementos para guiar mis oraciones.

En lugar de orar por buenas calificaciones en la escuela o por días felices en el hogar, tomé Colosenses 1:9-12 y comencé a orar fervientemente por cada uno de mis hijos. Oré para que Dios obrara en la turbulencia de nuestro hogar y al mismo tiempo, en cada uno de ellos. Mis oraciones estaban guiadas por la oración

de Pablo cuando intercedía por la iglesia en Colosas. Mi angustia me conducía a orar por cosas que iban más allá de mi propio deseo para ser confortada. Hoy, doce años después, mis cinco hijos aún constituyen una obra en progreso. Sin embargo, cada uno de ellos es también un testimonio extraordinario de la gracia de Dios.

Ana nunca hubiera orado por un profeta y un siervo devoto al Señor. De haber sido así, Dios hubiera respondido su oración rápidamente desde el inicio. Ella nunca se hubiera sentido tan desesperada como para entregar sus planes y abrazar los planes de Dios. Dios quería un Samuel. Ana solo quería un hijo. Pero en su amor y soberanía, Dios permitió que Ana se sintiera presionada, de modo que los deseos de ella se alinearan con los suyos.

La maravillosa respuesta de Dios cambió la vida de Ana para siempre y también cambió la nación de Israel. Ana recibió un hijo y la nación adquirió un gran líder espiritual que les ayudó a salir de las tinieblas espirituales. Samuel fue la respuesta de Dios tanto para Ana como para Israel. Solo el Señor pudo diseñar un plan como ese.

Dios decidió obrar a través de las oraciones de su pueblo. Ha empleado diversos medios, incluyendo la angustia, para obrar con su pueblo. La oración no consiste en vencer la resistencia de Dios, sino en aferrarse a su voluntad. Consiste en dejar nuestra planificación limitada y abrazar los planes de Dios. Existe una gran esperanza cuando oramos alineadas.

¿Significa que para orar alineada tengo que usar oraciones perfectamente formuladas? ¡Absolutamente no! Cuando el sacerdote Elí vio a Ana, pensó que estaba borracha. Sus labios se movían, su corazón estaba angustiado, sus lágrimas corrían, pero no pronunciaba palabra alguna. Pero no se equivoquen, ella sí estaba orando. “*Hablaba en su corazón, y solamente se movían sus labios, y su voz no se oía*” (1Samuel 1:13).

John Bunyan, autor de *El progreso del peregrino*, escribió: “Cuando oramos, Dios prefiere un corazón sin palabras a las palabras sin corazón.” A veces, nuestras oraciones salen de un

pesar profundo, un dolor profundo o de una confusión y temor profundos. A veces nos sentimos limitados a expresarnos, aun en oración, por el propio lenguaje que usamos. No tenemos palabras, pero Dios sí las tiene. Pablo escribe en Romanos 8:26 sobre la bendita esperanza que tenemos cuando faltan las palabras. El Espíritu Santo, el ayudador, intercede por nosotras. Transforma nuestra oración sin palabras en un lenguaje claro ante el trono del Señor de toda gracia y misericordia.

Todas nosotras hemos experimentado, o lo haremos en algún momento, esta profunda angustia y preocupación. Como creyentes en Cristo, podemos descansar en la promesa de Dios. El Espíritu Santo está obrando en nuestro favor. En Romanos 8, el apóstol Pablo no se refiere a una lengua no conocida, un estado alterado o un lenguaje específico para orar. Está ofreciendo esperanza para los quebrantados. Dios escucha las oraciones de sus hijos, aun cuando no tenemos palabras.

¿Podemos conocer la perfecta voluntad de Dios cuando oramos? En mi opinión, no podemos. Ana comenzó a orar por un hijo que sería dedicado al Señor, pero ella no podía ver el futuro. No tenía una comprensión detallada de todo lo que Dios haría a través del hijo que estaba dedicando. En nuestro caso, la palabra de Dios y el Espíritu Santo nos dan su dirección, y al permanecer en Cristo nuestros deseos cambian. Pero no siempre vemos con claridad el camino hacia la voluntad de Dios. Aun Jesús oró y puso la voluntad del Padre por encima de la suya. “*No se haga mi voluntad, sino la tuya*” (Lucas 22:42). Orar alineadas a la voluntad de Dios para luego dejar todo en sus manos, no debe ser motivo de vergüenza. En realidad, es evidencia de una vida entregada a él. Un amigo de mi familia, el fallecido Dr. Wayne Barber, describió la oración como “la verbalización de una vida entregada.” Es esa vida entregada la que ora aun cuando no comprende mucho cuál es la voluntad de Dios o cuáles son sus caminos. De todas formas, oramos—y dejamos en sus manos la respuesta que él decida.

Orar alineadas requiere práctica. Es parte de “*estar ocupadas en nuestra salvación*” (Filipenses 2:12), aprendiendo a vivir de

acuerdo a todo lo que es nuestro por medio de Cristo. La oración efectiva requiere una transformación interior y permanecer con el corazón y la mente centrados en él. El propósito de orar alineadas no consiste en obtener lo que deseamos, sino en reflejar el corazón de Cristo.

Ora limpia

El pecado constituye la mayor limitación para la oración. Oscurece nuestros sentidos espirituales. Ahoga la voz de Dios en nuestras vidas. Entristece al Espíritu Santo que mora en nosotros. Generalmente evitamos la palabra de Dios cuando estamos pecando y, como resultado, no podemos comprender con claridad los deseos de Dios. Si queremos orar con efectividad, debemos permitir al Señor que trate con nuestro pecado personal. Elcana, el esposo de Ana, era un Levita. Ocasionalmente, era llamado para servir en el tabernáculo en Silo y cada año, llevaba a su familia a Silo para adorar. Este viaje anual al tabernáculo incluye ofrecer sacrificios, como estaba prescrito en la ley Mosaica (1Samuel 1:3). Para un israelita, la celebración más importante de todas era el Día de la Expiación, el día más sagrado, cuando se hacían los sacrificios por los pecados del pueblo (Levítico 23:26-28). Unos días después, le seguía una gran celebración durante la Fiesta de los Tabernáculos. Es muy posible que el peregrinaje anual que Elcana y su familia realizaban a Silo fuera la participación del Día de la Expiación y las fiestas que le seguían.

Elcana era un hombre justo. Guiaba a su familia para que tuvieran una correcta relación con el Dios Santo, permaneciendo limpios de pecado. Ana participaba cada año. Ella se refiere a sí misma como “*sierva del Señor*,” entregada a su servicio y obediente a sus leyes (1Samuel 1:11). El pecado no constituía un impedimento para las oraciones de Ana.

Es interesante notar que además de estar en una correcta relación con Dios, Ana también tenía una correcta relación con las demás personas. Durante todo el relato, Ana no menciona

una sola palabra para acusar a Elcana. No lo culpa por su pesar, ni lo ridiculiza por tomar una segunda esposa. Ella soporta con paciencia, aunque también con angustia, las provocaciones de Penina. No aparece ni una sola palabra de áspera respuesta o de ira hacia la arrogante segunda esposa. Ana también soporta las duras palabras de Elí, acusándola de estar ebria. Cuando le explica al sumo sacerdote su problema, no muestra ningún sentimiento de ira o insulto en su respuesta.

Su relación con Dios tiene un efecto en su relación con las personas. La nuestra también.

Si el pecado da un paso dentro de nuestra vida, rápidamente afecta nuestras relaciones, especialmente con las personas más cercanas. El pecado oscurece nuestros sentidos espirituales y como resultado, todo lo que hay en nosotras que sea como Cristo se nubla, disminuye o desaparece. La misericordia, la gracia, el perdón, la bondad, la paz, el gozo, el discernimiento, la sabiduría... y la oración, son afectados negativamente por el pecado.

Santiago 5:16 dice: *“La oración eficaz del justo puede mucho.”* La palabra *eficaz* significa “específico”. Una persona justa, que eleva oraciones específicas, logra mucho en el reino de Dios. Sin embargo, la clave consiste en la palabra *justo*.

Cuando venimos a la familia de Dios, recibimos la justicia de Cristo. Es un intercambio milagroso, nuestra sucia injusticia por su perfecta justicia. No solo TENEMOS justicia; SOMOS justas ante los ojos de Dios. Nuestra posición ha cambiado. Ya no somos esclavas del pecado, viviendo bajo el dominio de las tinieblas. Somos hijas de Dios, revestidas con la justicia de Cristo, trasladadas a su reino de luz. Hemos sido hechas justicia de Dios por medio de Cristo (2Corintios 5:21, Colosenses 1:13-14).

Al cambiar nuestra posición, también nuestras prácticas o estilo de vida deben cambiar. Debemos practicar la justicia, y es el Espíritu Santo en nosotras quien nos capacita para vivir como Dios nos ha encomendado. SOMOS justas; por lo tanto, debemos VIVIR de manera justa (Efesios 3:16-19, Filipenses 2:13).

Las oraciones se ven obstaculizadas cuando se ignora la justicia práctica y cotidiana. Santiago 4:3 no omite palabras. “*Pedís, y no recibís, porque pedís mal...*” Nuestra motivación para la oración—junto con nuestros deseos, nuestras necesidades y expectativas—serán torcidos cuando el pecado está presente.

Pero como siempre, hay esperanza.

“*Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad*” (1Juan 1:9). ¡Es tan simple! Mientras que el pecado desea *alejarnos de Dios*, la invitación es *correr hacia Dios*—confesando cualquier cosa que obstaculice nuestra relación con Cristo, cualquier cosa que obstruya nuestras oraciones, cualquier cosa que dañe a quienes amamos, cualquier cosa que produzca una sombra sobre las bondades de Dios. La confesión no consiste en brindar a Dios una nueva información. Él conoce todo con respecto a nosotras. La confesión consiste en informar a Dios acerca del pecado que ya él conoce. Cuando confesamos no solo nos perdona, sino que también nos limpia, lavándonos de la suciedad del pecado que arruina todo... incluyendo nuestras oraciones.

El salmista tiene razón al expresar: “*Exámíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno*” (Salmo 139:23-24). Querida lectora, Dios utiliza su palabra y el Espíritu de Cristo que está en ti para buscarte y probarte, revelando todas las cosas que deben ser confesadas y perdonadas. Para mí, buscar y probar mis pensamientos, mis motivos y mis acciones, constituye un ejercicio diario y en ocasiones, a cada hora.

La oración es la mayor de las obras que podemos hacer. El pecado afecta la oración. Ora limpia, querida lectora, ora limpia.

Ora agradecida

Ana no podía contener su gozo. Dios la había bendecido con un hijo cuyo nombre era Samuel (1Samuel 1:20). Mi difunto esposo y

yo oramos por un hijo durante varios años, por lo que las palabras de Ana a Elí en 1Samuel 1:26-28 tienen un significado especial para mí.

“¡Oh, señor mío! Vive tu alma, señor mío, yo soy aquella mujer que estuvo aquí junto a ti orando a Jehová. Por este niño oraba, y Jehová me dio lo que le pedí. Yo, pues, lo dedico también a Jehová; todos los días que viva, será de Jehová.”

Entonces Ana oró...

El segundo capítulo de 1Samuel estalla con una oración jubilosa y agradecida que sale del corazón y los labios de Ana. Era su canto de gratitud. Aunque este canto está lleno de una profunda alabanza, no es el comienzo de su agradecimiento.

Cuando Ana se encuentra con Elí por primera vez, daba la impresión de que estaba ebria, articulando con gran angustia sus deseos de tener un hijo. Elí la escucha y luego la anima. Después de recibir ese ánimo, su corazón se siente tranquilo, agradecido y con esperanza (1Samuel 1:18). Confía en que el Señor ha escuchado su clamor. Vuelve a tener apetito y se ilumina su semblante. A la mañana siguiente adora a Dios sin lágrimas, sin súplicas, solo en una tranquila esperanza.

Al esperar que Ana rebose de alegría después que nace Samuel, no nos damos cuenta de que ya ella estaba agradecida antes de que naciera. Estaba llena de gozo y de paz mientras aguardaba, mientras se anticipaba, mientras esperaba en el Señor. Esto nos da aliento para hacer lo mismo.

“Por nada estén afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4:6-7).

Pablo advierte a los cristianos que oren en lugar de preocuparse. Nos alienta a que hagamos nuestras peticiones a Dios, pero con una verdad incluida que a menudo descuidamos. Nos dice que hagamos

nuestras peticiones con gratitud—siendo agradecidas *antes* de que veamos la respuesta de Dios. Mientras que generalmente expresamos nuestra gratitud después del hecho, Pablo nos enseña a ser agradecidas en anticipación a la respuesta de Dios. Pero ten cuidado. No estamos *reclamando* respuestas antes de que lleguen y de alguna manera obligando a Dios a darnos lo que queremos. En cambio, un corazón agradecido simplemente prueba que estamos confiando en Dios, sin importar cómo él elija responder a nuestra necesidad—aunque diga *no* o *espera*.

Al mismo tiempo que nos regocijamos con Ana en el nacimiento de Samuel, también comprendemos que hay un gran sacrificio incluido en su oración contestada. Cuando Samuel tenía unos tres años, firmemente sujeto al corazón de su madre, Ana y Elcana lo llevan a Silo. Después de adorar al Señor, la pareja regresa a Ramá, dejando a su precioso hijo con Elí (1Samuel 2:11).

Una cosa sería dejar a un niño con un abuelo o un pariente, pero Ana confía el cuidado de su hijo a Elí, un sacerdote anciano, desordenado en los asuntos de Dios. Como madre, me siento conmovida por sus acciones. ¿Cómo pudo salir y dejarlo así?

Porque Ana confiaba en Dios y decidió vivir con esperanza.

Dejar a Samuel en Silo con Elí constituye un acto de gratitud a Dios. Es triste para nosotras, pero para Ana, el estigma de esterilidad había terminado. Ella oró por un hijo que siempre estuviera en la presencia del Señor, aun si la presencia de Dios estaba en Silo—con Elí. No importa cuál fuera el sacrificio, Dios había demostrado una gran bondad hacia Ana. Nada podía cambiarlo. Ella estaría por siempre agradecida, aunque hay mucho más en la historia de Ana y su agradecimiento.

Después, Ana y Elcana tienen cinco hijos—otros tres niños y dos niñas (1Samuel 2:21). Con respecto a Samuel, Ana lo visitaba cada año cuando ella y Elcana iban a Silo a adorar. Le llevaba una nueva túnica a Samuel cada vez que lo visitaba (1Samuel 2:19). ¿Pueden ustedes imaginarse el gozo en su corazón cada vez que

realizaba aquel viaje, presentándole a Samuel un nuevo hermano cada año, mientras se maravillaba de todo lo que el Señor hacía con su hijo mayor? El corazón de aquella madre rebosaba de gozo.

Quizás porque ya soy mayor y siento que los días pasan rápido, anhelo estar con mis hijos adultos. Me encantan las conversaciones profundas y maduras que me ofrecen. ¡También deseo ver a mis nietos! Estoy agradecida por el ministerio que el Señor me ha dado, pero a veces sufro por mi familia. Reflexionando en mis propios deseos mientras exploro el corazón agradecido de Ana, un pequeño e interesante detalle sobre Ana y Samuel captura mi atención.

*“Y juzgó Samuel a Israel todo el tiempo que vivió. Y todos los años iba y daba vuelta a Bet-el, a Gilgal y a Mizpa, y juzgaba a Israel en todos estos lugares. **Después volvía a Ramá**, porque allí estaba su casa, y allí juzgaba a Israel; y edificó allí un altar a Jehová” (1Samuel 7:15-17).*

Cuando Samuel llega a ser adulto, construye su hogar en Ramá. Ana vive en Ramá. Para la madre de Samuel, las bendiciones de Dios completan el círculo.

Quizás siendo anciana, ella recuerda su dolor por la esterilidad o por palabras hirientes de Penina. Recuerda que, siendo una madre joven, sintió una extraña mezcla de gozo y dolor al dejar a su primogénito con Elí. Pero ahora, siendo una mujer mayor, puede experimentar el gozo de sus otros cinco hijos y quizás sus nietos. Como una madre anciana, ella cuida de su primogénito, Samuel, comprendiendo que es el poderoso líder para el pueblo de Dios, como cumplimiento de los planes de Dios. Con un corazón agradecido, ella puede reflexionar: “Si no hubiera estado ahí, no podría estar aquí.”

Para muchas de nosotras, la vida se ha desplegado de una manera diferente a lo que habíamos imaginado. Conmigo ha sucedido así. Nunca imaginé que iba a quedar viuda, que me iba a volver a casar con un hombre viudo, que íbamos a unir nuestras familias, que iba a sufrir por un hijo pródigo o que iba a luchar con un cáncer. Tampoco imaginé tener un ministerio fructífero en

Cuba, escribir dos libros, rehacer mi vida con un segundo esposo maravilloso, o amar tanto a cinco hijos y cinco nietos. El Señor no nos brinda la opción de volver a vivir nuestra vida. No existe una segunda oportunidad. Tampoco está obligado a restaurar todo lo que perdimos por causa del pecado, la enfermedad y la tristeza. Así como Ana, yo puedo ver la bondad del Señor en medio de toda la angustia y el dolor. Puedo mostrar mi agradecimiento en cualquier circunstancia. Puedo decir con confianza que por Cristo, “Si yo no hubiera estado ahí, no estaría aquí.” Al igual que tú, yo también puedo decidir que viviré con esperanza.

Orar con gratitud y vivir con gratitud no depende de un final feliz. Con toda seguridad, Ana sufrió decepciones y adversidades a lo largo de su vida. Todas pasamos por eso.

Pero su esperanza, y la nuestra, está en la expectativa segura de que Dios hará lo que ha dicho. Él cumplirá sus promesas, para lo cual usará todas las vías, incluyendo el quebrantamiento, para su gloria y para nuestro bien. Él nunca nos va a abandonar. Todas las bendiciones son nuestras en Cristo, aun cuando no podamos verlas, sentirlas ni comprenderlas. Podemos orar y vivir como personas agradecidas porque estamos ancladas en la esperanza.

Al terminar este capítulo, nuevamente me siento conmovida por el privilegio de la oración sabiendo que, por medio de ella, el Dios Todopoderoso nos permite participar en sus planes eternos. ¡Que podamos vivir diariamente en este privilegio! También me siento conmovida porque el Dios Todopoderoso desea relacionarse con nosotras, de manera amplia y profunda, por medio de la oración. Nos invita al trono de gracia y misericordia para que podamos expresar tanto nuestras preocupaciones más pequeñas como las más grandes. La oración no solo cambia las circunstancias, nos cambia a nosotras. Corre a la oración, mi querida lectora. Ora con esperanza.

Preguntas para conversar

Lee 1Samuel 1:1-28

1. “Cuando Dios quiere cambiar el curso de los eventos, llama a una persona intercesora.” ¿Esta afirmación te asusta o te alienta a orar?
2. ¿Qué significa orar en el nombre de Jesús?
3. Lee Hebreos 4:16. A los creyentes en Cristo se les invita a orar. Entonces ¿por qué a menudo descuidamos la oración? ¿Cómo afecta el pecado a nuestras oraciones?
4. Lee el Salmo 37:3. Este versículo tiene dos frases o dos partes. Explica en qué sentido la segunda frase depende de la primera. ¿Cómo cambia este versículo la manera en que consideramos la oración?
5. Lee Colosenses 1:9-12. Basándote en la oración de Pablo por los cristianos colosenses, ¿qué quisieras que el Señor haga en tu propia vida y en la vida de quienes amas?

5

ANA

(la profetisa)

Esperanza para quien espera

Recientemente nació mi quinto nieto. La emoción de cada nacimiento nunca cambia. Desde el momento en que mi esposo y yo recibimos el anuncio de un nuevo bebé hasta el día en que nace envuelto en una atmósfera de gran gozo, nos embarcamos en un viaje emocionante de anticipación. Marcamos la fecha del parto en nuestro calendario, compramos cosas para el bebé, consideramos cuál será su género, nos preguntamos cuál será el nombre que nuestros hijos le darán a esa nueva criatura... y esperamos. Nuestra anticipación está llena de alegría. Sabemos que un precioso bebé está en camino, pero como niños que esperan la Navidad, parece que el día nunca llega. La espera, aunque parezca larga, siempre vale la pena.

Ana es una mujer que espera. Ha pasado toda su vida esperando el mayor evento en la historia. Aunque solamente aparece en tres versículos del evangelio de Lucas, su ejemplo contiene un mundo de verdad para todas nosotras. Entonces, ¿quién es Ana? ¿Qué está

esperando? y ¿Cómo demuestra su esperanza? Continúa leyendo y llegarás a amarla.

¿Quién es Ana?

Ana es una viuda. Siendo joven, estuvo casada solo durante siete años; sin embargo, cuando Lucas la presenta, tiene 84 años (Lucas 2:36-37). Aunque ha estado viuda la mayor parte de su vida, parece que Ana nunca ha permanecido inactiva; tampoco ha estado llena de auto-compasión. Durante décadas, ha servido activamente al Señor en el templo en Jerusalén. De hecho, la Escritura parece indicar que ella vive en el templo. Varios pasajes del Antiguo Testamento describen habitaciones alrededor del perímetro del templo o en el terreno del templo. Es posible que Ana viviera en una de esas habitaciones.

Lucas también ofrece una pequeña información sobre su historia ancestral. Proviene de la tribu de Aser, una de las diez tribus apóstatas del norte de Israel, que se separaron después del reinado de Salomón. Estas diez tribus instituyeron una falsa religión y Dios les envió juicio por medio de los asirios. Debido a las crueles prácticas de los asirios, un pueblo completamente nuevo, llamados los samaritanos, surge en el norte de Israel. Para los verdaderos judíos, los samaritanos eran considerados una raza mestiza. Muchas personas de la tribu ancestral de Ana se convirtieron en samaritanos, pero la familia de Ana no.

Ana vive en los terrenos del templo y permanece libremente dentro del templo. A ningún samaritano se le permitía algo así. Muchos historiadores creen que los ancestros de Ana emigraron al sur, a Jerusalén, abandonando la falsa religión del reino del norte antes de la invasión de los asirios. La poca información acerca de los ancestros de Ana en Lucas 2:36 revela que ella ha heredado una gran fidelidad desde un pasado distante. Ha sido bendecida con una herencia santa porque sus antepasados escogieron la esperanza para las generaciones futuras.

También se le describe como profetisa, una mujer que habla y enseña la verdad de la palabra de Dios con autoridad espiritual. Ella no predice eventos futuros, sino que confía en la palabra de Dios para entenderlos. Su conocimiento de la Escritura se refleja en sus palabras y se manifiesta en sus acciones. Ella sirve... constantemente. La frase "sirviendo día y noche" quizás no sea literalmente veinticuatro horas de pie, pero habla de una vida entregada al Señor, sirviendo a otras personas (Lucas 2:37).

Sin embargo, su servicio constante no es una hiperactividad física, sino que está saturado con oración y ayuno. Es una mujer de intensa oración que conoce la palabra de Dios. Su vida está enfocada en Dios, por tanto, sus oraciones se mueven en la misma dirección que el corazón de Dios. Solo la eternidad va a revelar todo lo que Dios cumplió por medio de las oraciones y el servicio de Ana.

Ya yo la amo. Quisiera sentarme a sus pies y escucharla o seguirla y observarla. Quisiera escuchar cuando ora y ver a Dios obrando a su alrededor. Pero aún queda más que desempacar en su historia.

En tres ocasiones Lucas afirma que el pueblo de Dios espera con gran expectativa a su Mesías (Lucas 2:25, 2:38 y 3:16). Cuando Lucas escribe, Roma está en el poder. Mantiene una fuerza opresora caracterizada por altos impuestos, una fuerte carga de servicios y una cruel autoridad. Sería normal desear la libertad luego de tal tiranía, pero la espera de los judíos por su Mesías no era un simple deseo. Mientras que algunos judíos habían abandonado toda esperanza de ver al Mesías, Ana continuaba perseverando en su espera.

Ana confiaba en que la palabra de Dios permanece para siempre, basándose en el carácter de Dios (Isaías 40:8). Ella sabe que Dios tiene un plan para su pueblo desde el principio, y que nada, ni siquiera Roma, puede torcer esos planes (Isaías 46:9-10). Ella entiende los escritos proféticos de Isaías, Jeremías, Ezequiel y Habacuc, y ve la obra del Señor desplegándose exactamente como

los profetas lo habían anunciado. Sobre todo, basada en el Antiguo Testamento, Ana sabe que el Mesías había de venir.

“Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (Miqueas 5:2).

“He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones” (Isaías 42:1).

Ana conoce bien las riquezas en las profecías del Antiguo Testamento con respecto al Mesías de Dios, y los escritos de Daniel ofrecen un período de tiempo para su esperanza. Daniel 9:24-27 organiza los eventos futuros en *semanas*. Una *semana* representa siete años. Daniel escribe sobre *siete semanas y sesenta y dos semanas* en el contexto de la reconstrucción del templo destruido por Babilonia y el advenimiento del Mesías de Dios.

La historia judía y la profecía del Antiguo Testamento eran estudiadas profundamente en los días de Ana. Durante el tiempo en que Lucas escribe su evangelio, el pueblo judío sabía las fechas exactas en que el antiguo rey Ciro el Persa había enviado a un grupo de judíos exiliados de regreso a Jerusalén para la reconstrucción del templo (2Crónicas 36:22-23). Según Daniel, la reconstrucción del templo y los muros de Jerusalén tomarían siete semanas o cuarenta y nueve años. Después de completar el templo, habría un lapso de 62 semanas o 434 años hasta que llegara el Mesías.

¡No te pierdas esto! Ana, al igual que cualquier otro judío estudioso de las escrituras, sabía que estaba viviendo cerca del fin de esos 434 años. ¡El tiempo había llegado! Basándose en la palabra de Dios por medio de la profecía de Daniel, la llegada del Mesías era inminente. El pueblo de Dios estaba viviendo en una expectativa—aguardando con gran esperanza. A la luz de la palabra de Dios, Ana había decidido ajustar toda su vida a vivir en su esperanza—cada día.

Viviendo en su esperanza

Si Ana tuviera un versículo clave en su vida, pudiera ser: “*En tu presencia hay plenitud de gozo*” (Salmo 16:11). Aunque Lucas escribe: “*no se apartaba del templo,*” sería ilógico creer que ella vivía una vida secuestrada y solitaria dentro de los límites de un edificio. Su vida era mucho más emocionante. Ella veía al Señor en todo lo que hacía y en cada evento a su alrededor. Su vida estaba impregnada de una inmensa vitalidad y esperanza. Ella decidió rodearse con la presencia de Dios a través de la oración, el ayuno y el servicio a los demás. Su rutina diaria consistía en una expresión externa de su esperanza interna—la venida del Mesías.

Parece que Ana no tenía hijos ni una familia extendida; de otra manera, estuviera al cuidado de ellos. Vivir en una de las habitaciones prestadas del templo, en una etapa de la vida tan vulnerable, sugiere una vida sencilla, austera y sin cargas. No se sentía cargada con los problemas del mundo; tampoco deseaba las cosas del mundo. Sin embargo, no era una persona solitaria, ni vivía con la cabeza hundida en la arena, sin importarle la opresión en que vivían sus coterráneos. En cambio, su vida totalmente enfocada se encontraba dirigida hacia la mayor esperanza para su pueblo y para todo el mundo. Su esperanza estaba en Cristo.

Es difícil para mí imaginar una vida como esa, sin tener que atender un millón de pequeños detalles y sin prisa por las demandas de otras personas. El mejor ejemplo que acude a mi mente es una mujer del este de Tennessee, la Sra. Iris Edwards. Todos la llamaban Sra. E.

La Sra. E. vivía una vida sencilla. Ella y su difunto esposo trabajaron duro y levantaron una dulce familia, brindándoles un ejemplo cristiano. Era una persona calmada y tenía como un magnetismo que atraía a las personas por su gentileza. Sin decir una palabra, la Sra. E. irradiaba la presencia de Jesús.

A menudo, ella invitaba a mi difunto esposo, que era su pastor, a desayunar en su casa. Dana siempre aceptaba la invitación. Él

se sentaba junto a una mesa sencilla en la cocina, que se apoyaba suavemente sobre el piso viejo. Se comía los huevos revueltos que ella preparaba en una sartén de hierro en su modesta cocina, y se impregnaba de su amor y buen ánimo. La Sra. E. oraba por su pastor durante aquellos desayunos, utilizando la palabra de Dios para plantar esperanza en su vida. Dana siempre regresaba a casa espiritualmente fresco después de sentarse a conversar con la Sra. E.

Nuestra iglesia en el este de Tennessee estaba experimentando un flujo de estudiantes universitarios, por lo que Dana le preguntó a la Sra. E. si ella podía discipular a algunas de las estudiantes universitarias. Parada en el portal de su casa, reflexionó sobre la pregunta de Dana, ladeando la cabeza como si no entendiera lo que quería decir *discípulo*. Él trató de explicarle.

“Tú sabes, enseñarles a caminar con el Señor. Enseñarles cómo leer la Biblia y cómo orar.”

Nuevamente, la Sra. E. parecía perpleja. Él se quedó sorprendido por su respuesta brillante, pero simple.

“Dana, ¿cómo puedo enseñar a alguien a enamorarse?”

Para mí, Ana se parece a la Sra. Iris Edwards. Ana simplemente ama a Dios. Irradia aquel amor y confía en que Dios cumpliría su palabra. Cada mañana, Ana se levanta con la expectativa de que las promesas de Dios se cumplan—no dentro de doscientos años en el futuro, sino en aquel mismo momento. Reflexiona con gozo si ese será el día en que el Mesías vendrá. Su trabajo y su expectativa fluyen con una esperanza gozosa.

Finalmente, llega el día.

La historia de Ana se encuentra magistralmente entrelazada con la de otro creyente anciano llamado Simeón (Lucas 2:21-35). A Simeón se le describe como un hombre devoto y justo. Al igual que Ana, él sabe que es el momento adecuado para que venga el Mesías. El Espíritu Santo le reveló a Simeón que no morirá hasta que no vea al Señor Jesucristo (Lucas 2:26).

Como cumplimiento de la ley judía, María y José llevan a su bebé al templo para ser circuncidado y ponerle nombre oficialmente. Después, la joven familia ofrece un sacrificio, observando todo lo que la ley requiere. Ese mismo día, Simeón está en el templo y la Biblia declara específicamente que el Espíritu Santo está sobre él (Lucas 2:27). Simeón puede sentir la presencia de Dios. Con seguridad, sus ojos espirituales están alertas y su corazón receptivo a todo lo que Dios quiere revelar.

Sin bombos ni platillos, Simeón observa a la joven familia y a su bebé. Inmediatamente, sabe que aquel niño es el Cristo. Toma a Jesús en sus brazos y eleva una bendición a Dios.

“Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel” (Lucas 2:29-32).

No está claro si Simeón ofrece su agradecimiento mientras se acurruca silenciosamente en un rincón con la desconcertada familia o si extiende sus brazos hacia el cielo, proclamando a todo pecho su alegría. Sin tener en cuenta la postura o el volumen de Simeón, Ana llega en aquel mismo momento (Lucas 2:38). También ella se da cuenta inmediatamente. Sus sentidos espirituales están tan sintonizados en la espera del Mesías, que no duda de que Simeón sostiene en sus brazos el plan eterno de Dios para todos los tiempos. La esperanza finalmente ha llegado.

Al igual que Simeón, Ana rebosa de agradecimiento. No puede contener su gozo y comparte las buenas noticias con todos. Toda persona desalentada que se encuentre con esta mujer radiante, se sentirá estremecida con su alegre noticia. *Cristo ha venido. La esperanza está viva. Dios cumple sus promesas.*

Viviendo en nuestra esperanza

Yo viajo a Cuba con frecuencia. Durante los últimos diez años, el Señor me ha bendecido con la oportunidad de trabajar con la

iglesia cubana, particularmente con las mujeres. Mi esposo Allen fue quien me llevó a Cuba. Ya él había estado ministrando allí desde el año 1992, y en cuanto nos casamos, me pidió que fuera con él. Acepté gozosa y nunca soñé que Cuba se convertiría en el centro de mi ministerio actual.

Como tantos cristianos americanos que se aventuran en otros países, pensé que tenía algo que ofrecer a las mujeres en Cuba. Pensé que ellas me necesitaban. Pero sucedió que yo las necesitaba a ellas. Necesitaba su perspectiva, sus sinceras oraciones de agradecimiento y el sonido de su genuina adoración. Yo necesitaba escuchar su esperanza. Nunca olvidaré el momento exacto en que me di cuenta de que, al igual que Ana la profetiza, los cristianos cubanos claman para que Cristo venga nuevamente—no dentro de doscientos años, sino hoy.

Verdaderamente, en aquel momento no podía recordar la última vez que clamé por el retorno del Mesías. Estaba en una condición como la de los israelitas antiguos, satisfecha y complacida (Deuteronomio 6:10-12). Ciertamente, existe una diferencia entre la satisfacción y la complacencia. Cuando conocí a las cristianas cubanas que estaban satisfechas y al mismo tiempo llenas de una expectativa anticipada, comprendí que yo necesitaba una fresca perspectiva del regreso de Jesús.

En la Escritura, Jesús habla con frecuencia acerca de su segunda venida. Nos advierte acerca de las turbulencias que precederán a su venida: guerras y rumores de guerras, odio, traiciones, las personas se apartarán de la fe y los falsos profetas predicarán mentiras (Mateo 24:6-12). Él enfatiza la rapidez de su segunda venida, llamándonos a prepararnos hoy y esperar con anticipación (Mateo 25:1-13). Pero Jesús también nos alienta con palabras de consuelo, calmando cualquier temor que podamos tener con respecto a su regreso.

No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y

si me fuere y os prepararare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis (Juan 14:1-3).

Todas nosotras necesitamos reajustar nuestro enfoque de vez en cuando. Es fácil quedar atrapadas en las ocupaciones de la vida. El trabajo, la familia, las responsabilidades y las relaciones nos toman mucho tiempo y energía, lo cual puede fácilmente nublar cualquier pensamiento con respecto al regreso del Mesías. Entonces, ¿cómo vivimos en la tensión entre vivir el aquí y el ahora, mientras que esperamos con expectativa el regreso de Cristo? Pareciera como caminar con un pie en la calle y el otro en la acera. Podemos progresar, pero es lento y sin equilibrio en el mejor de los casos. En realidad, Dios no espera que seamos como numerosos grupos a través de la historia que han descuidado el presente para sentarse en una montaña y esperar el regreso del Mesías. Entonces, ¿cómo es que podemos vivir cada día con la esperanza de la segunda venida de Jesús?

La respuesta se encuentra en dos verdades prácticas. Primero, debemos tener una fresca perspectiva de quién es Cristo y cómo va a regresar. En segundo lugar, debemos vivir sin ataduras mientras esperamos.

Una perspectiva fresca

El apóstol Juan era probablemente el más joven de los doce discípulos. Sobrevivió a todos los demás y la historia indica que fue el único que murió sin ser martirizado. Sin embargo, su larga y fructífera vida no estuvo libre de tormentos y quebrantamientos. Durante sus últimos años, por causa de su liderazgo cristiano en Éfeso, Juan estuvo exiliado en la isla de Patmos, obligado a realizar trabajo forzoso. Allí en Patmos, el Espíritu Santo le mostró una revelación de Cristo. Su evidencia escrita es el libro de Apocalipsis, un relato divinamente inspirado acerca de la segunda venida de Jesús y el último libro del Nuevo Testamento.

La descripción que Juan realiza sobre la segunda venida de Cristo no tiene la intención de producir temor en los creyentes, sino esperanza. Juan nos recuerda que el regreso de Cristo es inminente (Apocalipsis 1:3). Lo cierto es que debemos prepararnos para ese evento con mucha esperanza. El regreso de Cristo no constituye un evento lejano sin que pertenezca al aquí y al ahora, sino todo lo contrario. Debería influenciar y moldear cada detalle de nuestra vida.

La visión de Juan en el primer capítulo me conmueve cada vez que la leo (Apocalipsis 1:9-16). Parece que me he acostumbrado a un Jesús más gentil y más humilde que el que se nos muestra en Apocalipsis. C. S. Lewis aborda este error común en su serie infantil *Las crónicas de Narnia*. Dos personajes inolvidables, Susana y el Señor Beaver, sostienen una conversación sobre el león Aslan, el gran representante.

“Aslan es un león—el León, el gran León.”

“Ooh,” dijo Susana. “Yo pensaba que era un hombre. ¿Es inofensivo? Me sentiría bastante nerviosa si me encuentro con un león.”

“¿Inofensivo?” Dijo el señor Beaver. “¿Quién dijo algo como inofensivo? Por supuesto que no es inofensivo. Pero les aseguro que es bueno. Es el Rey.”

(C.S. Lewis, *El león, la bruja y el guarda ropa*)

La visión que tiene Juan sobre Jesús no es inofensiva; en realidad, inspira un gran asombro. Léelo tú misma:

Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve;^(L) sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al bronce bruñido, resplandeciente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas

aguas. Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza” (Apocalipsis 1:12-16).

La aparición de Jesús en la visión de Juan es muy diferente del Jesús de Nazaret que cambió la vida de Juan para siempre. Él recuerda la voz y la apariencia de Jesús. Durante tres años caminó con Jesús, escuchó sus enseñanzas y lo observó haciendo milagros. Juan también experimentó la autoridad de Jesús al limpiar el templo y confrontar a los Fariseos. Juan vio a Jesús crucificado y también lo vio después de haber resucitado. Pero Juan nunca, nunca había visto algo como el Cristo glorificado. Su respuesta es tanto de asombro como de adoración. “*Cuando le vi, caí como muerto a sus pies*” (Apocalipsis 1:17).

Jesús ya no es aquel dulce bebé en el pesebre. No es el gentil maestro en la montaña. Tampoco es el personaje muriendo en la terrible cruz. Ahora es el Cristo resucitado y glorificado por toda la eternidad. Su atuendo lo define como nuestro sumo sacerdote, el Anciano de Días, el juez justo y el rey victorioso. Este es Jesucristo, revelado en toda la gloria de Dios y nadie—ni Moisés, ni Ezequiel, ni Saulo de Tarso en el camino a Damasco, ni siquiera Juan, el discípulo amado—pueden mirarlo. Este Jesús no hace que a uno se le erice la piel o que tenga escalofríos. En cambio, se impone con gran asombro, admiración y adoración.

Aun así, Juan escribe: “*Puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas...*” (Apocalipsis 1:17b). Jesús nos dice lo mismo mientras esperamos su regreso. “*No teman porque YO SOY el primero y el último—el más importante en tiempo, lugar y orden, quien llevará a cabo todas las cosas. No temas vivir; querida hija de Dios; yo tengo las llaves de la vida. Y tampoco temas morir; pues también tengo las llaves de la muerte*” (Apocalipsis 1:17-18 parafraseado). ¿Lo ves? El propósito no es atemorizar. Es un gran asombro envuelto en amor.

La magnífica visión que Juan tuvo del Mesías es *nuestro* Jesús. Cristo es así hoy y así será cuando regrese. Renueva la imagen

de él que tienes en tu mente para que te inspires con una nueva esperanza.

Él vendrá pronto y lo pondrá todo en orden. Nuestros sufrimientos en el presente palidecerán a la luz de su venida (Romanos 8:18). Descansa segura de que él no vendrá para condenarnos, sino para reunirnos con él porque nos ama, nos ha redimido y viene por nosotras. Sí, estaremos llenas de asombro y adoración, pero al mismo tiempo, nuestra respuesta será en amor y gratitud—dispuestas a ver su rostro.

Cuando yo era niña, mi papá a veces viajaba fuera de la ciudad o del país. Aunque nuestra familia lo extrañaba, mi hermano, mi hermana y yo sabíamos que regresaría—con regalos. Esperábamos ansiosos que entrara por la puerta, trayendo regalos para sus hijos. Pero nuestra madre esperaba con una motivación diferente. Por supuesto, él siempre le traía un regalo a ella también, pero el regalo no era lo que la motivaba a esperar con expectativa. Mi mamá solo quería ver su cara y estar en su presencia. Mucho más allá de cualquier regalo, ella simplemente amaba a mi papá y anhelaba estar con él.

Ciertamente, Cristo regresará. Sí, traerá con él el cumplimiento final de todas las cosas, haciendo todo nuevo y poniéndolo en su lugar. Él es el maravilloso Cristo glorificado. Pero ¿anhelan nuestros corazones su retorno simplemente porque lo amamos y deseamos estar en su presencia? ¿Necesitan nuestras almas un nuevo ajuste mientras esperamos su venida? Él es el rey que viene y también es el amoroso novio que viene por su novia. ¿Lo esperarás con anhelo? ¿Vivirás poniendo toda tu esperanza en su regreso? ¿Estás dispuesta a ajustar tu vida como preparación para cuando vuelva?

Una vida sin cargas

El templo judío en los tiempos de Ana no era como una catedral. Era un lugar de mucha actividad, lleno de personas de todos tipos. Ana nunca salía del templo porque tenía suficiente trabajo

que hacer allí y había cientos de personas que necesitaban de su ministerio. No estaba recluida en un cuarto aislado sin interacción humana alguna. Ella servía a las personas en el templo. Su servicio a los demás estaba respaldado por una vida de oración. Estaba en comunión constante con el Señor aun mientras servía a las personas a su alrededor.

Tú y yo no vivimos en un templo hecho de piedras. Nosotras *somos* el templo. El Espíritu Santo de Cristo habita en nosotras—vive permanentemente en nosotras (2Corintios 6:16). A diferencia de Ana, que servía constantemente al Señor en los terrenos físicos del templo, nosotras llevamos el templo dondequiera que vamos. Todo lo que hacemos, todo lo que decimos, todo lo que pensamos y toda oración que elevamos, emana desde nuestro interior—el templo de Dios. Cuando leemos el Salmo 29:9 a la luz del Nuevo Testamento, recibimos una lección edificante: “*En su templo todo proclama su gloria.*”

Si somos el templo, ¿todo en nuestra vida rinde honor a Dios? ¿Todo proclama su gloria?

Por supuesto, no estoy escribiendo acerca de alguna perfección ausente de pecado. En cambio, estoy haciendo una exhortación para que cada una de nosotras permita al Espíritu Santo que examine nuestra vida, que resplandezca con la luz de su palabra en lo más profundo de nuestra alma y esponga lo que necesite ser echado fuera de nuestro templo personal. Ana experimenta gran libertad y gran gozo porque vive una vida sin cargas—*una vida libre de pecado, de las decepciones del pasado y de las preocupaciones del mundo*. Nosotras tenemos esa misma esperanza, pero ¿cómo lograrlo?

Libertad del pecado. El pecado puede ser el mayor impedimento para la esperanza en la vida de un creyente. Parece un aspecto obvio, sin embargo, muchos cristianos se preguntan por qué se sienten cargados, sin esperanza, sin gozo y sin paz. En muchas ocasiones, el pecado es el culpable, creando ataduras, culpa y condenación. Si no se controla ni se confiesa, el pecado nos enreda, ahogando la libertad que Cristo anhela darnos.

Jesús dijo: “*Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres*” (Juan 8:32). Hemos incluido ese versículo en todo, desde derechos civiles hasta rutinas de comedia, pero Jesús está hablando de sí mismo y de la salvación que ofrece por gracia. Este versículo poderoso, pero a menudo mal citado, continúa así: “*Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres*” (Juan 8:36). La salvación por medio de Cristo nos hace libres de la penalidad eterna del pecado, pero también nos libera del poder del pecado en nuestra vida diaria. Sin embargo, como sucede con la esperanza, debemos tomar la decisión de vivir en nuestra libertad.

Ana decide vivir cada día en la presencia de Dios. Su relación con él permanecía actualizada. Si algo andaba mal en sus pensamientos, actitud o en sus acciones, rápidamente lo ponía en oración delante del Señor. La Escritura indica que ella estaba en constante comunión con Dios. Sus sentidos espirituales estaban alertas a Su palabra y dirección. Su vida de servicio al Señor es prueba de que el pecado no había infectado su vida. Ella escogió la paz y el gozo manteniéndose limpia—cada día.

“*Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad*” (1Juan 1:9). La confesión constituye un proceso poco complicado si lo hacemos diariamente, y en ocasiones, como una respuesta inmediata al pecado. Cuando confesamos nuestro pecado, no le estamos ofreciendo al Señor una nueva información o sorprendiéndolo con nuestros errores. Simplemente estamos poniéndonos de acuerdo con él acerca de lo que ya él conoce. La confesión nos libera para recibir el perdón y la limpieza que ha estado disponible todo el tiempo.

Dios desea libertad de los efectos sofocantes del pecado en la vida de sus hijos. Él no quiere que vivamos arraigadas a la culpa o la condena. Nunca va a dejar sobre nuestros hombros la carga del pecado que ya hemos confesado. Tampoco quiere que vivamos vidas al azar o descuidadas, volviéndonos insensibles al pecado. Él utiliza al Espíritu Santo que mora en nosotras y la palabra de Dios para apuntar hacia todo lo que necesitemos confesar y abandonar.

Dedicar un tiempo diario para estar con el Señor por medio de su palabra y la oración, no es una tarea engorrosa. Es una oportunidad para someternos nuevamente a él cada día, permitiéndole ajustar, exponer o echar fuera cualquier cosa que limite nuestra libertad. La confesión es una expresión de una vida entregada y tierna. Suena extraño, pero someterse a Cristo es lo mejor que se puede hacer para ser libres.

La libertad del pecado establece una enorme diferencia en nuestro diario vivir. Cuando el pecado no ejerce un peso sobre nosotras, nos sentimos libres para amar y servir a los demás. Con toda seguridad, somos libres para experimentar paz y gozo en medio del proceso. La práctica diaria de tratar con el pecado nos protege de vivir con temor. Impide que miremos por encima del hombro para ver si somos atrapadas. Produce una paz interior que impregna cada relación y situación. La libertad del pecado no consiste simplemente en mirar la vida a través de un lente color de rosa; en cambio, consiste en experimentar la constante obra del Espíritu Santo dentro de nosotras.

Libertad del pasado. Podemos asumir que hubo heridas en el pasado de Ana. Como toda joven novia, se casó con la esperanza de tener un matrimonio duradero y maravilloso, con la bendición de tener hijos y quizás hasta nietos algún día. Sin embargo, la vida no funcionó de esa manera para Ana. Quedó viuda luego de siete cortos años, sin hijos y con poca seguridad con respecto a su futuro. No se le puede culpar por sus circunstancias, fueron solo días difíciles que pudieron obrar para su ruina o para su edificación.

Mucho en la vida depende de lo que hacemos con nuestro pasado.

Recientemente leí una cita de un autor desconocido que llamó mi atención. “*Si no sanas lo que te ha herido, sangrarás sobre las personas que no te cortaron.*” Aunque hay una profunda verdad en esta afirmación, existe una verdad aun mayor para quienes creemos en Cristo. No podemos sanarnos a nosotras mismas. Solo Cristo puede sanar las heridas del pasado, y realmente anhela hacerlo. Su sanidad viene envuelta en un gran amor, expresado por medio de la

gracia y la misericordia. Él no borra el pasado, mi querida amiga, sino que lo redime, haciendo algo bello y honroso delante de Dios, a partir de nuestras penas y quebrantamientos.

Si vivimos por mucho tiempo, todas tendremos un pasado contaminado con un poco de basura, pecado, pena y dolor. Nadie está exento y ninguna de nosotras tiene el derecho o la responsabilidad de emitir un juicio sobre el pasado de otra persona. Al leer las páginas siguientes, quiero que te sientes tranquila y te sumerjas en las bondades del Señor. Quiero que comprendas las profundidades de su gracia. Estoy orando para que mientras leas, abras la libertad que él desea darte.

“Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta...” (Filipenses 3:13b-14a). La Biblia no está sugiriendo un corte abrupto con el pasado. Tampoco el apóstol Pablo está confiando en algún tipo de amnesia misteriosa para borrar el pasado. En cambio, está diciendo que el pasado no tiene que controlar el futuro. A través de la Escritura, una y otra vez, persona tras persona, un mensaje resuena a gran voz: La gracia de Dios es suficiente para cubrir el pasado. Se refiere al pasado de cualquiera, incluyendo el tuyo y el mío.

Nuestras heridas pueden venir de una multitud de fuentes, incluyendo nuestro propio pecado, el pecado de otra persona contra nosotras o simplemente las dificultades de la vida. En cambio, la gracia nos permite mirar al pasado a través de un lente diferente. Es cierto que no podemos cambiar el pasado, pero por la gracia de Dios podemos visualizarlo con esperanza. He enfatizado Isaías 43:18-19 a través de este libro. Le habla bien alto al dilema de nuestro pasado. Léelo nuevamente—en voz alta.

“No os acordéis de las cosas pasadas, ni traigáis a memoria las cosas antiguas. He aquí que yo hago cosa nueva; pronto saldrá a luz; ¿no la conoceréis? Otra vez abriré camino en el desierto, y ríos en la soledad.”

Al igual que Pablo, este autor no nos dice que olvidemos el pasado. Pero sí nos dice que no nos quedemos estancados en él.

Deja de hurgar en las heridas para luego sentarte en el polvo de la desesperación. Mira hacia adelante—con esperanza. Dios está haciendo algo nuevo en tu vida. Por su gracia, está haciendo algo nuevo en el desierto que ha estado invadiendo tu vida hasta aquí. Está derramando ríos de propósito en los lugares resecos de tu pasado. No son palabras vacías, sino la verdad basada en el carácter inquebrantable y fiel de Dios. Pero preciosa lectora, *debes tomar la decisión de vivir en la verdad.*

Camina lentamente conmigo por algunos principios difíciles sobre la esperanza y la libertad en lo que respecta a nuestro pasado. Estoy segura de que algunas de nosotras vivimos continuamente enfrentando consecuencias del pecado personal en el pasado—pecado que hemos confesado y abandonado, pero todavía tiene un efecto en nosotras hoy.

Vivir libre de un pasado pecaminoso requiere aceptación del perdón que Dios ofrece. Nuestra aceptación del perdón de Dios no tiene nada que ver con sentimientos. Depende por completo de la fe, que no significa solamente creer en Dios, sino también actuar de acuerdo a lo que creemos. Por la fe, aceptamos su perdón y vivimos como una persona perdonada, empoderada por el Espíritu Santo para continuar adelante, cualesquiera que sean los planes que Dios tiene para nuestro futuro. La fe también se demuestra al expresar verbalmente el agradecimiento por su perdón, aun cuando no podemos entenderlo, sentirlo o ver sus efectos inmediatos. La fe nos aleja de nuestro pasado pecaminoso, conduciéndonos hacia la inmerecida gracia de Dios.

La gracia de Dios no tiene límites. Supera cualquier pecado, cualquier falta o cualquier decisión inapropiada en nuestro pasado. La maravilla de su gracia se expresa en Romanos 8:28. “*Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien...*” Él utiliza aun las consecuencias del pecado para obrar por su gloria y para nuestro bien. Solo la gracia puede hacerlo. Muy a menudo recuerdo cómo el Señor me salvó siendo muy joven, conociendo bien que mis pecados más graves iban delante de mí. De todos modos, me amó. De todos modos, me salvó. De todos modos,

me perdonó. Aún ahora, estoy escribiendo con mis ojos llenos de lágrimas, sabiendo que él ha utilizado las decisiones pecaminosas que tomé en el pasado, para traerme hasta este momento. Solo la gracia de Dios puede hacerlo. Él puede hacer lo mismo por ti.

Recientemente, conocí a una mujer extraordinaria en Cuba. Yo estaba conduciendo una conferencia para mujeres, enseñando sobre la gracia. Al terminar, ella compartió su historia conmigo. Comenzó con un poco de humor.

“Todos mis dientes son postizos,” me dijo de repente, y sacó toda la dentadura de su boca para enseñármela. Yo sonreí, tratando de disimular mi sorpresa.

“Tengo cicatrices por todas partes,” continuó, levantando un poco su falda, para mostrar unas piernas que parecían un mapa de carretera.

En ese momento, sentí curiosidad, así que nos apartamos a un lado para escuchar lo que percibí que sería una historia fascinante.

Hace algunos años, tuve un terrible accidente automovilístico. El chofer y mi mejor amigo murieron. Yo caí fuera del auto y perdí todos mis dientes. Muchos huesos de mi cara quedaron rotos. Todo mi cuerpo estaba magullado y lleno de heridas—nadie pensó que iba a sobrevivir.

Miró hacia el suelo y continuó.

Cuando fui dada de alta en el hospital, lucía horrible; pensé que ningún hombre me amaría. Yo era estudiante universitaria y no conocía al Señor. Me involucré con uno de mis profesores. Se aprovechó de mi juventud y mi desesperación. Yo sabía que nuestra relación estaba mal, pero pensé que me amaba—hasta que quedé embarazada. Me abandonó y nunca reconoció al hijo que tuvimos.

Después de unos instantes de silencio, los ojos de aquella querida mujer finalmente brillaron al finalizar su historia.

Años más tarde, escuché las buenas noticias de Cristo. Recibí el perdón de Dios y su salvación. Me casé con un cristiano maravilloso. Comenzamos a servir en nuestra iglesia. Mi esposo amaba a mi niño, pero queríamos tener otros hijos, para criarlos a todos en un hogar cristiano. Pero tuve cuatro abortos espontáneos. Nunca pudimos tener hijos.

A menudo me he preguntado por qué Dios permitiría que el único hijo que sobrevivió fue el que nació de una relación pecaminosa. Hoy, creo que ya lo sé.

Mi hijo es ya un hombre. Ama al Señor y le sirve en su iglesia. Cuando miro a mi único hijo, nacido como producto de un pecado—todo lo que veo es gracia. No puedo ver otra cosa que la gracia de Dios—ni un matrimonio bendecido por Dios, ni una vida de servicio, ni una onza de rectitud—solo gracia. Mi precioso hijo es un recordatorio de que mi pasado está cubierto con la gracia de Dios.

La gracia cambia la manera en que vemos el pasado. Dios no borra el pasado—pero por gracia, nos redime. Aunque el pecado te haya dejado marcada, Cristo hace nuevas todas las cosas. Está haciendo caminos y ríos en el desierto—simplemente por gracia. Esa es nuestra esperanza, y debemos tomar la decisión de vivir en ella.

Tristemente, algunas de nosotras tenemos escombros en el pasado que otra persona ha colocado. Alguien nos lastimó o abusó de nosotras o nos decepcionó. El pecado de otra persona creó una cicatriz en nuestra alma, y quizás fue alguien que debía amarnos y cuidarnos. Independientemente de quién nos lastimó o cuán profunda sea la herida o cuál sea el alcance de las consecuencias, Dios nunca desea que seamos encadenadas y derrotadas por el pasado. Su deseo es que cada una de nosotras vivamos sin cargas—una vida en libertad—libres del pasado, sin tener en cuenta lo oscuro o lo terrible que haya sido.

La solución está en el perdón.

Perdonar no consiste en suprimir el dolor o negar las consecuencias. No consiste en dejar libre de su culpa a la persona responsable; tampoco consiste en invitar a esa persona a volver a tu vida. El perdón bíblico es liberador. Es entregar tu dolor e ira al Señor, confiando en que él sanará las heridas de tu corazón. El perdón también consiste en entregar a la persona culpable al Señor, dejando que Dios tome venganza o restaure esa vida con su gracia. Tú y yo no podemos quitar el pecado de la vida de una persona, pero sí podemos liberar a esa persona de toda pena y de cualquier deuda que nos deba. Al hacerlo, nos liberamos a nosotras mismas de una destrucción interna. El perdón constituye un principio difícil y a menudo mal comprendido. No es una mentalidad de “superarlo” y, por lo general, no es un evento único. Pero cuando estamos dispuestas a practicar el perdón bíblico, permitimos que el Señor redima las cenizas del pasado. Yo no dije que él restaura todo lo que hayamos perdido ni todo lo que nos hayan robado. Pero sí redime—compra nuestras tristezas y las transforma en algo de gran valor.

Para perdonar a otras personas, debemos someternos a Cristo. Es una demostración de confianza en Aquel que conoce bien nuestro dolor, nuestras heridas y nuestras decepciones. Perdonar a quien nos hirió es reconocer que solo Cristo es nuestro sanador y que es fiel a su palabra. Cuando ofrecemos el perdón bíblico, estamos *decidiendo vivir con esperanza*. Ciertamente, el perdón no nos ofrece respuestas fáciles a la difícil pregunta: “¿Por qué?” En cambio, limpiará la senda para la obra redentora y sanadora de Dios—su camino en medio del desierto.

Hace algunos años, Dios trajo a mi vida una maravillosa cristiana para que me ayudara durante un tiempo particularmente difícil. Si conocieras a mi amiga Judy, pensarías que había vivido una vida encantadora. Era alegre, sonriente, esposa de un pastor y vestía elegantemente. Sin embargo, su pasado no tenía nada de encantador.

Judy creció al este de Saint Louis. Sus padres eran alcohólicos. Los vio divorciarse y casarse muchas veces antes de que su madre

finalmente se llevó a Judy y a sus hermanos para otro estado cuando Judy estudiaba en la secundaria. Pero cuando vivían en Saint Luis, Judy y sus hermanos experimentaron una crueldad violenta por parte de su padre. A menudo llegaba a casa borracho, golpeando a todo el que estuviera en su camino, incluyendo a Judy, que era la más pequeña. Sus hermanos mayores trataban de protegerla, recibiendo las palizas con la esperanza de que su padre se desmayara antes de llegar a Judy. A veces funcionaba.

Mientras aún crecía en medio de aquellas atrocidades, mi preciada amiga fue invitada a la iglesia. Siendo niña, escuchó el evangelio y entregó su vida a Cristo. Pero los abusos de su padre no se detuvieron. De hecho, se intensificaron. Ella recuerda que el dueño del bar donde trabajaba su mamá la ponía en un autobús de la ciudad y le decía que se quedara ahí todo el día para que la furia de su padre borracho no la alcanzara. Pero al final, tenía que regresar a casa. No le esperaba la misericordia.

Cuando finalmente, la madre de Judy se fue con su familia, hubo una apariencia de paz. Mi amiga se graduó de la secundaria, asistió a una universidad cristiana, conoció a un joven que estaba en el ministerio y se casaron, luego esta pareja feliz tuvo una preciosa hija. Parecía que Judy avanzaba con su vida y que el pasado quedaba en el pasado—hasta que aceptó una invitación para una reunión de familia en Saint Louis.

Su padre apareció en la reunión y milagrosamente, no estaba ebrio. Hasta parecía cordial, tomando a su nieta, la niña de Judy, en sus brazos. Al mirar a su padre cargando a su hija, algo dentro de mi amiga se quebró. Una gran ola de temor, ansiedad y odio le sobrevino y no pudo olvidarlo, aun después de haber regresado a su casa.

Su estado emocional pronto se volvió hacia adentro, y Judy comenzó a experimentar confusión en las cosas que una vez le trajeron gran alegría. Finalmente acudió a una anciana piadosa en su iglesia. Esta mujer sabia y tierna escuchó atentamente y luego le hizo una pregunta sorprendente: “*Judy, ¿alguna vez perdonaste a*

tu papá?” Judy nunca lo había considerado, pero estaba dispuesta a ser obediente al Señor en todo lo que él le pidiera. A solas, le pidió a Dios que cambiara aquello que sentía hacia su padre. Algunos años después, el Señor le dio una oportunidad para confrontar a su padre.

Recibió una llamada telefónica. El papá de Judy estaba en el hospital, muriendo de una enfermedad en el hígado por causa del alcoholismo. La familia quería que ella estuviera ahí. Ella estuvo de acuerdo en viajar hasta Saint Louis para ver a su padre por última vez.

Años después de este evento, Judy y yo nos sentamos en la sala de su casa tomándonos un café tranquilamente, mientras me contaba acerca del último encuentro con su papá.

Cuando entré en su habitación, no había nadie más allí. Las luces eran opacas y el único sonido era el de los monitores y las máquinas alrededor de mi padre. Su piel estaba amarilla por causa de la enfermedad en el hígado y él estaba casi inconsciente. Me senté en la silla al lado de su cama y me incliné hacia él, esperando que me pudiera oír.

“Papá, tú eres un hombre malo. Recuerdo todo lo que me hiciste.”
Sus ojos se abrieron y me miró comprendiendo lo que le decía. No podía hablar por causa de los tubos en su garganta, así que continué.

“Papá, sé bien la clase de hombre que eres y Dios también lo sabe. Incluso sabe cosas sobre ti que yo desconozco. Pero papá...”

Mi dulce amiga pausó su historia y me sonrió: “Jennifer, le dije a mi padre las dos palabras más poderosas que jamás he expresado. ¿Sabes cuáles son?”

Moví mi cabeza indicando que no lo sabía, aunque imaginé que aquellas dos palabras poderosas eran *te amo*.

Judy sonrió nuevamente y continuó su historia.

“Pero papá—te perdono.”

Lágrimas amarillas comenzaron a correr por el rostro de mi padre. Tomó mi mano y yo tomé la suya. Y luego le hablé sobre el perdón de Cristo y la esperanza del evangelio. Le pregunté si quería aceptar la salvación. Me apretó la mano e hizo un leve asentimiento. Oré con él y por él. Sus lágrimas nunca dejaron de fluir; y una paz sobrenatural invadió toda la habitación.

Mi papá murió al día siguiente, pero estoy absolutamente convencida de que lo veré nuevamente en el cielo—sano y salvo. El perdón no solo salvó a mi papá—también me salvó a mí.

Querida lectora, ¿pudiste escuchar la esperanza en esas dos poderosas palabras? ¿Estás dispuesta a vivir en la libertad que ellas traen? ¿Escogerías una vida libre de las cargas del pasado? Por favor, entiéndelo. Existe una gran misericordia implícita en estos párrafos que tratan acerca del perdón, y aunque no soy consejera o terapeuta, estoy segura de que la palabra de Dios es real. La esperanza es real y la libertad es posible para todas nosotras. He estado luchando con mis propios problemas de perdón y sanidad emocional, y me he dado cuenta de que mi Salvador es fiel al hacer una buena obra en mí (Filipenses 1:6).

También será fiel contigo. No importa cuán profundo sea el pozo o cuán brutales sean las cicatrices, él promete hacer un camino y un río en el desierto. Esta es nuestra esperanza. Este es nuestro Jesús.

Libertad de las preocupaciones del mundo. Ana vivió una vida sin cargas. Se mantuvo mirando hacia adelante, esperando la llegada del Mesías. Su vida entregada a un servicio gozoso indica libertad de cualquier pecado, así como libertad de las decepciones del pasado. Sin embargo, tengo una observación final con respecto a Ana. Ella vive sin cargas por las preocupaciones del mundo. De alguna manera, Ana vive por encima de la lucha y el desorden de esta vida. No se enreda en nada que la distraiga de su esperanza y está comprometida con la vida de los demás. Parece imposible, pero

hay dos cualidades entrelazadas que mantienen a Ana siguiendo la dirección correcta—su satisfacción y su enfoque.

Ana vive en una habitación prestada. No tiene muchas pertenencias. Sus necesidades están suplidas, pero hay poco o ningún lujo adornando la vida que ha escogido—y está satisfecha. Contrario a la creencia popular, su vida sencilla apoya y aumenta su satisfacción.

La satisfacción constituye una obra interior que no tiene nada que ver con lo que poseemos. El rey Salomón era un hombre muy rico, sin embargo, este es el clamor de su corazón en Eclesiastés: “*Vanidad de vanidades, todo es vanidad.*” También expresó una gran sabiduría en Proverbios 10:22. “*La bendición de Jehová es la que enriquece, y no añade tristeza con ella.*” Salomón comprendió, a partir de su propia experiencia, que a menudo la riqueza produce tristeza. Pero Salomón era lo suficientemente sabio para saber que aun la búsqueda de la riqueza puede causar distracción e insatisfacción. No está dirigiendo sus palabras a todas las personas que tienen abundancia; se dirige a cada corazón que desea experimentar la satisfacción. La bendición del Señor es la mayor riqueza que cualquier persona puede desear porque no contiene tristeza, ni distracción, ni carga. Salomón está hablando tanto a ricos como a pobres. La búsqueda de las cosas terrenales nunca va a satisfacer el alma.

Jesús comprende la presión que sentimos con el cuidado de las familias, el pago de las cuentas y el cumplimiento de nuestras responsabilidades, pero en el Sermón del Monte, aborda la ansiedad subyacente que a menudo acompaña nuestra rutina diaria. Él quiere calmar la vida frenética que muchas de nosotras llevamos, para ajustar nuestra dirección hacia un Padre celestial amoroso que no solo conoce nuestras necesidades, sino que también las satisface (Mateo 6:25-34).

Nuestra satisfacción consiste en un reflejo de la confianza que ponemos en Dios. Cuando confiamos en él, dejamos de controlar las preocupaciones de este mundo y tenemos la seguridad de que

Dios suplirá todas nuestras necesidades. Honestamente, me queda mucho por crecer en esta área. Parece que automáticamente me inclino hacia el temor, la ansiedad y el estrés cuando la vida se torna confusa o fuera de mi control. Pero gracias a Dios que él es paciente, lleno de gracia y misericordia en las complicadas luchas de la vida. Sumérgete en sus promesas:

“Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1Pedro 5:7).

“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4:7).

“Mirad las aves del cielo... vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:26, 27 y 33).

“Esforzaos todos vosotros los que esperáis en Jehová, y tome aliento vuestro corazón” (Salmo 31:24).

Ana estaba satisfecha aun en la sencillez de su vida. Gozaba de una paz interior porque su confianza estaba dirigida hacia la dirección correcta. Sus ojos estaban centrados en Dios, quien era su esperanza. Pablo escribió: *“Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Colosenses 3:2)*. Curiosamente, Dios no nos obliga a poner nuestras mentes, nuestros pensamientos o nuestro enfoque en las cosas de arriba. Es una decisión que tomamos cada día al someternos a Cristo, empoderadas por su Espíritu Santo. *Una mente puesta en las cosas de arriba* ciertamente no va a eliminar las responsabilidades de nuestra vida terrenal, sino que viene a ser la motivación y la energía para cumplir con esas responsabilidades para la gloria de Cristo—mientras esperamos su regreso.

Conclusión

Tres versículos del evangelio de Lucas han generado el capítulo más extenso de *Mujeres de esperanza*. Ana es la única mujer entre las siete que se presentan en este libro quien, desde el momento en que la conocemos, no presenta una crisis de esperanza. Ella resistió el tiempo suficiente como para entender que su esperanza se encontraba en las fieles promesas de Dios. Su alma estaba firmemente anclada y por eso, vivía en una gran libertad. Mantenía su vida sencilla completamente enfocada en su Señor, libre de cargas por los enredos del pecado, las decepciones del pasado o por las preocupaciones de este mundo. Con una claridad espiritual y un propósito terrenal, esperaba al Mesías que había de venir.

Ahora, sigamos su ejemplo.

Medita por unos momentos en la segunda venida de Cristo. ¿Anhelas ver su rostro? ¿Vives cada día con una gran expectativa? ¿Estás experimentando libertad mientras esperas—libertad del pecado, libertad del pasado, libertad de las preocupaciones de este mundo? ¿Le permitirás al Señor liberarte de todo lo que te mantiene atada?

Yo entiendo que existen pecados, heridas y preocupaciones tan profundas y tan amplias que hacen ver la libertad como algo imposible. Ciertamente, las respuestas simples no niegan que existan circunstancias complicadas. Sin embargo, estoy segura de que el Señor suplirá cada necesidad para que vivamos con esperanza. La pregunta sigue siendo la siguiente: ¿Decidirás vivir con esperanza—mientras esperas por el regreso de Cristo?

Preguntas para conversar

Lee Lucas 2:36-38

1. ¿Hay algo con respecto a Ana o con este capítulo que se relaciona contigo de un modo particular?
2. ¿Cómo vivimos en la tensión de estar aquí y ahora, mientras esperamos con expectativa a que Cristo regrese?
3. ¿La visión de Juan en Apocalipsis 1:12-16 te consuela o te alarma? ¿Puede hacer que cambie la manera en que te imaginas a Cristo?
4. “Mucho en la vida depende de lo que hicimos en el pasado.” ¿Cómo trata el Señor con nuestro pasado? ¿Cómo puede el perdón liberarnos para continuar hacia adelante?
5. ¿Cuál es la diferencia entre la satisfacción y la complacencia? Lee Filipenses 4:11-13. ¿Cómo podemos aprender a estar satisfechas?

6

MARTA

Esperanza para cada personalidad

Toda familia ensamblada enfrenta retos. Esta puede ser la mayor subestimación jamás escrita. Cuando mi esposo Allen y yo unimos nuestras dos familias, no teníamos idea de lo que nos esperaba. Ninguno de los dos tenía experiencia con familias ensambladas. Éramos honestamente ingenuos y quizás, un poco tontos, al asumir que todos se iban a llevar bien y que podríamos ser “La tribu Brady”³ del nuevo milenio. ¡Pero cuán equivocados estábamos!

Durante los primeros años de nuestro matrimonio, hubo días en los que yo no podía salir de la habitación sin que comenzara una pelea entre los niños. Una verdadera pelea. Puñetazos volando, gritos, cosas rompiéndose. Los tres mayores se fueron de casa tan pronto como pudieron, mientras que los dos menores siguieron peleando un par de años más hasta que finalmente, decidieron ser

³ La tribu Brady (The Brady Bunch), es una serie de televisión estadounidense de los años 70. Trata sobre una familia ensamblada en la que, al unirse en matrimonio Mike y Carol, cada uno de ellos aporta tres hijos. (Nota del traductor).

amigos. Como familia, éramos un desastre. Aun como matrimonio, teníamos tanto que aprender uno del otro.

Al parecer, cada uno de nosotros tenía un enfoque diferente de la vida—tanto en aquel entonces como ahora. Yo soy del sur y uso muchas expresiones propias de esa región. Todo lo *siento* y tiendo a pensar demasiado hasta quedar agotada. Sin embargo, me casé con un hombre del medio-oeste—sensato, de buena reputación, líder nato, tan activo que raras veces deja crecer la hierba bajo sus pies. Mis hijos se parecen a mí. Sus hijos se parecen a él. Derramé muchas lágrimas durante aquellos primeros años de matrimonio. Aún hoy, mis dos hijos biológicos son creativos, casi exclusivamente orientados al lado derecho del cerebro en su enfoque de la vida. Los hijos biológicos de Allen son más lógicos y analíticos—más orientados al lado izquierdo del cerebro en su enfoque de la vida. Al mezclar las diferencias de género, orden de nacimiento, así como los efectos del trauma, éramos una receta para el desastre. Pero gracias a Dios, después de 12 años, ahora somos una familia.

Durante décadas he disfrutado los escritos de Tim LaHaye y sus investigaciones sobre los diferentes temperamentos y personalidades (*The Spirit Controlled Temperament [El temperamento controlado por el espíritu]*). La escritora y oradora Florence Littauer, presenta un enfoque profundo y humorístico del mismo tema en su libro *Personality Plus* (Personalidad plus). Ambos autores me han ayudado a comprender mejor a mi bella familia ensamblada y abrazar la verdad de que cada uno de nosotros ha sido creado de manera única por Dios. Curiosamente, los personajes de un libro de historietas también me han ayudado.

Mis hijos crecieron disfrutando las historietas de Marvel Comics, especialmente la serie X-Men. Al principio, yo no entendía muy bien la trama de X-Men. Parecía que cada personaje era bueno y malo al mismo tiempo. Hacían algo increíblemente heroico y luego algo muy egoísta—todo en el mismo episodio. Le pregunté a mi hijo mayor sobre lo que para mí era un dilema. “Mamá, ellos son como las personas reales, conflictivas y complicadas” ¡Vaya!

¿Quién hubiera pensado que un niño de 12 años podría ser tan intuitivo?

Tal como mi familia (y los X-Men), la Escritura está llena de personas interesantes. Sin embargo, a veces vemos a los personajes bíblicos como si fueran aburridos y uni-dimensionales. Tendemos a caracterizarlos como “los buenos” o “los malos,” en lugar de verles como personas únicas y coloridas—llenas de faltas, limitaciones, inteligencia y personalidad. Tendemos a forzarles a entrar en cajas monocromáticas, apretadas y fáciles de entender, en lugar de aplicar un poco de imaginación santificada y verles como las personas complicadas y a veces conflictivas que realmente son.

En particular, dos mujeres en las Escrituras—hermanas—son a menudo falsamente etiquetadas como la hermana buena y la hermana mala. Quizás no las etiquetamos así intencionalmente, pero la implicación parece estar ahí. María y Marta aparecen tres veces en las Escrituras, siempre juntas. Una gran cantidad de sermones y mensajes sobre el Nuevo Testamento han incluido algunos sucesos referentes a estas hermanas. Generalmente, María aparece oliendo como una rosa, mientras que la pobre Marta recibe una reprimenda. Sin embargo, una mirada más de cerca nos ofrece una nueva perspectiva—al menos sobre Marta. Ella ha sido creada maravillosamente como una mujer temerosa y también tiene mucho que decirnos acerca de la esperanza.

¿Quién es Marta?

Jesús va de pueblo en pueblo, predicando y ministrando. Sus doce discípulos y probablemente un pequeño grupo de mujeres y otros seguidores viajan con él (Lucas 8:1-3). Se acercan a la pequeña aldea de Betania, solo a tres kilómetros al este de Jerusalén, obviamente necesitando un lugar para descansar o al menos algo que comer. Una mujer llamada Marta los saluda y con mucha amabilidad invita a Jesús y a sus compañeros de viaje a su casa (Lucas 10:38). No tenemos evidencia de que haya conocido a Jesús con anterioridad, pero basándonos en su interacción con él

en Lucas 10, es probable que ella y sus hermanos habían sido sus amigos desde hacía algún tiempo.

Ya conocemos algo sobre Marta. La Biblia dice que ella recibió a Jesús en su casa. Era *su* casa. Resulta razonable asumir que era viuda o que nunca se había casado, porque no se menciona ningún esposo. La casa le pertenece a ella y ahí recibe a Jesús. Pero recuerda que Jesús no viajaba solo. Con él iba un grupo de personas—al menos doce y posiblemente más. Cuando Marta recibe a Jesús en su casa, está invitando a una multitud para comer—y lo hace por gracia.

Marta es una excelente anfitriona al recibir a este grupo de personas, sabiendo bien lo mucho que tendría que trabajar. Como el hogar es suyo, ella es responsable de administrarlo. Tiene que supervisar los preparativos, el servicio y los detalles para alimentar y hospedar a todo el grupo. Sería un esfuerzo intenso, pero ella los recibe con los brazos abiertos. Su actitud habla mucho acerca de su personalidad. Es trabajadora, bondadosa y una líder nata. No deja nada por hacer. Estoy segura de que formuló un menú, dio instrucciones a sus dos hermanos y organizó los asientos antes de que Jesús entrara por su puerta.

Todas nosotras necesitamos a una Marta en nuestra vida. Una sierva práctica. Es el tipo de persona que hacen las cosas oportunamente. Una Marta no le teme al liderazgo, ni a los proyectos difíciles, ni a las cargas de trabajo. Generalmente es directa en su trato con las personas, pero su corazón está en el lugar correcto. Sus esfuerzos están fundados en el amor. Ya sea en el hogar, en el centro de trabajo o en la iglesia, todas disfrutamos el fruto de su labor, aunque raras veces se nota quién hizo todo el trabajo.

Mi mamá es una Marta. Ella es la mayor de ocho hijos, seis de ellos hombres. Aún hoy, esos seis hermanos casi se inclinan cuando mi mamá entra en la habitación. Ella es una líder nata, no solo porque es la mayor de los ocho hijos, sino porque Dios la dotó con dones de liderazgo y administración. Puede organizar y dirigir

una manada de gatos salvajes—y hacerlo con una sonrisa en su rostro y una melodía en su corazón—simplemente porque es la manera en que Dios la diseñó. Ella es una Marta de pie a cabeza y nuestra familia ha sido bendecida por eso.

A través de los años, Dios me ha bendecido con otras mujeres como mi madre, que con amor recogen el manto de Marta y se disponen a servir. Cuando comencé a enseñar en mi iglesia madre en Venice, Florida, la secretaria de la iglesia me entregó una hoja de papel con líneas y cuadrículas muy bien organizadas para recoger información. Me pidió que anotara a todas las personas que asistieran a mi estudio bíblico, incluyendo toda la información que se pedía en el formulario. Yo acepté con gozo. Al terminar el primer estudio, ella vino a recoger el tristemente célebre papel. No había ningún nombre anotado. Yo había olvidado completamente la importante tarea tan pronto como ella salió de la habitación. Mi mente estaba enfocada en enseñar—no en recoger información. Durante algunas semanas, la secretaria trató de entrenarme y recordarme—pero fue en vano. Finalmente, puso a una Marta al frente de la tarea. Inmediatamente, estuvo organizada toda la información necesaria para ser computarizada. Yo quedé libre para concentrarme en la enseñanza porque una Marta entró en acción, demostrando sus dones. ¡Aleluya! ¡Gracias Señor por Marta!

Jesús aceptó la invitación de Marta. Inmediatamente, sabemos que ella tiene una hermana llamada María, que es totalmente diferente de Marta. María es pensativa y emocionalmente expresiva, mientras que Marta es activa y verbalmente expresiva. María es tierna y tal vez sea más fácil llevarse bien con ella que su hermana, pero recuerda: María no tiene que asumir la responsabilidad del hogar. Después de todo, no es su casa.

Yo comprendo a María. No quiere decir que sea más espiritual o mejor que Marta, solo que está conectada de manera diferente. Su enfoque de la vida en general es diferente que el de su hermana—como los niños de la familia Speer y los Mathewson—no es que sean mejores, solo diferentes. *En realidad, una María no puede ser una María sin una Marta en algún lugar de su vida.* Alguien tiene

que hacer todo lo que una María no ve o no tiene idea de cómo hacerlo.

Al continuar la narración de Lucas, las diferencias entre estas dos hermanas están a punto de estallar y la mayor parte de la culpa recae sobre Marta, porque María probablemente no se da cuenta del problema. Ella pierde la perspectiva en su celo por servir y, como resultado, se siente irritada con su hermana—y con Jesús. Sus buenas cualidades se ven oscurecidas momentáneamente por sus defectos. La perfección usurpa la excelencia y todos sufren por esa razón.

La Biblia dice que María está sentada a los pies de Jesús, escuchando todo lo que él dice, probablemente asintiendo con la cabeza al mismo tiempo que se sumerge en su presencia hasta que su alma está a punto de estallar. Marta también está a punto de estallar—pero no con tierna misericordia. Se siente irritada porque María no la ayuda a preparar la comida y a servir a los huéspedes. Al tener que hacer todo el trabajo, Marta está abrumada con todos los detalles, trabajando hasta desfallecer. Se lo hace saber a Jesús (Lucas 8:39). De hecho, acusa a Jesús de no preocuparse por eso y le exige que le diga a María que se levante y se ponga a trabajar. Marta quiere que todo sea perfecto porque se preocupa profundamente por sus invitados. Pero la perfección es siempre una búsqueda indefinida.

Una persona perfeccionista bien intencionada fácilmente puede hacerse crítica de los demás, estableciendo sus estándares demasiado altos. Además, también puede ser crítica consigo misma, asumiendo demasiada responsabilidad con expectativas excesivas. Este tipo de persona tiende a inclinarse hacia el control. Aunque desea recibir ayuda, no va a delegar por temor de que nadie pueda hacer el trabajo tan bien como ella. Prefiere hacer las cosas ella sola—y hacerlo correctamente—a su manera. Aun si alguien se ofrece para ayudarla, una Marta tiende a dirigir sus esfuerzos. Fácilmente puede concentrarse tanto en los detalles de su tarea, que pierde de vista el cuadro más amplio y el verdadero propósito. La persona perfeccionista se involucra tanto en cumplir

con su meta, que se vuelve descortés con quienes le rodean.

En Lucas 10, Marta se distrae. Pierde de vista su intención original de proveer hospitalidad por gracia. Entonces, se siente sobrecargada, haciendo demasiadas tareas a su manera y se vuelve crítica de Jesús y de su hermana. Al perder su enfoque, también pierde la paz y el gozo. Jesús tiene que ajustarla (Lucas 10:41-42).

Jesús no está condenando su personalidad. Está ajustando su enfoque. Gentilmente le recuerda que se mantenga en sintonía con la necesidad básica de alimentos y que evite caer en un exceso de perfeccionismo. Pero debes tener cuidado en este punto. Cada tipo de personalidad tiene una manera única de perder su enfoque. Marta no es la hermana mala o menos espiritual. Es simplemente más demostrativa, y por eso, sus debilidades también son más demostrativas.

La segunda vez que nos encontramos con Marta y María en las Escrituras, la tragedia invade sus vidas. Su hermano Lázaro había muerto (Juan 11:1-46). Con frecuencia, al leer este pasaje, nos concentramos tanto en la resurrección de Lázaro que perdemos los matices de los personajes en el relato. Nuevamente, Marta y María se muestran muy diferentes.

Las hermanas mandan a buscar a Jesús antes de que Lázaro muriera. Ellas esperan que él venga corriendo, pues confiaban en que Jesús podía sanar a su hermano. Las dos deben ser admiradas por su fe. Sin embargo, en lugar de ir para Betania inmediatamente, Jesús tarda dos días más. La demora de Jesús no constituye un rechazo o un olvido de aquella petición. Consiste en el tiempo divino que demostraría la gloria de Dios. Sin embargo, durante esa tardanza, Lázaro muere. Mientras que María y Marta se sienten vencidas por su angustia, también están perplejas y decepcionadas por la demora de Jesús. No es de sorprenderse que sea Marta quien expresa primeramente su opinión cuando finalmente llega Jesús—cuatro días después de que su hermano ha muerto (Juan 11:21).

Resulta interesante que nadie va con Marta a encontrarse con Jesús. Un grupo de judíos se reúne en su casa, consolando a las

hermanas por la muerte de Lázaro, pero todos se quedan quietos cuando Marta sale de la casa. Después, cuando María sale a encontrarse con Jesús, todos van con ella (Juan 11:31, 33, 45). Esto nos dice algo con respecto a las dos mujeres.

Marta no necesita que vayan con ella. Tiene algo que decirle a Jesús y todos saben que hay que salir de su camino. No necesita ayuda para decir lo que piensa. Por otra parte, María es más tierna. Sus emociones son más fáciles de discernir. Las personas consuelan a la gentil María; de hecho, se sienten comprometidas a protegerla y consolarla. Pero nadie necesita proteger a Marta. Su fuerte voluntad enmascara su quebrantamiento. Ella seca sus ojos, levanta su cabeza y sale a encontrarse con Jesús.

“Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto” (Juan 11:21).

Por segunda vez, acusa a Jesús por no haberse preocupado. Después de todo, él no actúa a la manera de ella ni de acuerdo a los planes de ella. En respuesta a la acusación, Jesús, amorosamente ajusta a Marta—nuevamente. Él la ayuda a enfocarse en la dirección correcta, cambiando su mirada de la muerte de su hermano a la esperanza del Mesías:

“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?” (Juan 11:25-26)

Marta cede—por un momento. Está tan acostumbrada a estar a cargo, que al parecer no puede darse cuenta de que Jesús no necesita su consejo o su ayuda. Después de una conversación emocional con María, Jesús va a la tumba de Lázaro. Les pide que quiten la piedra de la entrada. Entonces, Marta interviene.

“Señor, hiede ya, porque es de cuatro días” (Juan 11:39).

Me lleno de asombro siempre que leo ese versículo. Mi imaginación escucha un pequeño sarcasmo o un tono pasivo-

agresivo en sus palabras. Está haciéndole saber a Jesús que si hubiera hecho lo que ella le había pedido—varios días atrás—no estarían pasando por aquella situación. *Por el amor de Dios, Jesús, esperaste tanto para venir que ya su cuerpo apesta.* Marta sigue intentando que diga algo porque todavía ella cree tener la razón. Continúa estando molesta con Jesús. Le está diciendo a Jesús lo que debe y lo que no debe hacer. Pero Marta no tiene idea de lo que está por suceder.

Si bien sus comentarios a lo largo de Juan 11 parecen resaltar los atributos negativos de Martha, sus respuestas a Jesús son simplemente la desventaja de sus rasgos de liderazgo. Esta mujer tiene valor, tenacidad y confianza. Jesús tiene que reenfoclarla y ajustar su fuerte voluntad una y otra vez, pero cuando se trata de empujar, cuando la vida es difícil, cuando las circunstancias son abrumadoras, Marta es la mujer que quiero tener de mi parte. Entonces, ¿por qué Marta tiene que luchar tan a menudo con su personalidad que ha sido dada por Dios? Quizás una pregunta más importante sería: ¿Por qué lo hacemos nosotras?

¿Por qué es la lucha?

Dios creó a Marta para ser una mujer fuerte. Creó a María para que fuera intuitiva y sensible. Un estudio elemental acerca de la psicología humana revela que cada persona tiene un rasgo de personalidad dominante dada por Dios que motiva, dirige y afecta todo en nuestra vida. Pero ¿por qué entonces luchamos con el lado negativo de nuestra personalidad creada por Dios? ¿Por qué parece ser que las debilidades inherentes de nuestro temperamento se sientan en primera fila más frecuentemente de lo que deseamos?

La Escritura es clara. Somos parientes de Adán y, a través de esa relación, heredamos una naturaleza pecaminosa (Romanos 5:18-19). No nos *hacemos pecadores* la primera vez que cometemos un acto pecaminoso. *Nacemos siendo pecadores, por tanto, pecamos.* Es nuestra naturaleza, nuestra inclinación—sin tener en cuenta nuestro tipo de personalidad (Efesios 2:1-3). Nacemos en

este mundo como hijos de Adán, por tanto, todos hemos pecado (Romanos 3:23). Sin embargo, aun luego de entrar en la familia de Dios por el nuevo nacimiento, continuamos luchando contra el pecado. Nuestra naturaleza pecaminosa, nuestra naturaleza carnal, no queda erradicada cuando nos convertimos en cristianas. El apóstol Pablo escribe ampliamente sobre su lucha con la naturaleza pecaminosa en Romanos 7:14-25. La misma lucha es real para cada hijo de Dios. De hecho, cada una de las cartas del Nuevo Testamento escrita a la iglesia, es dirigida al problema del pecado dentro de la iglesia. Aun la Escritura enfatiza en repetidas ocasiones que no debemos vivir bajo el dominio o el control del pecado.

“No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros...” (Romanos 6:12-14a).

Como creyentes en Cristo, no estamos obligadas a vivir de acuerdo a los deseos de nuestra naturaleza pecaminosa—no importa cuán fuertes, enraizados o aceptados por la sociedad puedan ser esos deseos. Tenemos una decisión y una responsabilidad para vivir de manera diferente. Tenemos esperanza.

¿Cuál es nuestra esperanza?

La presencia del Espíritu Santo de Cristo en nosotras constituye nuestra esperanza para vivir una vida agradable a Dios, independientemente del tipo de personalidad de cada una.

La enseñanza sobre el tema del Espíritu Santo puede caer en extremos y, en algunos casos, en abusos. No debemos quedar atrapadas por ninguna doctrina que ignore el propósito del Espíritu Santo o que distorsione su manifestación. La presencia del Espíritu

Santo es vital para cada creyente porque constituye la fuente de energía y poder para una vida cristiana victoriosa.

Efesios 1:13 nos recuerda que hemos sido selladas con el Espíritu Santo en el momento en que recibimos la salvación. Su presencia en nuestro interior es la evidencia de que hubo una transacción permanente. Él no viene y va en nuestra vida, saliendo cuando pecamos y regresando cuando nos arrepentimos. Ciertamente, puede ser apagado o contristado, pero no puede ser quitado. La misma naturaleza de su presencia en nuestro interior está basada en la obra completa de Cristo y en la fidelidad de Dios hacia nosotras—no nuestro desempeño o nuestra fidelidad hacia él. Además, el Espíritu Santo no habita en nuestra vida por incrementos (Efesios 1:3). Lo recibimos por completo en el momento en que nacemos en la familia de Dios. Por tanto, toma toda una vida aprender a vivir en una entrega diaria a su control.

“No se emborrachen con vino, que lleva al desenfreno. Al contrario, sean llenos del Espíritu” (Efesios 5:18 NVI)

A menudo concluimos que llenarse del Espíritu Santo es similar a llenar un vaso vacío con algún líquido. Sin embargo, no estamos vacías porque el Espíritu Santo habita en nosotras permanentemente. Por tanto, la analogía de Pablo en Efesios 5:18 es una amonestación acerca del control. El tiempo verbal de la frase *sean llenos* indica una acción continua. Esta frase es también un imperativo con la palabra *ustedes* omitida, pero se entiende que es el sujeto de dicho mandato. Vivir bajo el control del Espíritu Santo no es solamente para personas súper cristianas; es para ti y para mí.

El contraste con la bebida fuerte es un ejemplo de influencia. Somos controladas por todo aquello que ejerza influencia sobre nosotras. Por tanto, debemos vivir bajo la influencia del Espíritu Santo. Mientras habite en la persona creyente, esta tomará la decisión de someterse diariamente bajo su control. Esta decisión constituye una entrega día tras día, momento tras momento, de

nuestra voluntad a la suya. Entonces, el Espíritu Santo nos dará el deseo, así como la habilidad, para someternos a él (Filipenses 2:13). El fallecido Dr. Wayne Barber decía a menudo: “Dios nos va a equipar para que vivamos tal como él nos ha mandado.”

Siempre dudo en dar listas o acrónimos que parecen ser fórmulas para una vida cristiana exitosa. Sin embargo, sí quiero que los principios espirituales sean fácilmente comprensibles y aplicables. La llenura diaria del Espíritu Santo es un estilo de vida que aprendemos al practicar los principios bíblicos. La siguiente lista de palabras no constituye una receta para el éxito. Es un enfoque organizado para ayudarnos a recordar la verdad en nuestra búsqueda de una vida controlada por el Espíritu Santo.

Reconocer. Debemos reconocer diariamente nuestra necesidad de contar con el Espíritu Santo. Debemos admitir que no podemos vivir una vida cristiana abundante ni podemos lograr nada que tenga un valor eterno sin él. Como un ciervo que brama por las corrientes de las aguas, nuestra alma—nuestro ser interior—clama por la influencia y el control del Espíritu Santo en cada aspecto y en cada momento de nuestra vida (Salmo 42:1).

Abandonar. Abandonamos nuestro pecado. Permitimos que el Señor examine nuestra vida a la luz de la palabra de Dios, pidiendo a su Espíritu que condene y limpie cualquier cosa que entorpezca nuestra relación con Dios. Ya hemos explorado 1Juan 1:9 en varias ocasiones. Memorízalo e impleméntalo diariamente—quizás a cada hora.

Abdicar. Voluntariamente renunciamos al control de nuestra propia vida. Nos entregamos, sometiéndonos completamente al Señor. Abandonamos nuestra voluntad por la suya y morimos al yo. “*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*” (Gálatas 2:20). Esa vieja naturaleza de pecado con la que nacemos debe morir diariamente. El Espíritu Santo nos capacita para morir diariamente a nosotras mismas mientras nos sometemos a él.

Pedir. A menudo pasamos por alto lo obvio. Debemos pedir una llenura del Espíritu Santo. No tenemos que implorar, rogar o regatear para recibirlo. Nos corresponde a nosotras pedir—así que pide.

Aceptar. La llenura del Espíritu Santo ha sido negligentemente asociada con todo tipo de evidencia de señales, comportamientos extraños y estados alterados de la conciencia. Ser controlado por el Espíritu de Dios no consiste en un comportamiento dramático, sino que es parte de la vida cristiana diaria, normal y saludable. Es la bendita rutina de vivir con nuestro privilegio de ser hijas de Dios. No debemos esperar por sentimientos sobrenaturales o señales que prueben que estamos bajo el control del Espíritu Santo. Aceptamos por fe que Dios hará lo que él ha prometido y entonces, simplemente nos levantamos y vivimos.

Pero no debemos equivocarnos. Sí existe evidencia visible de la obra y el control del Espíritu Santo en la vida de los creyentes. Algunas personas manifiestan de manera audaz la llenura del Espíritu Santo, pero el roce cotidiano de las personas y las circunstancias revelará rápidamente su autenticidad. La evidencia bíblica del Espíritu Santo no puede ser inventada o falsificada por largos períodos de tiempo. Es fácil presentar un show espiritual en la iglesia. Es difícil ir a una tienda o conducir en el tráfico o tratar con personas difíciles y, aun así, comportarse como una hija de Dios sin someterse diariamente al control del Espíritu Santo. De hecho, es imposible.

La mayor evidencia del Espíritu Santo en la vida de un creyente no son las señales y maravillas. Es el fruto del Espíritu. *“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley”* (Gálatas 5:22-23).

Fíjate que la palabra *fruto* está en singular. Cada palabra en la lista constituye una cualidad del fruto. Nosotras no nos ponemos a escoger entre las cualidades. Comprendo que algunas personas, algunos temperamentos, parecen gravitar fácilmente hacia esas

características. El problema es que tú y yo no podemos ver las luchas internas o el corazón de una persona. También, a menudo definimos estas cualidades de acuerdo a nuestro propio estándar o medida, en lugar de hacerlo por los del Señor. Pero recuerda, aunque no podemos cambiar nuestro temperamento dado por Dios, sí podemos, por la gracia de Dios y la presencia del Espíritu Santo, cambiar nuestro modo de pensar, nuestro comportamiento y nuestro punto de vista.

El Espíritu Santo que mora en nosotras siempre apunta a Jesús. Él nunca magnifica la carne y ciertamente nunca llama la atención hacia un individuo—solamente hacia Cristo (Juan 16:4). Siempre que los creyentes desvían el enfoque de Cristo hacia ellos mismos, la carne ha tomado el control. Las personas que predicán, enseñan, cantan o dirigen públicamente de alguna forma, debemos estar en guardia constantemente. Sin darnos cuenta, podemos convertirnos en el centro de atención, disfrutando de la publicidad y apagando al Espíritu Santo inmediatamente. En realidad, la lucha es real para cada creyente porque la carne siempre es egoísta y le gusta ser exaltada. Nuestro caminar con Cristo requiere escuchar constantemente su gentil, pero firme reajuste de nuestro corazón, mente y comportamiento. Vivir bajo el control del Espíritu Santo no constituye un evento de una sola vez y de un tiempo calmado. Es una rendición momento a momento en el transcurso de cada día.

Pablo expone acerca de la evidencia de la vida llena del Espíritu en Efesios 5:18-21. De hecho, los últimos tres capítulos de Efesios enfatizan el efecto que nuestra relación con Cristo tiene sobre otras personas. El grado en el que nos sometemos a la obra del Espíritu Santo es el grado en el cual impactaremos y bendeciremos a las personas a nuestro alrededor. Una vida rendida a Dios está marcada por la gratitud, el gozo y el sometimiento. No te escapes de la palabra sometimiento. Aun Jesús se sometió al Padre. Al someternos, no nos minimizamos ni nos convertimos en la alfombra de limpiarse los pies. Sin embargo, sí nos permite operar libre y gozosamente dondequiera que el Señor decida enviarnos, honrándole mientras bendecimos a otras personas.

“No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Someteos unos a otros en el temor de Dios” (Efesios 5:18-21).

Entonces, ¿qué le sucedió a Marta?

La tercera y última vez que encontramos a María y a Marta, la Escritura solo menciona dos palabras sobre Marta. Pero esas dos palabras llenan varios volúmenes.

...*Marta servía*... (Juan 12:2).

Aquí no vemos palabras fuertes por parte de Marta ni ajustes por parte de Jesús. Algo ha cambiado... en Marta.

La resurrección de Lázaro en Juan 11 constituye un giro en el ministerio de Jesús y también en la vida de Marta. El poder sobre la vida y la muerte ha trazado una línea en la arena para todas las personas—para los líderes religiosos, para los discípulos y para creyentes como Marta. Jesús ha probado que es Dios y que no puede existir duda sobre quién tiene el control. Marta finalmente comprende que sus palabras, sus planes y sus deseos deben ser sometidos por siempre a los de Dios. Cuando encontramos a Marta sirviendo en Juan 12:2, Jesús no le ha cambiado su personalidad o sus dones; tampoco le ha quitado sus habilidades. Pero Marta ha aprendido a someterse y con gozo y satisfacción—sirve.

Las acciones de María son más notables que las de Marta en Juan 12. María causa un gran revuelo con su hermoso, tierno y emotivo derramamiento de amor. Ella unge los pies de Jesús y los seca con sus cabellos. Es un momento muy propio de María. Pero fíjate en lo que *no* está sucediendo. Marta no se está quejando de la ausencia de María en la cocina. Marta se siente satisfecha con hacer su trabajo en la cocina y atender a los invitados, pero *también está satisfecha al dejar que María sea María*. No me entiendas mal. Estoy bastante segura de que Marta organizó a las otras mujeres,

decidió el menú y delegó tareas para esta reunión de vísperas de Pascua. Su personalidad y habilidades no habían cambiado, pero sí se habían sometido. Ahora Marta no solo sirve con libertad, sino que María también puede servir con libertad. Tanto Marta como María están ancladas. Viven con la esperanza—Jesús puede usar cada personalidad para sus propósitos y para su gloria.

Quiero leerles una cita tomada de internet, de la autora y oradora Patsy Clairmont. Ella da en el clavo.

Me siento atraída hacia las personas calmadas. No vacías, como si la luz estuviera encendida sin que haya nadie en casa. No arrogantes, como si se aferraran a las riendas del control. En cambio, me atraen quienes se muestran asentadas y centradas. Sus entrañas no se agitan, sus lenguas no se mueven. No están inquietas, ardiendo y gritando. Funcionan con sus dones y no se sienten amenazadas por los tuyos. Están ancladas en Cristo y el mar dentro de ellas está quieto. Me parece convincente ese tipo de estabilidad.

Tengo una entrañable amiga que es una Marta. La conocí en la iglesia cuando asistía a uno de mis estudios bíblicos. Nos hicimos amigas casi inmediatamente. Mirando atrás, estoy segura de que ella es un ejemplo del amor de Dios por mí como preparación para tiempos de necesidad. Él sabía que yo necesitaría una Marta—al enfrentar el cáncer, al escribir libros, en la enseñanza, en las luchas. Mi amiga, Trina, puede lograr en un día mucho más que yo en una semana. Ella es una hacedora y motivadora. A veces, ella me acompaña cuando yo imparto enseñanzas en otras iglesias. Allí, ella carga libros y otros materiales y a veces me recuerda el nombre de las personas. Ella maneja detalles que yo olvido con facilidad o que no veo. Ella hace posible que yo pueda concentrarme en la enseñanza, a veces llevándome todos los cumplidos, mientras ella sirve. Trina es muy dotada, una líder con propósito y ha invertido en una cantidad innumerable de personas. En este tiempo en particular, yo estoy agradecida por lo que ella ha invertido en mí. A

veces, soy una María, pero no puedo ser una María sin una Marta en cualquier área de mi vida. En este tiempo, Trina es mi Marta.

Querida lectora, no existe un tipo de personalidad perfecta. María no es mejor que Marta ni viceversa. Todas hemos sido creadas divinamente, aunque estemos llenas de faltas porque el pecado nos ha dañado. Sin embargo, hay esperanza para cada una de nosotras, y como siempre, nuestra esperanza es Jesucristo. La presencia del Espíritu Santo en nosotras transforma nuestros temperamentos dados por Dios en instrumentos de justicia, útiles para su propósito divino. Nuestra responsabilidad es ceder a su control—rendirnos. Es nuestra esperanza y también nuestra decisión. No importa si eres una María o una Marta, decide vivir en tu esperanza.

Preguntas para conversar

1. ¿Te describirías más como una María o como una Marta? ¿Cuáles son las ventajas y las desventajas? Ya sea que nos identifiquemos más con María o con Marta, ¿por qué a menudo luchamos con el lado negativo de nuestra personalidad?
2. Argumenta la siguiente afirmación: “No podemos cambiar nuestra personalidad, pero sí podemos cambiar nuestro comportamiento.” ¿Por qué es esto cierto para los creyentes en Cristo?
3. ¿Cómo puede una persona cristiana vivir diariamente bajo el control del Espíritu Santo? Revisa y argumenta los cinco elementos señalados en este capítulo (reconocer, abandonar, abdicar, pedir, aceptar).
4. ¿Qué evidencias tendremos en nuestra vida si estamos bajo el control del Espíritu Santo? (Lee Gálatas 5:22-23, Efesios 5:18-21).
5. En Cristo, ¿cómo pueden complementarse y ayudarse mutuamente las personas con tipos de personalidades opuestos?

LA MUJER SAMARITANA

Esperanza para la avergonzada

Jesús dijo: “*Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia*” (Juan 10:10). En realidad, toda persona desea experimentar una vida abundante, pero tristemente para muchas, una barrera aparentemente impenetrable permanece en el camino: la vergüenza.

La vergüenza nos encadena al pasado. Nos ciega al futuro. Trata de extinguir la esperanza y robar nuestro gozo y paz. La vergüenza, no importa cómo haya carcomido en nuestras vidas, puede ser un arma poderosa en el arsenal del enemigo, intentando derrotarnos. Pero Jesús no vino a pasar por alto nuestra vergüenza. Vino a destrozarla.

El evangelio de Juan presenta a una mujer que conoce bien de cerca la vergüenza. Está atrapada en un estilo de vida que quizás está lleno de vergüenza. No prevé que su tarea rutinaria de extraer agua de un pozo la llevará hacia una vida nueva y vibrante. Pero Jesús sí. Él espera por ella, y por cualquier otra mujer atrapada en las garras de la vergüenza, para ofrecerle vida abundante y esperanza abundante.

Una cita divina

Aquel viaje fue una pesadilla. Llevaba conmigo a otras cinco mujeres de Illinois a Nicaragua con el propósito de dirigir un retiro para trabajadoras de habla inglesa. Nuestro vuelo desde Saint Louis se retrasó y después fue cancelado. Nos reubicaron en un vuelo hacia Miami con escala en Chicago, mucho más tarde. En aquel vuelo inesperado desde Chicago hasta Miami, me asignaron un asiento separado del resto de las mujeres del grupo. En lugar de estar cerca de mis amigas, me sentaron al lado de una joven muy agradable. Mi espíritu quedó atrapado.

Aquella joven sentada a mi izquierda era una experta en finanzas internacionales. Ella y su esposo vivían en la costa oeste. Durante los primeros diez minutos del vuelo compartimos algunos cumplidos como parte inicial de la conversación y luego preguntó por el grupo con el que había abordado. Le expliqué quiénes éramos y qué íbamos a hacer en Nicaragua. Inmediatamente, la conversación dio un giro.

Supe que estuvo en Nueva York en la Torre Norte del World Trade Center el 11 de septiembre del 2001, cuando un avión se estrelló contra el edificio. Supe que escapó y que perdió a sus compañeros de trabajo. Sus ojos parecían distantes mientras hablaba. Ella y su esposo se mudaron al otro lado del país en un intento de borrar los recuerdos, comenzar una nueva vida y buscar la paz. Le pregunté: “¿La han encontrado?” Su respuesta fue: “No.”

Durante el resto del vuelo, hablamos sobre el quebrantamiento y la esperanza, la búsqueda y Cristo. Nuestro avión aterrizó y ella

me dio su tarjeta. Unas semanas después, le escribí una carta con una copia del libro *Una vida con propósito*. Aunque nunca recibí respuesta de mi compañera de viaje, siempre voy a creer que aquel vuelo, diferente de lo que habíamos planificado, fue parte del plan de Dios—preparado para una mujer herida que buscaba paz y que desesperadamente necesitaba esperanza.

Jesús tuvo una cita divina con otra mujer herida, una samaritana de la que no se menciona su nombre y con quien se encuentra en un pozo. Vemos su historia en Juan 4.

Este suceso constituye la conversación más extensa que Jesús sostiene con otra persona en el Nuevo Testamento y el hecho de que esta conversación haya sido con una mujer samaritana resulta intrigante. Un número incontable de sermones con temas innumerables sobre el encuentro de Jesús con esta mujer ha sido predicado, pero mi corazón quiere saber quién es ella. ¿Cuál es el dolor que la lleva a buscar agua en el calor del mediodía? Como mujer, ¿qué es lo que la Escritura quiere que yo observe en su quebrantamiento? Para la mujer samaritana cuyo nombre no conocemos y para cualquier otra persona que busque la paz...

Existe esperanza.

Jesús y sus discípulos salen de Judea para dirigirse al norte, hacia Galilea. El enigma de Samaria se encuentra en el medio (Juan 4:3-4). Los judíos odiaban a los samaritanos y normalmente tomaban una ruta alternativa para evitar el paso por la región. Aquel odio había traspasado varios siglos y en el tiempo de Jesús, una oración judía común era: *que ningún samaritano esté en la resurrección*. En otras palabras, *que todos los samaritanos vayan al infierno*. Era un odio bien fuerte. Pero ¿por qué?

Después del reinado de Salomón, la nación de Israel fue dividida (1 Reyes 12:1-24). Descontentos con los altos impuestos y el trabajo forzoso decretados por el rey Roboam, las diez tribus del norte de Israel se rebelaron y se separaron, formando una nueva nación de Israel. Jeroboam se convirtió en su rey, nombrando a

Samaria la nueva capital. De aquí en adelante en la historia del Antiguo Testamento, a las diez tribus del norte se les llama Israel y a las dos tribus del sur se les llama Judá.

Jeroboam fortaleció la identidad de las tribus del norte al instituir un falso sistema de adoración. Él no quería que los fieles fueran a Jerusalén para adorar a Dios, por temor de que se afiliaran con el rey Roboam (1Reyes 12:25-33). Jeroboam engañosamente entrelazó el judaísmo y la idolatría. Hizo becerros de oro para adorar y los colocó en ambos extremos del nuevo reino para facilitar el acceso. Además, instituyó un falso sacerdocio y festivales paganos. Las tribus del norte disfrutaban todo esto. Dios finalmente los juzgó por su desobediencia.

El juicio vino por los asirios (2Reyes 17:5-7). Dios permitió que este poderío mundial atroz no solo capturara al reino del norte de Israel, sino también que lo destruyera.

Asiria mantenía un puño de hierro sobre las naciones que conquistaba, importando y exportando a los cautivos. Mezclaban personas de diferentes naciones—llevando personas de una región capturada a otra completamente diferente. Esta mezcla de grupos de personas impedía que se formaran lazos nacionalistas, destruyendo así cualquier cosa que uniera a las personas o que inspirara revueltas. Finalmente, estas personas reubicadas se casaron entre ellos y tuvieron familias, creando razas y culturas completamente nuevas.

Los samaritanos fueron un subproducto de los métodos asirios. Según las normas de los judíos, los samaritanos eran una raza mezclada: judíos rebeldes que fueron juzgados por Dios, conquistados por los asirios, se casaron con paganos y finalmente considerados como perros dentro de la sociedad—por siempre maldecidos y fuertemente odiados.

Sin embargo, la Biblia dice que a Jesús *le era necesario pasar por Samaria* (Juan 4:4).

Ciertamente, existía otra ruta por la que Jesús y sus discípulos podían rodear la región despreciada, pero Jesús se sentía impulsado

a pasar por Samaria. *Tenía* que ir. Sabía que tenía un encuentro divino con una mujer samaritana en un pozo.

Se trata del pozo de Jacob, un lugar rico en historia judía. Aún más importante, ese pozo tiene el agua mejor y más refrescante de toda la región. Según el reloj judío, la hora sexta es el mediodía. Hace calor y no es una hora normal para buscar agua. La única persona en el pozo es Jesús. Excepto cuando se apartaba para orar, esta es una de las pocas ocasiones en la Escritura en que Jesús está solo. Los discípulos habían ido a buscar comida mientras el Señor simplemente se sienta y espera—por ella. Él sabe que ella vendrá, pero ella no tiene idea del gozo que le espera. Para esta mujer desconocida, la vida está a punto de cambiar porque la esperanza aguarda por ella en el pozo.

¿Ves la huella divina de Dios en este encuentro? ¿Ves los planes de Jesús soberanamente orquestados para una preciosa mujer? Querida lectora, Jesús tiene una cita divina contigo también. Él te encontrará en las actividades cotidianas de la vida. Pondrá a un lado todas las distracciones y los ruidos para esperar por tu llegada. Como le sucedió a la mujer samaritana, el gozo está adelante esperándote. ¿Te sentarás con él para refrescarte? ¿Vas a sintonizar tu corazón para escuchar su esperanza?

Liberación divina

Jesús sabe que aquella mujer tiene una gran necesidad. Por supuesto, ella piensa que su necesidad es de agua fresca, pero Jesús sabe que su necesidad consiste en ser perdonada y liberada de la vergüenza. Él comienza la conversación con lo que parece una simple petición por un poco de agua del pozo de Jacob. Sin embargo, la petición no es tan simple.

La mujer samaritana se sorprende cuando Jesús le pide de beber. Ella es una mujer y los hombres judíos no establecen conversaciones informales con mujeres. Además, es una mujer samaritana. Un hombre judío normalmente la hubiera evitado como si ella fuera un perro y con toda seguridad, ningún judío recibiría algo de parte de

ella. Pero Jesús no tiene una vasija para tomar agua. Tampoco tiene con qué sacar el agua del pozo. Depende completamente de los utensilios que ella tiene, si quiere tomar aquella agua refrescante.

De esta manera, la primera capa de vergüenza es revelada. Al usar la vasija de *ella*, Jesús quedaría ceremonialmente impuro según las normas religiosas del judaísmo. Simplemente porque nació en medio de este grupo de apóstatas, ella siente el peso del pecado generacional—no su pecado personal en este momento, sino el pecado de su pueblo. Recuerda el odio y la condenación que ha traspasado los siglos y de alguna manera ha sido depositado sobre sus hombros—solo porque sí. No es su culpa. No es su vergüenza personal. Es la vergüenza depositada sobre ella por circunstancias externas. Esta mujer comprende que, para un judío no solo su vasija para el agua es impura, sino que también *ella* es impura y condenada. La vergüenza comienza a filtrarse.

La petición de Jesús no trae consigo condenación alguna, pero la mujer no puede comprender su compasión, así que le responde con aspereza: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?” (Juan 4:9). Su respuesta incluye defensa y resentimiento. La vergüenza de su herencia la impulsa a ponerse en guardia. El dolor se enmascara de orgullo. Jesús observa todo y comienza una conversación que la atrae.

Le habla de cosas comunes como el agua. No la critica verbalmente con leyes, normas y teología. Sostiene una conversación sencilla. Le habla de las cosas simples de la vida. Su bondad calmada la involucra en la conversación. Ella lo escucha hasta el prospecto fascinante del agua viva y la posibilidad de no tener sed jamás. Su corazón arde en deseos por recibirla mientras escucha (Juan 4:10).

Jesús cava aún más hondo. Mientras que el agua es realmente refrescante, también limpia, y Jesús sabe que esta mujer samaritana necesita ser limpia. Su pecado personal debe ser confrontado y su vergüenza personal debe ser quitada. Después de todo, ella ha venido al pozo por el mediodía, evitando encontrarse incluso

con otras personas samaritanas. ¿Qué habrá hecho para desear tal aislamiento?

“*Ve, llama a tu marido, y ven acá*” (Juan 4:16).

La segunda petición de Jesús hace que se ponga rígida. Sin acusación. Sin intimidación. Sin un dedo amenazador. Solo una petición directa que va derecho al corazón. Su respuesta también es directa.

“*No tengo marido*” (Juan 4:17).

Mi imaginación santificada se pregunta cuántos años de sufrimiento estarán envueltos en esas tres palabras. ¿Cuánta tristeza hay enterrada en su respuesta? Este es un hombre inusual, sosteniendo una conversación inusual, y ahora haciendo una petición inusual. Sus palabras la cortan como un cuchillo. La vergüenza ya no se filtra. Brota.

Jesús no tiene intención de dejar de lado su vergüenza. De hecho, él quiere desenterrarla. En el proceso, no la condena, sino que la felicita por su resumen honesto de los hechos. “*Bien has dicho: No tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad*” (Juan 4:17b-18).

Cinco maridos. La implicación no es que haya enviudado cinco veces, sino que los cinco matrimonios terminaron en divorcio. Para los judíos, dos divorcios eran aceptables y para los samaritanos, tres divorcios. ¿Pero cinco? Nadie, ni siquiera los samaritanos, haría la vista gorda a cinco.

¿Cuál sería la posible razón para haber tenido matrimonios tan desastrosos? ¿Sería una adúltera en serie? ¿Sería descuidada o quizás no tendría suerte en el amor? ¿Estaría atrapada en un círculo de abuso? ¿Sería una mujer necesitada y vacía que buscaba llenar su necesidad con los hombres—y nunca lo lograba? Sin inmutarse, como un cirujano experto que corta un cáncer, Jesús expone su pecado y, en consecuencia, expone su vergüenza. Cualesquiera que

hayan sido las razones o las circunstancias que la llevaron a ese estilo de vida, la vergüenza es el subproducto. Después de todo, ella está en el pozo, al mediodía, escondiéndose.

¿Qué es la vergüenza y de dónde viene?

La palabra hebrea para vergüenza es *bosh*. En su forma simple, significa “*palidecer o sonrojarse*.” El Dr. Spiros Zodiates escribió: “*Cuando ocurre una falta o un pecado, hay un sentimiento desconcertado, un enrojecimiento en el rostro, humillación y la emoción humana devastada*” (The Key Word Study Bible). El relato de la creación en Génesis nos lleva al mismo comienzo, cuando la vergüenza entró en el mundo.

La Biblia dice que Dios creó a Adán y a Eva y que, en la pureza de la perfecta creación, ellos estaban desnudos y no se avergonzaban (Génesis 2:25). Tristemente, la felicidad matrimonial duró poco tiempo. Génesis 3 narra la fatal conversación entre Eva y la serpiente, así como la desobediencia de Adán y Eva.

La serpiente, Satanás el engañador, involucra a Eva en una conversación y Eva responde. Él pone duda en la bondad de Dios cuando le pregunta: “*¿Realmente Dios ha dicho: ‘No comerás de ningún árbol del campo?’*” Detente aquí. Satanás sabía muy bien lo que Dios había dicho. No está tratando de aclarar la información. Está intentando confundir y engañar.

La decepción puede ser definida como “*hacer que alguien crea una mentira*.” Este es el modo en que Satanás opera. No siempre dice mentiras obvias. A veces susurra duda, manipulando la verdad con la confusión. Eva piensa que está lista para la tarea de aclarar a la serpiente. Entonces, en lugar de alejarse de la conversación que ya ha comenzado, le responde, dando la información que su esposo le ha transmitido, basándose en las instrucciones de Dios (Génesis 2:16-17).

Al conversar con la serpiente, Eva comete un error. Le dice la verdad de que no deben comer del árbol que está en el centro

del jardín, PERO añade que tampoco lo podrán tocar. Ciertamente, tocarlo les llevaría a desearlo, pero Dios nunca dijo nada con respecto a tocarlo. Ella añadió algo que Dios nunca les dijo. No solo añade algo a la palabra de Dios, sino que la suaviza, diciéndole a la serpiente que la desobediencia *podiera* llevarles a la muerte (Génesis 3:3). Dios fue claro en Génesis 2:17. La desobediencia **seguro** que les llevaría a la muerte, pero Eva le baja el tono. Después de todo, “*ciertamente morirás*” le suena un poco fuerte.

Pero Satanás salta: “*No moriréis.*” Inicialmente, levanta la duda sobre la bondad de Dios causando confusión en la mente de Eva. Ahora, deliberadamente llama a Dios mentiroso. La serpiente acusa a Dios de retenerles algo a Adán y a Eva, de privarles de algo mejor, de no ser un padre tan bueno ni tan amoroso. Satanás suelta la mentira: “*Sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal*” (Génesis 3:5).

Mi querida lectora, examina rápidamente esa mentira: “... *seréis como Dios...*” Esas son las palabras exactas que iniciaron una gran guerra en el cielo (Apocalipsis 12:9). Son las palabras que expulsaron a Lucifer de la presencia de Dios por la eternidad (Isaías 14:14). Ellas constituyen el corazón del orgullo, el gran pecado de Satanás, la ilusión destructora de que nuestros caminos, nuestros pensamientos y nuestros deseos son mayores, mejores y más nobles que los de Dios. Pero Dios siempre responde agresivamente al orgullo (Santiago 4:6). Es la raíz de todos los pecados y en Génesis 3, Satanás está perpetuando su pecado en la humanidad. *Adán y Eva le creen la mentira.*

Eva tomó el fruto, lo comió y luego le dio a su esposo para que comiera. Inmediatamente, sus ojos fueron abiertos. Vieron su desnudez y se avergonzaron (Génesis 3:7). La vergüenza fue la consecuencia no prevista del pecado (Génesis 3:8-10), la vergüenza fue establecida por siempre en el arsenal de Satanás.

El Dr. David Powilson, Presidente Ejecutivo de Christian Counseling y Educational Foundation, ofrece una descripción apropiada del término *vergüenza*: “La culpa es la conciencia

del fracaso ante un estándar. La vergüenza es la sensación de fracaso ante los ojos de alguien.” La vergüenza es relacional. No es simplemente errar el blanco, sino que consiste en fallarle a la estima de otra persona. Resulta interesante que la vergüenza puede venir perfectamente de nuestro propio pecado, pero también puede ser colocada en nosotros desde una fuente externa. John Piper le llama “vergüenza fuera de lugar.” Un secreto familiar, el pecado de otra persona, la opinión de otra persona, o lo que la otra persona nos haya hecho, puede producir una vergüenza fuera de lugar.

Ten cuidado, la vergüenza es un arma de nuestro enemigo. La Escritura lo llama homicida y el padre de toda mentira (Juan 8:44). Él es el tentador (Mateo 4:3), el maligno (Mateo 13:19), y el acusador de los hermanos (Apocalipsis 12:10). Su nombre es Satanás, que significa adversario. Se le llama diablo, que significa calumniador. Efesios 2:1-3 y Efesios 6:1-10 nos dice que es un enemigo formidable que desempacará su arsenal de incredulidad, miedo y vergüenza en cualquier forma que nos aleje de Dios. Cuando la vergüenza es el arma que el enemigo escoge, no se preocupa por su origen. No le interesa si es vergüenza por nuestro pecado personal o si es vergüenza fuera de lugar. Simplemente quiere mantenernos en ella.

¿Por qué la vergüenza es un arma tan efectiva? ¿Qué produce en nosotros?

La vergüenza nos hará sentir derrotados. Nos hará huir de Dios. Nos alejará de su palabra y de otros cristianos. La vergüenza impedirá la obra del Espíritu santo en nuestra vida. Hará que nuestro ministerio sea infructuoso e insatisfactorio. La vergüenza tratará de robar nuestra paz y nuestro gozo. La vergüenza incluso puede llevarnos al mismo pecado que la causó, buscando un alivio momentáneo de la propia vergüenza.

La vergüenza llega a impulsarnos a los extremos opuestos del espectro del comportamiento. Puede hacer que seamos autocríticas y producir en nosotras una sensación de inutilidad, al robar nuestra productividad diaria y manifestarse en depresión y abatimiento. Por otro lado, puede crear descaro y bravuconería, para tratar de

encubrir la vergüenza. Mantenernos ocupadas puede convertirse en una distracción para alejarnos de la vergüenza. Incluso el perfeccionismo puede ser un intento de elevarse por encima de ella.

La vergüenza funciona porque nos impide vivir en victoria y Satanás la usará para ganarnos. Pero NUNCA, NUNCA, NUNCA ha sido el plan o la intención de Dios que vivamos en vergüenza.

Este ha sido un capítulo difícil de escribir. He visto el desastre que produce la vergüenza en la vida de las personas. He escuchado historias repugnantes de abuso, por parte de víctimas inocentes y me he dado cuenta de que la vergüenza constituye el instrumento amenazador que impide a las personas inocentes ser libres. Conozco mujeres que permanecen en relaciones dañinas porque la vergüenza las ha convencido de que todo es por su culpa y la esperanza no constituye una opción. La vergüenza de las adicciones, hábitos y el pecado secreto ha encadenado a cristianos y no cristianos a una vida de culpa sin fondo.

Hubo un tiempo en mi propia vida en el que al pararme a predicar o impartir alguna enseñanza frente a un grupo de personas que no me resultaban familiares, la vergüenza me susurraba al oído. Escuchaba la acusación amenazadora de que alguien ahí conocía algo de mi pasado imperfecto. Durante años, el mundo accesible de las redes sociales me aterrorizaba. ¿Qué pasaría si alguien me escucha dando una enseñanza y expresa una palabra de condenación sobre mí? ¿Qué pasaría si...? Hoy, durante estos últimos años de la vida, las personas a veces comentan sobre mi sinceridad cuando enseño. Mientras perdono los detalles despectivos, estoy convencida de que, al exponer la oscuridad ante la luz de Cristo, cualquier arma que Satanás pueda formar contra mí queda aplastada (Isaías 54:17).

Querida lectora, la vergüenza intentará silenciarnos. Desea que mantengamos nuestro pecado y nuestras penas en las sombras. Hará cualquier esfuerzo para sofocar la libertad. Disminuirá nuestro punto de vista acerca de un futuro bendecido porque

solamente exhibe los errores de nuestro pasado. El mayor deseo de la vergüenza es extinguir la esperanza, pero la esperanza no puede ser derrotada o extinguida. No puede ser silenciada porque tiene la llave para soltar toda cadena que esté llena de vergüenza.

Escucha la canción de esperanza que resuena a través de toda la Escritura.

Nuestra esperanza está en Jesucristo.

Efesios 2:1-3 es quizás la mejor descripción de nuestra condición espiritual antes de conocer a Cristo. Habla acerca de nuestro enemigo, nuestro mundo caído y nuestra propia naturaleza pecaminosa. ***“Pero Dios.”*** El versículo cuatro comienza con las palabras más dulces de toda la Escritura. Denota un cambio de dirección, un contraste con la amarga verdad de los versículos que le preceden. Dios entra en la situación más desesperante y provee esperanza. Esa esperanza es Jesucristo.

Cuando leemos Efesios 2:4-5, no veremos condenación o vergüenza. El maravilloso mensaje consiste en gracia, misericordia y amor, que se nos ofrece por medio de Jesús. Deja que tu corazón se impregne de la belleza y la esperanza que trae consigo el evangelio.

“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo. Por gracia sois salvos.”

La verdad y la ilustración presentadas en Colosenses 2:13-15 confirma aún más nuestra esperanza en Cristo. Pablo está claro al decir que estamos sin esperanza cuando estamos sin Cristo. De hecho, la lista de decretos contra nosotros es interminable. Él utiliza la ilustración de un deudor en el versículo 14 de Colosenses 2.

En el mundo romano, cuando una persona acumulaba una deuda que no podía pagar, sus acreedores hacían una lista humillante de las deudas. A menudo, el deudor era lanzado a prisión hasta que la deuda fuera pagada o los acreedores estuvieran satisfechos. Toda

la familia del deudor llevaba la carga de la deuda que resultaba imposible de pagar. La vergüenza de la difícil situación del deudor se agravaba al clavar la lista de deudas en la puerta de su casa para que todos la vieran. Pocos deudores alguna vez se recuperaban del peso o el estigma de dicha deuda.

Pablo compara nuestra condición espiritual antes de conocer a Cristo con la del antiguo deudor. La deuda del pecado es imposible de ser pagada. La culpa y la vergüenza constituyen una carga demasiado pesada. “*Pero Dios*” aparece en nuestra desesperanza causada por la deuda y provee el pago mediante Jesús. El Calvario constituye la puerta donde es clavado nuestro pecado. Jesús no solo pagó la deuda con su vida, sino que también, con muerte, cargó con la vergüenza causada por dicha deuda. Así pagó la deuda por nuestro pecado eternamente.

El escritor de Hebreos nos dice que Cristo “*soportó la cruz, menospreciando la vergüenza*” (Hebreos 12:2 NVI). No descartó la vergüenza ni la ignoró ni la minimizó. Soportó cada parte de la cruz para nuestro beneficio, incluyendo la vergüenza. Además, su resurrección es el triunfo victorioso sobre cualquier persona o cualquier cosa que intente encadenarnos de nuevo con la vergüenza de la deuda (Colosenses 2.15).

Pablo escribe en un todo exuberante: “*Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús*” (Romanos 8:1). La condenación significa que *no hay esperanza*. Como resultado de la muerte y resurrección de Cristo, no vivimos como personas sin esperanza, condenadas, sin salida. Querida lectora, lo cierto es que tenemos esperanza porque tenemos a Cristo.

Romanos 8 termina con una trilogía de preguntas. Al parafrasear Romanos 8:33-39 se lee así:

¿Quién puede condenar al pueblo de Dios? Solamente Dios, y no lo hará.

¿Quién puede condenarnos? Solamente Cristo y no lo hará.

¿Quién puede separarnos del amor de Dios por medio de Cristo? Nadie ni nada. ¡NI SIQUIERA LA VERGÜENZA!

Para quienes hemos experimentado la vergüenza, la esperanza abunda en la Escritura. Pero como sucede con cada don de gracia que nos ha sido dado por medio de Cristo, debemos recibirlo. Debemos confiar en Dios, creyendo que las bendiciones espirituales nos pertenecen por medio de Cristo. Debemos desenvolver y usar cada don. Cuando el enemigo quiera asaltarnos con incredulidad, temor y vergüenza, debemos PERMANECER FIRMES en el poder del Espíritu Santo.

Efesios 6:10-20 constituyen versículos poderosos acerca de cómo vivir en libertad. Tres veces en estos versículos, Pablo escribe: “*Estad firmes.*” Significa “*mantener tu posición en un momento crítico de la batalla.*” ¿Cuál es tu posición? ¿Cuál es la batalla?

Nuestra posición es estar bien con Dios. Es todo lo que Dios ha dicho que somos en Cristo Jesús. Los primeros tres capítulos de Efesios relatan las bendiciones y los beneficios de conocer a Cristo.

Somos buscadas por Dios (Efesios 1:4-6).

Somos salvadas por gracia por medio de la fe (Efesios 1:6-7, 2:4-5, 2:8-9).

Somos selladas con el Espíritu Santo (Efesios 1.13-14).

Estamos sentadas a la mesa con Dios como miembros de la familia de Dios (Efesios 2:6 y 19).

Somos fortalecidas en nuestro ser interior por el Espíritu Santo (Efesios 3.16-19).

Nuestra batalla es una batalla espiritual, iniciada por nuestro enemigo Satanás. Él tratará de usar su antiguo arsenal de incredulidad, temor y vergüenza, pero su plan táctico de ataque estará basado en tus debilidades e inclinaciones particulares (Efesios 6:11).

La Escritura dice que cuando el enemigo ataca, ESTAD FIRMES. No creas la mentira del enemigo. No caigas ante el temor. No dejes que la vergüenza tenga un punto de apoyo. Eres una hija del Altísimo. Permanece en la verdad. Vive en la verdad. Habla la verdad. Así es como mantenemos nuestra posición en el calor de la guerra espiritual. *Permanecer firmes* no es una opción. Es una orden. **Sin embargo, la victoria espiritual típicamente no consiste en un encuentro dramático con los demonios, sino que constituye una decisión que se toma día a día para vivir en obediencia a Cristo.**

¿Ves? ¿Dejarás que la verdad impregne tu mente y tu corazón? No estamos obligadas a vivir en vergüenza. Es algo con lo que no tenemos que cargar. Cristo tomó nuestro pecado, así como nuestra vergüenza (sin importar cómo la adquirimos), depositándolos en el infierno por la eternidad. Vive diariamente en la verdad. Encontrarás la libertad.

El siguiente correo electrónico vino de alguien que también sobrevivió al cáncer y escuchó una de mis enseñanzas en el tema de la vergüenza. Es uno de los correos más poderosos que jamás he recibido.

He llevado un manto de vergüenza durante muchos años por tantas causas que, hasta la lección de la otra noche, yo pensaba que me enterraría en ella. Recientemente, he sentido que se me ha resbalado de vez en cuando, pero nunca lo suelto. Ese manto estaba tejido con las cosas que hice, las que no hice y las que otras personas me hicieron. La vergüenza que he cargado realmente estaba sofocándome y matándome como cualquier cáncer. Me convirtió en alguien que yo no era. Cuando dijiste la palabra [vergüenza], las lágrimas salieron de mis ojos.

Comprendí que he sido perdonada. No puedo explicarte el gozo que esta verdad me ha traído. Que podía ser perdonada. Que Dios podía amarme y perdonarme a MÍ. Ese concepto me había abandonado hace mucho tiempo, si es que alguna vez

lo había comprendido. Tengo esperanza. La gracia de Dios también es para mí.

La semana pasada, después de escuchar sobre Jesús y la mujer en el pozo, nuevamente, me llené de gozo. Ya puedo quitarme este manto de vergüenza que he cargado por tanto tiempo. Puedo confiar en la promesa de Dios para MÍ. No te puedo explicar lo que esto significa para mí. Estoy llorando mientras escribo.

Resultados divinos

Entonces, ¿qué sucedió con la mujer en el pozo?

Jesús expone su pecado y su vergüenza sin condenarla ni ridiculizarla. Ella se siente desconcertada y conmovida por la manera en que conoce acerca de su vida. Hasta le llama profeta (Juan 4:19). Pero en lugar de permitir que el Señor la libere y, ciertamente, antes de que desenterrara cualquier otro asunto desagradable sobre su vida, ella se hace a un lado. Hace lo que muchas de nosotras hacemos cuando queremos parecer espirituales, pero no estamos dispuestas a examinar nuestras propias vidas. Ella cambia de tema y habla de religión. Y Jesús la deja hablar.

Se han predicado muchos sermones en el tema de la adoración usando Juan 4:20-25 como texto. Existe gran cantidad de doctrina comprimida en esta porción de su conversación. Sin embargo, me imagino a Jesús sonriendo calmadamente, dejándola hablar, mientras también responde su pregunta bastante acusadora sobre la adoración. Jesús sabe que esta es una cita divina. Él sabe que, sin importar el tema de conversación que escogiera, terminarían hablando de la vida de ella, su necesidad, su pecado y su vergüenza. Solo después de cuatro versículos, ella se da cuenta de que aquella conversación religiosa no la llevaba a ninguna parte. Ni siquiera entiende de lo que Jesús le está hablando.

La religión nunca satisface la sed del corazón. De hecho, solo la aumenta. Pero el tema de la religión, la iglesia o el denominacionalismo constituye una conversación mucho más apetecible que hablar de Jesús. Cuando viajo y me siento al lado de una persona dispuesta a conversar, en raras ocasiones les digo a lo que me dedico. La mayoría de las personas prefieren quedarse calladas, que hablar con una maestra de la Biblia. Pero si descubren a qué me dedico y continúan dispuestas a conversar, la religión es el tema más seguro.

Entonces, la mujer samaritana pronto se cansa de la conversación religiosa y con un profundo suspiro, se remite al Mesías que viene para dar a conocer todas las cosas (Juan 4:25). Para el lector moderno, no hay nada espectacular en esta declaración, pero para Jesús, este constituye el punto crucial de la conversación.

Los samaritanos no creían en un Mesías judío. No enseñaban ni creían en todo el Antiguo Testamento. Solo tenían el Pentateuco, los primeros cinco libros del Antiguo Testamento. No aceptaban los escritos de los profetas ni la literatura de sabiduría de Salomón ni los cantos de David. No estaban familiarizados con las profecías de la venida del Mesías. No cantaban los salmos proféticos. No tenían esperanza en un libertador. Pero aquí tenemos a una mujer samaritana a quien Dios mismo ha plantado un anhelo divino por el Mesías. Es ese anhelo divino lo que la lleva al pozo, ese día, a encontrarse con este hombre inusual. Y Jesús le habla a ese anhelo.

“Yo soy, el que habla contigo” (Juan 4:26).

Toda la eternidad se detiene. En el silencio santo entre los versículos 26 y 27, el Espíritu de Dios está obrando. Está uniendo todas las piezas de ese día. La difícil tarea de sacar agua al mediodía, escondiéndose de sus coterráneos. El hombre inusual que le pide agua. El prospecto de agua viva. La pregunta sobre el esposo. La asombrosa conversación sobre la adoración. Y ahora, las magníficas palabras que Jesús nunca le ha dicho a nadie y que nunca más las pronunciará hasta el juicio: *“Yo soy.”*

En la pausa silenciosa, cuando el Cielo mismo está preparado para la celebración, brota la comprensión. Sus ojos se llenan de lágrimas. Su barbilla tiembla. El Mesías ha venido y está parado justo en frente de ella, derramando compasión. Para él, ella no es una sucia samaritana. Tampoco es una pecadora sin esperanza. La vergüenza depositada sobre ella desde afuera y la vergüenza generada desde dentro, se disipan. El manto de vergüenza cae. Es perdonada. Es libre.

¿Puedes sentarte tranquila por un momento y sentir su libertad? Envuelve tu corazón y tu mente en torno a la ligereza de alma que le han traído consigo la gracia y la esperanza. ¿Necesitas la misma liberación? ¿Anhelas beber la bendición del perdón y saborear tú misma la libertad del peso de la vergüenza? ¿Necesitas abrazar la maravillosa verdad de que la vergüenza fuera de lugar no es para que la cargues y ninguna condenación sofocante puede detener la gracia de Cristo? Su libertad puede ser tu libertad porque Cristo nos la ofrece a todas.

Para Jesús y la mujer samaritana, aquel hermoso silencio de realización es interrumpido por los doce discípulos ruidosos que regresan de la ciudad con la comida (Juan 4:27). Los discípulos se quedan asombrados y probablemente disgustados al ver a Jesús conversando con ella, pero no le dicen nada a Jesús, la mujer no les dice nada a ellos y Jesús no les ofrece ninguna explicación. Quizás una sonrisa de misericordia y gratitud pasa entre la mujer y Jesús. Ella regresa, con sus ojos fijos en el Señor. Y después corre.

La Biblia es muy específica con respecto a la dirección en la que salió corriendo (Juan 4:28). Ella sale del pozo y regresa a su ciudad para decir las buenas noticias de esperanza, perdón y liberación. Pero no va donde su madre o sus hermanas o sus amigas. *Ella va donde los hombres*. Los hombres que la conocen bien. Los hombres que probablemente han contado historias sórdidas o han hecho bromas extrañas sobre ella. Los hombres que se han burlado de su desesperación. Los hombres que conocen los nombres de sus cinco maridos y las pésimas circunstancias que rodearon cada divorcio.

Rebosante de buenas noticias sobre el Mesías, ella va donde estos hombres. No les transmite la conversación sobre el agua viva o el templo en Jerusalén o el lugar apropiado para adorar. Les deja escapar la sorprendente historia: “*Me ha dicho todo cuanto he hecho*” (Juan 4:29, 39). Ya no se esconde más. Ya no carga más con la vergüenza. De hecho, declara con libertad: “*Venid, ved.*” Y ellos fueron.

Para algunas de nosotras, este capítulo es una encrucijada, un lugar para escuchar las preguntas inquisitivas del Espíritu Santo: ¿Tu cita divina es en este momento? ¿Es este el día en que verás compasión en los ojos de Jesús y la voz de condenación será silenciada por siempre? ¿Anhelas fervientemente el agua viva que Cristo ofrece para refrescarte y limpiarte? El perdón está disponible para tus pecados personales y para la vergüenza que estos han traído. Pero preciosa lectora, la libertad también está disponible para la vergüenza fuera de lugar que crees consignada a llevar. Cristo es el victorioso sobre la vergüenza—sin importar su fuente o las profundidades de sus consecuencias.

Al concluir el relato de la mujer en el pozo, la Escritura dice que Jesús se quedó en Samaria dos días más. Un gran despertar espiritual barrió la región y muchos samaritanos creyeron en Cristo. Juan 4:39 dice que comenzó con una mujer liberada de la vergüenza.

¿Puedes ver los resultados del perdón y la libertad? No solo una vida fue cambiada, sino muchas más. Así sucede para nuestra vida y nuestras historias de liberación. Los resultados no tienen límite. Nuestros hogares, nuestras ciudades y aun nuestras iglesias necesitan escuchar las buenas noticias de libertad y ver las vidas cambiadas por Cristo. Ciertamente, no estamos obligadas a compartir los detalles de nuestro pecado o de nuestra pena. Sin embargo, una disposición para presentarnos como un testimonio de redención y gracia les ofrece esperanza a los demás.

Conocí a Helen y nos encontramos de manera informal en varias ocasiones. Ella también está en el ministerio y teníamos mucho en común, así que, finalmente, nos pusimos de acuerdo para tomar

un café y conocernos mejor. Yo esperaba tener una hora divertida y refrescante de conversación sobre nuestros ministerios y alguna charla ligera. Pero Dios tenía un plan diferente.

Después de treinta minutos en nuestra agradable conversación, Helen preguntó cómo podía orar por mí. Yo divagué y le dije algo bastante superficial, sin querer adentrar demasiado en una nueva amistad. Sin embargo, Helen entró. “¿Sabes que tengo un horrible pasado de abuso sexual?” Hizo la pregunta como algo natural, sin auto-compasión, sin ira. Y no, yo no sabía nada sobre ella o su pasado—entonces continuó.

Mi nueva amiga había experimentado años de abuso sexual en su infancia en las manos de un miembro de su familia. Estas fueron sus palabras: “Yo era abusada todos los días de mi vida durante diez largos años.” Me quedé con la boca abierta y el silencio de mi asombro fue la clave para que ella me contara el resto de su historia.

Cuando el abuso terminó, Helen trató con el trauma que quedó como resultado, tomando decisiones peligrosas en la vida. Ella era cristiana y asistía a la iglesia, incluso conoció a su futuro esposo a través del ministerio juvenil de su iglesia. La vergüenza de su pasado, sin embargo, había impregnado y envenenado su mente. Ni siquiera su futuro matrimonio con un ministro prometedor podría deshacer la vergüenza.

La discordancia entre la historia de abuso y la mujer tranquila y de ojos claros sentada frente a mí era difícil de reconciliar, pero no para Cristo. La sanidad de Helen ha incluido una amplia terapia y orientación espiritual. Nada ha sido instantáneo o fácil en cuanto a su camino a la libertad. Ciertamente, lleva las cicatrices, pero la gran verdad que escuché aquella tarde fue su seguridad de que la vergüenza inicial no le pertenecía a ella. Había sido puesta en ella por el pecado de otra persona. Además, sus posteriores decisiones pecaminosas fueron perdonadas, y la vergüenza de esas decisiones fueron abolidas para siempre. En la belleza de la libertad, ella ha podido perdonar a quien abusó de ella. Aunque no tiene contacto

con él, ha quedado libre de la vergüenza permanentemente. ¿Por qué? Porque Jesús vino para dar una vida abundante que incluye ser libre de la vergüenza.

Hace poco tiempo, Helen compartió su historia en una gran reunión de mujeres. Después, varias mujeres se le acercaron llorando, para contarle historias similares y buscar una sanidad similar. Helen pudo dirigir a cada una de ellas a Cristo, utilizando su propia vida como ejemplo. También pudo ofrecer recursos y contactos para asistir a aquellas mujeres en su camino hacia la sanidad. Para mí, mi amiga Helen constituye la encarnación de *“gloria en lugar de cenizas”* (Isaías 61:3).

No es que yo quiera simplificar demasiado los estragos del pecado y las profundidades de la vergüenza que algunas personas van cargando. Pero la verdad del evangelio es tan simple: Cristo ha venido para hacernos libres. La libertad es el corazón del evangelio. *“Venid y ved”* es el llamado para toda persona que se esconda detrás de un manto de vergüenza. Observa lo que el Señor ha hecho en numerosas vidas. Saborea la bondad del perdón y la gracia. Experimenta la sanidad que solo Cristo puede dar. Esta es nuestra esperanza en Cristo. Él anhela liberarnos... aun de la vergüenza.

Preguntas para conversar

Lee Juan 4:3-41

1. Jesús tuvo un encuentro divino con una mujer samaritana que llevaba una vida muy desordenada. ¿Alguna vez ha habido un momento en que el Señor te encontró en el desorden de la vida?
2. Lee Génesis 3:1-8. ¿Cuándo y cómo entró la vergüenza por primera vez en el mundo? ¿Por qué es tan efectiva aun en la actualidad?
3. La vergüenza puede venir de nuestro propio pecado o puede ser puesta en nosotras por una fuente externa. Jesús trata con ambas fuentes. ¿En qué sentido esto nos ofrece esperanza y consuelo?
4. ¿Por qué crees que sea más fácil hablar con alguien sobre religión que hablar sobre Jesús?
5. Lee Romanos 8:33-39. Al pensar en tu vida, ¿cómo te hablan estos versículos?

MARÍA MAGDALENA

Esperanza para cada temporada

Eran los años 70 y *Jesus Christ Superstar* (*Jesucristo Superestrella*) era un gran éxito en Broadway. Una de las canciones más populares del musical fue escrita desde la perspectiva de María Magdalena. La canción se extendió a las listas de música pop e incluso llegó a ser una de las 40 mejores en la revista Billboard. De hecho, dos versiones de esta canción estuvieron entre las mejores 40 al mismo tiempo, lo cual es bastante extraño, confirmando así la popularidad de la balada. El coro de chicas de mi escuela secundaria cantó un arreglo de “*I Don’t Know How to Love Him.*” (*No sé cómo amarlo*). Me encantaba esa canción. Pero la letra solo perpetuaba los mitos y falsedades que han rodeado a María Magdalena por siglos.

Entonces, ¿quién es María Magdalena, de acuerdo a la Escritura? ¿Cuál es la verdadera historia sobre su relación con Cristo? ¿Qué puede enseñarnos ella sobre la esperanza?

Esperanza para el pasado

María es un nombre común en la Escritura. Para distinguir a esta María de muchas otras, se le llama María Magdalena. Sin embargo, Magdalena no es su apellido, sino una referencia a su lugar de origen, Magdala, un pequeño pueblo pesquero en Galilea. Los escritores bíblicos añadieron el nombre del pueblo a su nombre, y originalmente debe haberse leído María de Magdala o María la magdalena.

Dos veces en la Escritura se nos dice que Cristo expulsó siete demonios de ella. Cada una de esas menciones consiste en un versículo que no ofrece detalles (Lucas 8:2, Marcos 16:9). Es todo lo que conocemos de su pasado. Por tanto, para comprender su estado antes de conocer a Jesús, sería razonable observar las características generales de otras personas poseídas por demonios que se presentan en la Escritura. También es importante entender qué es la posesión demoníaca y qué no es.

Apocalipsis 12:7-9 habla de una gran guerra en el cielo. Lucifer, un ángel creado por Dios, se rebeló contra Dios y por orgullo, trató de usurpar su trono. Dios lo expulsó del cielo. En el proceso de ser derrotado, los ángeles que apoyaron a Lucifer también fueron expulsados. Esos ángeles se convirtieron en demonios. A Lucifer se le conoce como Satanás, que significa *adversario*. Este ejército del mal es real y aún existe. Como Satanás, todos ellos son enemigos derrotados y un día, tanto Satanás como sus demonios serán lanzados al infierno permanentemente.

La posesión demoníaca se presenta en la Escritura como una realidad. No era una forma antigua de explicar las enfermedades físicas o mentales. La Escritura distingue entre las enfermedades y la posesión demoníaca (Mateo 4:24). Ciertamente, la posesión demoníaca se puede manifestar en desórdenes físicos y mentales (Mateo 12:22, Mateo 9:32-33, Lucas 13:10-13), pero en la Escritura no todas las enfermedades son atribuidas a la posesión demoníaca. De la misma manera, no todas las posesiones demoníacas conducen a padecer desórdenes físicos o mentales.

Por tanto, la Escritura es clara. Los creyentes en Cristo no pueden ser poseídos por demonios porque tienen la presencia del Espíritu Santo. El Espíritu de Cristo no puede compartir el mismo espacio con un demonio. Un creyente puede ser oprimido o acosado por la actividad demoníaca, pero nunca poseído. Quienes son verdaderamente poseídos por demonios son creyentes que no conocen a Cristo.

En la Escritura, una persona poseída por un demonio no busca a Cristo. O Jesús viene a ellos o alguien más trae a la persona poseída a Jesús. Todos los demonios reconocen la autoridad de Jesús y obedecen sin cuestionamientos. En su misericordia, Jesús nunca condena a las personas poseídas ni las censura por su condición. Simplemente las libera.

Un análisis bíblico acerca de la posesión demoníaca nos ofrece una imagen más clara del problema de la víctima. Quizás el suceso más dramático es el del endemoniado que vivía entre los sepulcros en Gadara (Lucas 8:26-39). El evangelio de Marcos también recoge este suceso, pero se refiere a dos hombres que vivían entre los sepulcros. Los dos sucesos no entran en conflicto. Lucas simplemente se enfoca en uno de los hombres.

El hombre gadareno tenía una fuerza sobrenatural. Siempre que lo ataban con cadenas y con grilletes, se las arreglaba para soltarse. El relato de Marcos añade que este hombre se hería con piedras. El endemoniado vivía desnudo en el cementerio, salvaje y aparentemente loco. Cuando Jesús enfrenta a este hombre y pregunta su nombre, un demonio responde: *“Legión. Porque muchos demonios habían entrado en él”* (v. 30). Jesús expulsa la legión de demonios y el hombre es liberado de su tortura. El final del relato presenta al hombre *“vestido, y en su cabal juicio”* (v. 35).

Otros relatos sobre posesión demoníaca describen a la persona siendo lanzada al fuego o al agua, retorciéndose con convulsiones o inclinándose por el dolor (Marcos 9:17-29, Lucas 13:11-13). John MacArthur dice: “Las Escrituras presentan a las personas poseídas por demonios como personas atormentadas que sufren

indignidades miserables” (*Twelve Extraordinary Women [Doce mujeres extraordinarias]* p. 174).

Entonces, ¿qué podemos asumir con respecto a María?

María Magdalena hubiera sido una persona sin alegría con una vida miserable. Pudiera haber estado descuidada en su apariencia, llena de cicatrices o físicamente mutilada de alguna manera. Ella habría estado sola y expulsada del hogar y la sociedad. Cualquier tormento que sufriera, era siete veces y tal vez siete tipos diferentes de tormentos porque estaba poseída por siete demonios diferentes. Cualquier sufrimiento que haya padecido, por muy lamentable que hubiera sido su pasado, Jesús la liberó. No es de extrañar que ella lo amara tanto.

Ha existido mucha especulación con respecto a María Magdalena. Se han creado diversas historias sobre ella y los gnósticos de la Edad Media inventaron leyendas y mentiras sobre ella. Un libro apócrifo tiene como título *El evangelio de María*. Fue rechazado por los padres de la iglesia primitiva, al igual que otro falso evangelio, *El evangelio de Felipe*, que presenta a María como rival de Pedro. En años recientes, el libro escrito por Dan Brown, *El código de Da Vinci*, “descubre” que María y Jesús se habían casado en secreto y tuvieron hijos (MacArthur, *Twelve Extraordinary Women [Doce mujeres extraordinarias]*, p. 172). El musical *Jesus Christ Superstar [Jesucristo superestrella]* presenta a María como la amante de Cristo, confundida en su relación con él. Los teólogos han intentado identificarla como la mujer adúltera en Juan 8 o la mujer inmoral que unge los pies de Jesús en Lucas 7. Pero no existe ninguna evidencia en la Escritura de que María sea alguna de estas mujeres o de que haya sido inmoral—solamente que estaba poseída por demonios.

Y debemos dejarla así. Puesto que la Biblia no nos ofrece ningún detalle acerca de su pasado, debemos dejar su pasado tranquilo, asumiendo solamente que debió ser representativo de la angustia por causa de la posesión demoníaca. La gran verdad que

sí se refleja es que Cristo la liberó. Entonces, debería ser suficiente. ***Cristo la liberó.*** Es suficiente para todas nosotras.

La esperanza para el pasado es donde algunas de nosotras necesitamos detenernos y respirar en la bondad de Dios. María nos da a conocer que ninguna vida está fuera del alcance de la gracia de Dios. Ningún pasado es demasiado horrible para su perdón. Ningún pecado está fuera del alcance de su amor. Ninguna persona está sin esperanza.

“De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2Corintios 5:17). Jesús no nos limpia simplemente. Nos hace nuevas. Es un nuevo nacimiento, una nueva vida. TODAS las cosas son hechas nuevas. La salvación no limpia a la vieja persona para hacer de nosotras lo mejor que podamos ser. La salvación es una obra completamente nueva, una nueva creación en Cristo. ¿Cómo puede ser?

“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2Corintios 5:17). Jesús, el hijo de Dios, sin pecado, perfecto, tomó nuestro pecado sobre él. Lo llevó y pagó el precio por él. Pero también nos dio su justicia. Cambió nuestro pecado por su justicia. En su gran intercambio, no solo limpió nuestro pasado, sino también tenemos una nueva posición delante de Dios. Él no nos ve como criaturas pecadoras, dignas de lástima. Nos ve como sus hijas justas. Por eso, Pablo pudo escribir: *“...olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta...”* (Filipenses 3:13-14). Al igual que Pablo, tú y yo podemos “proseguir a la meta” hacia el futuro que Dios tiene para nosotras. El pasado ha sido cubierto y perdonado. No determina el futuro. Somos nuevas criaturas con nuevas vestiduras de justicia.

Romanos 8:28 constituye otra capa de esperanza puesta sobre nuestro pasado. *“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.”* Esta promesa no es un parche espiritual,

que lo arregla todo para nuestra propia satisfacción. En cambio, es una promesa de que Dios puede usar nuestro pasado, aun las consecuencias de nuestro pasado, para bien. Por tanto, ten cuidado. No podemos definir lo que es bueno. Solo Dios puede hacerlo. Su definición del bien casi siempre es diferente de la nuestra, simplemente porque sus caminos siempre son más altos y mejores.

Sin embargo, podemos confiar en que él transformará las consecuencias y los efectos del pecado para su gloria y, al mismo tiempo, para nuestro bien. Dios no borra las consecuencias, pero si las redime, comprándolas y transformándolas en algo nuevo. Él es capaz de convertir las cenizas del pasado en bellas vestiduras.

Jesús trató con el pasado de María haciéndola libre. Ella respondió con una vida de amor y servicio hacia él. Cristo tiene la autoridad y la habilidad de tratar con nuestro pasado también. La esperanza está disponible para cada una de nosotras. La esperanza—que nos hace libres.

Esperanza para el presente

Al ser liberada de su pasado, María entra en una temporada feliz de la vida. Lucas 8:1-3 ofrece una ojeada a su nueva vida. María es mencionada entre un grupo de mujeres, consideradas como fieles seguidoras, que viajaban con Jesús y sus doce discípulos. Las mujeres viajaban de pueblo en pueblo, escuchando las enseñanzas de Jesús, observando cómo sanaba a los enfermos y echaba fuera demonios. También ellas contribuían financieramente al ministerio de Jesús. María nunca había conocido tal amor y aceptación. Nunca había vivido con un propósito tan significativo. Ahora tiene amigos creyentes que viajan juntos, experimentando emociones y esperanza. Es una temporada muy dulce que, con seguridad, María no quiere que termine jamás.

María ha salido de las terribles tinieblas para habitar en la luz de Cristo. Así como el joyero que presenta los diamantes sobre un fondo de terciopelo negro, haciendo que el diamante se vea más brillante, la nueva vida de María se presenta en un contraste

radiante con respecto a la antigua. Ahora vive los días más radiantes que jamás haya conocido, y nunca dará un paso atrás—solo hacia adelante, hacia la luz de Cristo. Quizás espera viajar con Jesús y sus seguidores por el resto de sus días. Quizás comprenda los problemas que tiene por delante, pero decide vivir gozosa en el resplandor de su nueva y dulce temporada.

Independientemente de los deseos de María, llegaron días oscuros. Jesús es arrestado, juzgado y crucificado. Los cuatro evangelios indican que María está cerca de la cruz—observando cómo muere su esperanza. Además de la madre de Jesús, María Magdalena debió haber sentido el dolor de la pérdida aún más profundamente que cualquier otra mujer. Ella había sido rescatada de una gran oscuridad. ¿Cómo podrá seguir adelante? ¿Qué hará en los días por venir? ¿Dónde encontrará esperanza y propósito?

José de Arimatea y Nicodemo pidieron el cuerpo de Jesús después de la crucifixión. El día de reposo judío se acercaba, por lo que estos hombres debían apurarse en la preparación del cuerpo para su entierro. No tenían tiempo para hacer una preparación adecuada. Al depositar el cuerpo de Jesús en un sepulcro prestado, José y Nicodemo hacen todo lo que pueden bajo aquellas condiciones.

María lo observa todo. Los sigue al sepulcro para saber dónde encontrar el cuerpo. María tenía sus propios planes. Cuando el día de reposo terminara, ella y otras mujeres regresarían al sepulcro con especias que ellas comprarían. Su intención es finalizar la tarea de ungir el cuerpo de Jesús (Marcos 15:42-16:2).

Juan 20 nos ofrece una mejor comprensión de lo que María estaba pensando en el sepulcro. Ella sabe que está muerto. Su mente todavía no ha podido unir los hechos de la crucifixión y su mensaje de resurrección. Recuerda, esto sucedió hace 2000 años, pero María vive el horrible presente de la muerte. Con un corazón quebrantado, María llora. Sin embargo, no llora suavemente en su pañuelo, sino con un dolor inconsolable.

La navidad llegó tres meses después de la muerte de mi esposo. Intenté lo mejor que pude para que fuera una navidad normal para

mis dos hijos. Para nada era normal. Con una actitud indiferente, abrimos los regalos y después compartimos nuestro desayuno de navidad tradicional mientras nos mirábamos unos a otros con una mirada vacía. Pensando que un cambio de escena y de tradición sería bueno, los tres hicimos planes para compartir la cena de Navidad fuera con nuestras amistades. Cuando llegamos a su casa, mi hijo mayor preguntó si podía quedarse en el auto durante unos minutos antes de entrar. Le dije que sí.

Nuestros amigos saludaron con mucho cariño a mi hijo menor y a mí. Todos nos abrazamos, echamos algunas lágrimas, compartimos regalos y de pronto nos paralizamos, escuchando un grito penetrante fuera de la casa. Era un sonido que yo nunca había escuchado. Eran aullidos fuertes y profundos como si un animal hubiera caído en una trampa. No podía ser una persona. Pero sí lo era.

Solo en el auto, mi afligido hijo de 16 años estaba llorando. Su dolor por la pérdida de su papá, no podía ser consolado por regalos o amigos o una mamá intentando desesperadamente de que se sintieran mejor. No había consuelo ni alegría. El grito que formó nuestra primera Navidad no fue suave ni sutil. Era salvaje, desgarrador y bárbaro. Fue el quebrantamiento desatado. Nunca olvidaré aquel sonido.

¿Puedes escuchar a María llorando en el sepulcro?

De todas las personas que rodeaban a Jesús durante su ministerio, María fue la que más perdió con su muerte. Pedro y los demás podían regresar a la pesca, a su familia o a sus antiguos trabajos. Las otras mujeres podían ir a su casa. Incluso después de que Juan y Pedro llegaron corriendo a la tumba vacía por orden de María, la Biblia dice que regresaron a sus propios hogares (Juan 20:10). Pero ¿dónde podía ir María? Ella no tenía un hogar. No tenía a nadie esperando que regresara. Solo tenía un pasado de tinieblas. Jesús había sido su vida. No podía pensar otra cosa.

María desea que regrese aquella temporada gloriosa—la de felicidad y compañía sin fin que había experimentado con Jesús y

sus seguidores. Pero aquella temporada ya se fue. Ningún llanto o anhelo hará que regrese.

Yo me volví a casar con un hombre viudo que tenía tres hijos, solo trece meses después que mi primer esposo había fallecido. Vendí mi casa en Tennessee y mis hijos y yo nos mudamos para Illinois. Allen había hecho los preparativos para que mis hijos y yo viviéramos con unos amables hermanos de la iglesia mientras él y yo buscábamos una casa apropiada para los siete. Para mis dos hijos, mudarse a un nuevo estado, cambiarse a una nueva escuela y pasar un tiempo sin tener su propia casa, solo complicaba su dolor. Comenzaron a apagarse emocionalmente. Yo comencé a entrar en pánico. No era una transición fácil.

Mientras tanto, la vida siguió adelante, sin tener en cuenta que un choque de trenes estaba a punto de suceder en mi vida. Allen era el pastor y yo era su nueva esposa. Había tareas que cumplir y eventos que asistir. Uno de los eventos fue la fiesta anual de Navidad para diáconos y sus esposas. Aunque hacía solo un mes que estaba en Illinois, yo sabía que, como esposa del pastor, tenía que estar “dispuesta” para este evento. Tenía que ser cortés y amable. Tenía que lucir bien y ser agradable. Tenía que fingir que no había otro lugar en el que preferiría estar más que en el sur de Illinois con una habitación llena de extraños. Mi punto crítico se estaba acercando.

Como todavía vivía con miembros de la iglesia, Allen vino a buscarme para la fiesta. En algún lugar entre la casa y el restaurante, me perdí. Golpeé con mis puños el tablero del auto y grité enojada: “¡Quiero irme a casa!” Lancé esas palabras una y otra vez a mi nuevo esposo, golpeando con mis puños para acentuar cada palabra, llorando incontrolablemente: “¡Yo! ¡quiero! ¡irme! ¡a casa!”

Mi esposo, un hombre práctico y lógico, parqueó el auto en un costado de la calle y trató de hallar una solución.

“Jennifer, ¿dónde es tu hogar? Si puedes decirme dónde quieres ir, te llevaré ahora mismo.” Las palabras de Allen me tranquilizaron, pero no cambiaron mi demanda.

“Yo solo quiero estar en mi hogar.” Ahora bajé a un gemido.

Él continuó: “¿Quieres regresar a Knoxville? ¿Es ahí donde te refieres? Recuerda que ya no tienes hogar ahí, pero si es donde quieres ir, te llevaré.”

No pude responder y mis lágrimas solo lo impulsaron a hacer más preguntas. “¿Quieres ir a Chattanooga? ¿Quieres que te lleve a casa de tus padres? ¿Es ese el hogar al que te refieres, Jennifer?”

Aquella fría noche de diciembre, en un costado de la calle, me di cuenta de que para mí, *hogar* no era un lugar. Era una temporada. El hogar era una dulce temporada de seguridad, risas y quizás era algo previsible. Era donde mis hijos tenían problemas normales, como tareas escolares y novias, en lugar de pesadillas y depresión. El hogar no era esta temporada difícil de transición y desespero. Yo quería ir para mi hogar. Pero sin importar con cuánta sinceridad lo deseara, el hogar, como yo lo conocía, se había ido para siempre.

Sin embargo, la esperanza no se va.

Al igual que María en el sepulcro, muchas de nosotras no están conteniendo con el pasado. Estamos conteniendo con las dificultades de nuestras circunstancias presentes. Queremos ir a casa. Queremos regresar a una temporada cuando el matrimonio era bueno, cuando el hijo no era un pródigo, cuando las finanzas eran estables, cuando la salud era vigorosa, cuando el pecado no nos había cobrado la factura, cuando la vida era más dulce. Tristemente, esos días pasaron y, al igual que María, necesitamos esperanza para *este* día y *estas* circunstancias. Escucha mi querida lectora, Jesús está hablando palabras de esperanza.

María está sola en el sepulcro. Juan y Pedro estuvieron allí pero ya habían regresado. Evidentemente, las otras mujeres también se habían ido. En su desconsuelo, María se queda. Y llora. Un hombre le habla y ella asume que es el que cuidaba el huerto. Ella le pide información acerca del cuerpo de Cristo. Se haría responsable del cuerpo si tan solo alguien le dijera dónde está (Juan 20:15-16).

“*María.*” Jesús pronuncia su nombre. Ahora se da cuenta de que es él.

En las dificultades del presente, querida lectora, Jesús pronuncia tu nombre. Él te conoce. Él lo sabe todo de ti. “*No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú*” (Isaías 43:1). La relación que él tiene contigo no es simplemente una religión. Es personal. No es un Dios lejano, inconstante, sino un Dios que está cerca y conoce tu nombre. Mateo 6:25-34 nos recuerda que a él le interesan los detalles más pequeños de nuestra vida.

Como siempre, nuestra esperanza para el presente está en Cristo.

Debido a nuestra relación con Cristo, Dios está obrando a nuestro favor, cumpliendo sus promesas. La esperanza bíblica no es sinónimo de la restauración de todo lo perdido o un regreso a la vida tal como era antes. Es cierto que Dios puede restaurar o libertar. Sin embargo, los tres jóvenes judíos en Daniel 3:16:18 nos recuerdan que “*Nuestro Dios puede liberarnos... pero aun si no lo hace...*” Es muy probable que Dios no restaure la dulce temporada que tanto anhelas. Nuestra esperanza no descansa en la restauración de las cosas tal como eran. Tampoco descansa en ser libres de las dificultades. Nuestra esperanza está en la persona de Jesucristo. Sumérgete en sus promesas.

“*No nos dejará, ni nos desampará*” (Josué 1:5 y 9, Hebreos 13:5b, Mateo 28:20).

“*Nadie nos arrebatará de su mano*” (Juan 10:28).

“*Suplirá todas nuestras necesidades*” (Filipenses 4:19).

“*Nos fortalecerá para cualquier circunstancia*” (Filipenses 4:13).

“*Todas las cosas nos ayudan a bien*” (Romanos 8:28).

“*Está realizando una buena obra en nosotras por medio de las pruebas*” (Santiago 1:2-4).

“Tiene un plan perfecto” (Jeremías 29:11).

“Su gracia es suficiente” (2Corintios 12:9).

Todas las mujeres que hemos estudiado hasta ahora realmente tienen esperanza, pero sus circunstancias no tienen que mejorar necesariamente. Agar tiene esperanza, pero Dios la envía de regreso a la esclavitud por una temporada. Noemí tiene esperanza, pero sigue siendo una viuda que también perdió a sus dos hijos. Ana tiene esperanza, pero tiene que seguir viviendo con Penina. Ana, la profetiza, tiene esperanza, pero sigue siendo una viuda avanzada en años que vive una vida sencilla en una habitación prestada. Marta tiene esperanza, pero tiene que seguir luchando con su fuerte personalidad. La mujer samaritana tiene esperanza, pero su pasado no se borra por arte de magia. Ninguna de estas mujeres es milagrosamente transportada a un mejor momento en el tiempo. De la misma manera, Jesús no le devolverá a María aquella temporada especial, sino que la llama por su nombre, ofreciéndole su esperanza para este momento, para este día y para estas circunstancias. Todas estas mujeres viven en sus circunstancias presentes, a veces difíciles—con esperanza.

Querida lectora, debido a nuestra esperanza en Cristo, nuestras almas pueden estar ancladas aun cuando el matrimonio es difícil, aun cuando el hijo continúa siendo pródigo, aun cuando las finanzas están apretadas, aun cuando la salud es precaria, aun cuando las consecuencias del pecado permanecen. El ancla de la esperanza no depende de la ausencia de las dificultades. El ancla aguanta, preciosa lectora, en medio de las dificultades.

Esperanza para el futuro

La esperanza siempre mira hacia adelante, aguardando la bondad de las promesas de Dios en Cristo. Cuando Jesús logra captar la atención de María, inmediatamente le da un nuevo propósito. Le ofrece esperanza para los días por venir, al mismo

tiempo que le da dos mandamientos. “*No me toques*” y “*ve, diles*” van a definir su futuro (Juan 20: 17-18).

Jesús le dice a María que deje de aferrarse a él, que *no lo toque*. Después de todo, ella casi no puede creer lo que ve. ¡Realmente es él! Ahora ella no llora de dolor, sino de alivio y alegría, aferrándose a su salvador para que no la deje de nuevo. Quizás ella es una de esas mujeres que les gusta abrazar—abrazo sus pies, abraza su cuello. Lo abraza, da un paso atrás para asegurarse de que todo es real, y luego vuelve a abrazarlo.

Aunque quizás existan razones teológicas por las que Jesús le pide que *no lo toque*, también puede existir una razón más práctica. Jesús le hace saber a María que las circunstancias no son como antes. Ella tiene que dejar de pensar que la vida va a regresar a lo “normal”. Tiene que entender que el gozo del momento no es la meta final. No puede mirar a Jesús como antes. Tendrá que confiar en él en un nivel nuevo y superior. No tocarlo será difícil para María, pero debe hacerlo para cumplir el segundo mandamiento: *ve y diles*.

El Señor no le pide a María o a nosotras que nos alejemos de nuestra relación con él. Sin embargo, se está asegurando de que, aunque él nunca se alejará de nosotras, a veces tenemos que soltar nuestras ideas preconcebidas acerca del futuro. Debemos soltar los planes que hemos formulado para nosotras y prepararnos para abrazar los planes que él tiene para nuestro futuro. A veces he escuchado algunos cristianos que, con buenas intenciones, les dicen a otros: “sueña en grande”. La falacia de esa mentalidad es que a menudo perdemos lo que Dios ha diseñado para nosotras. Estamos tan decididas a aferrarnos a nuestros planes y sueños que no vemos ni aceptamos los planes de Dios.

La clave aquí es someterse. Confiar en el carácter de Dios lo suficiente como para saber que él no va a arruinar nuestros planes, sino que extenderá y enriquecerá nuestro futuro de formas que nunca imaginamos. Él sabe los planes que tiene para nosotras (Jeremías 29:11), así que debemos confiar en él lo suficiente como

para soltar nuestros propios planes. *Soltar* puede ser difícil pero también incluye un sentido de expectativa. Cuando soltamos, comenzamos a vivir con la esperanza del plan y el futuro que Dios tiene para nuestra vida.

Jesús le ofrece a María un nuevo propósito. Ya no volverán aquellos días en que seguía a Jesús en su ministerio terrenal, pero tendrá la bendita responsabilidad de decir a los demás la gran noticia. Jesús le ofrece a María la tarea de regresar donde estaban los discípulos para decirles lo que había visto y oído. ¡Que Jesús vive! Ella tuvo la experiencia, lo tocó y habló con él. Es la primera testigo presencial de la buena noticia de la resurrección.

Aunque nos parezca algo pequeño, el mandamiento “ve y diles” era algo monumental para una mujer de aquellos tiempos. Las mujeres no eran consideradas como fuentes confiables de información. De hecho, a una mujer no se le permitía testificar en la corte judía porque sus palabras no eran consideradas como confiables. Pero Jesús decide confiar la buena noticia de su resurrección a una mujer que tenía un pasado. Una mujer que aparentemente no tenía un futuro. Una mujer cuya vida nunca sería “normal” otra vez.

Jesús pudo haberle dado la tarea a Pedro o a Juan. Estos hombres estuvieron allí en el sepulcro. Jesús sabía que ellos habían estado allí. Probablemente estaba observando toda la escena. Jesús pudo haberle dado la tarea de “ir y decir” a otra persona más confiable y menos quebrantada. Pero no lo hizo. Le dio la tarea a María Magdalena.

En las palabras de Jesús a María hay una gran esperanza para mí y para ti. Mientras que la sociedad escoge a las mejores y más brillantes entre nosotras, Jesús escoge a las heridas y quebrantadas. Jesús escoge a las menos probables y por gracia les ofrece una nueva identidad y un nuevo propósito. La Escritura está llena de ejemplos.

Los pastores de ovejas se encontraban entre las personas de menor rango en la sociedad judía, considerados ceremonialmente

impuros debido a su trabajo con animales. Sin embargo, Dios escogió a los pastores no aptos, para anunciar la buena noticia del nacimiento del Salvador (Lucas 2:8-20). Del mismo modo, el endemoniado gadareno era un hombre marginado y arruinado. Sin embargo, Jesús lo liberó y le dio la orden de irse a casa y contar todo lo que Cristo había hecho (Lucas 8:39). ¿Otra persona no sería mejor portavoz de las buenas noticias? ¿Recuerdas a la mujer samaritana, aquella que tenía serios problemas en sus relaciones? Jesús le ofreció esperanza y perdón. Como respuesta, se convirtió en la voz de esperanza para toda su región.

En Japón, en la antigüedad, si una pieza de porcelana se quebraba o se rompía, el alfarero la reparaba con oro. El valor del oro transformaba el objeto roto en una vasija de gran belleza. La pieza rota dejaba de estar deteriorada y se convertía en una pieza única entre los objetos de la historia.

De manera similar, cuando las personas quebrantadas, heridas, insignificantes o desechadas tienen un encuentro con Cristo, él transforma su vida y les ofrece esperanza. Entonces se convierten en portadores efectivos de luz y testimonio de las buenas noticias acerca de Cristo. Donde hubo quebrantamiento, brota la belleza.

El apóstol Pablo lo expresa de la siguiente manera:

“Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia” (1Corintios 1:26-29).

Al explicar este pasaje de la Escritura, mi colega pastor generalmente dice: “Dios usa más a los *donnadies* que a los *alguien*. Pero él hace a un *alguien* de un *donnadie*.” Esta es una excelente noticia para las personas como María y para las personas como nosotras—quienes tenemos un pasado con quebrantamiento y un

presente con dificultades. Cristo ofrece esperanza para el mañana. Ofrece propósito para la próxima temporada de la vida. Él es el Dios de la esperanza y con esa esperanza, nos brinda gozo y paz (Romanos 15:13).

Personalmente, mi presente y mi futuro lucen muy diferentes de lo que imaginaba. No hay regreso a la dulce temporada del pasado. Sin embargo, en su gracia, Dios ha provisto una nueva temporada de esperanza.

Poco después de que mi primer esposo falleciera, una mujer mayor me envió una nota que incluía un pasaje de la Escritura. En aquel momento, yo no podía entender cómo la verdad en aquellos versículos se podía aplicar a mi situación. Sin embargo, ahora lo veo con los ojos de la esperanza mientras Dios habla a su pueblo. Los versículos que me envió aquella querida señora están entre mis pasajes favoritos de la Escritura.

“No os acordéis de las cosas pasadas, ni traigáis a memoria las cosas antiguas. He aquí que yo hago cosa nueva; pronto saldrá a luz; ¿no la conoceréis? Otra vez abriré camino en el desierto, y ríos en la soledad” (Isaías 43:18-19).

Durante el resto de sus días, María hablará de su pasado, presente y futuro, enmarcados en la esperanza. Hablará del Cristo resucitado y de la esperanza que él ofrece en cada temporada de la vida. El Señor ha creado un río en el desierto de su vida. Su alma está anclada en la esperanza diaria y viva de Jesucristo.

Querida lectora, esta esperanza es para ti también. Esperanza para cubrir tu pasado. Esperanza en las dificultades del presente. Esperanza para el futuro. Al igual que María Magdalena, tu esperanza está en Cristo. Él es tu esperanza en cada temporada de la vida.

Preguntas para conversar

Lee Lucas 8:1-3, Juan 20:1-18

1. El Señor se preocupa por cada temporada y cada detalle de nuestra vida. Lee Mateo 6:25-34. ¿En qué sentido estos versículos se relacionan con la temporada de la vida en la que te encuentras ahora?
2. Lee Filipenses 3: 13-14 y Romanos 8:28. ¿Espera Dios que olvidemos nuestro pasado? El Señor a menudo utiliza el pasado de otra persona para alentarnos o ayudarnos. ¿Puedes recordar alguna ocasión en la que la historia de redención y perdón de otra persona te ayudó a ti?
3. Lee Jeremías 29:11. ¿Cuál es la diferencia entre “soñar en grande” y confiar en Dios para nuestro futuro?
4. Lee Isaías 43.1. Dios nos llama por nuestro nombre. ¿Qué significa para ti esta verdad?
5. ¿Cómo está obrando el Señor hoy—en esta temporada de tu vida?

Ideas y sugerencias para facilitadoras de estudios bíblicos en grupos pequeños

Este libro puede ser adaptado fácilmente para un grupo pequeño de estudio de la Biblia durante ocho semanas. Para los participantes, no habrá otra asignación para la casa que leer el capítulo siguiente.

Después de haber establecido las bases en el primer capítulo, cada lección se puede enseñar por separado, permitiendo la flexibilidad en la asistencia. A veces se presentan circunstancias inesperadas que impiden a las mujeres ocupadas poder asistir cada semana al estudio bíblico. Este estudio está diseñado para que las participantes puedan fácilmente regresar luego de una ausencia. Los temas importantes y los pasajes de la Escritura se repiten en varios capítulos. Aunque una participante falte una semana, temas similares serán tratados más adelante en el estudio.

Aliente a cada participante para que se mantenga al día en la lectura, aun si no puede asistir a la reunión planificada.

Como lectora, marca cada capítulo con tus propias ideas y preguntas según vayas leyendo y prepárate para la reunión semanal. Lee las preguntas de discusión al final de cada capítulo antes de la reunión del grupo. Aporta tu propio conocimiento de la Escritura a la discusión. Recuerda que las opiniones son valiosas, pero la Escritura es la autoridad máxima. Guíales en una discusión que siempre dirija a las participantes a Cristo y a su Palabra.

Algunos capítulos presentan asuntos difíciles. Debes ser sensible. No todas estarán dispuestas a compartir su historia personal.

Oren unas por otras. Cuando en tu grupo pequeño vayan entrando en confianza unas con otras, espero que también puedan compartir con mayor libertad. Aliéntales a que oren unas por otras durante la semana.

Queridas mujeres, les deseo grandes bendiciones al servir como facilitadoras en un grupo pequeño. Ya he orado por ustedes.

AGRADECIMIENTOS

Me siento agradecida al Señor por cada persona que me ha alentado en este esfuerzo. Si no fuera por el equipo que me rodea, escribir podría convertirse fácilmente en un ejercicio solitario de pensar demasiado.

Gracias al maravilloso grupo de mujeres en el que cada una tiene una vista clara para los detalles y un corazón de maestra. **Trina Aker, Karen Murphree, Marcia Bickmore y Susan McKenzie** con mucha amabilidad han corregido errores, han hecho sugerencias, han ayudado a formular las preguntas de discusión y han cubierto todo el proceso con oración y gracia. Me siento honrada por su habilidad, su amabilidad y su amistad.

Gracias a cada persona que me ha permitido contar su historia. Aunque algunos nombres y detalles han sido alterados por motivos de privacidad, cada persona dio su permiso y su bendición con mucha amabilidad, para que otras pudieran ser ayudadas. Oro para que cada una de sus historias continúen dando buenos frutos mientras le permiten al Señor que les use.

Gracias a mi esposo Allen. Cuando me cansaba de escribir y me sentía tentada a renunciar, tú me alentabas a seguir adelante. Estoy profundamente agradecida por tu tenacidad y liderazgo, así

como por tu paciencia durante el proceso de realización de *Mujeres de esperanza*. Eres un regalo del Señor, una bendición inesperada en una temporada inesperada de la vida. Te amo.

Gracias a Tim Passmore y Outcome Publishing por haber trabajado conmigo durante los últimos cuatro años. Ustedes están supliendo una gran necesidad en el mundo publicitario y para mí personalmente.

Gracias a cada persona que ha participado conmigo a través de *Word of Joy (Palabra de gozo)*. Ustedes han contribuido a este esfuerzo en innumerables maneras. Han invertido en mi vida y a menudo me quedo sin palabras ante la bondad de Dios demostrada a través de ustedes.

